
Artículos

La piedra en el charco

Artículos publicados en «Marcha»
bajo el seudónimo «Periquito el Aguador»

1939-1941

Explicación de Periquito el Aguador

1968

La culpa la tuvo Quijano. Pero como todo el mundo sabe que los desastres sufridos por el país en los últimos treinta años los provocó el mencionado mediante *Marcha* y por control remoto, una culpa más —aunque tan grave como ésta— poco pesará en su conciencia.

En la época heroica del semanario (1939-1940) el suscrito cumplía holgadamente sus tareas de secretario de redacción con sólo dedicarles unas veinticinco horas diarias. A Quijano se le ocurrió, haciendo numeritos, que yo destinara el tiempo de holganza a pergeñar una columna de alacraneo literario, nacionalista y antinperialista, claro.

Recuerdo haberle dicho, como tímida excusa, desconocer la existencia de una literatura nacional. A lo cual contestóme, mala palabra más o menos, que lo mismo le sucedía a él con la política y que no obstante, sin embargo y a pesar podía escribir un macizo y matemático editorial por semana sobre la nada.

Así nació Periquito el Aguador, empeñado en arrojar su piedra semanal en la desolación del charco vacío.

Señal

En este comienzo de marcha a la búsqueda de un tiempo aún no perdido, la crónica inicial de esta página, que ha de ser de información y crítica semanal, desea subrayar —como señal de la hora— la ostensible depresión literaria que caracteriza los últimos años de la actividad nacional. En otras épocas, que nunca fueron de oro —fuerza es reconocerlo—, jóvenes inquietudes removían el curso de las generaciones, y por lo mismo una apariencia de labor colmaba el correr de los días. En la actualidad, sobre los cotidianos escorzos poéticos, síntomas más bien de insuficiencia que de riqueza, las letras siguen destilándose de las antiguas y patinadas plumas. Esto induce a pensar en un país fantástico en que de pronto hubiera desaparecido la juventud y el reloj de la vida siguiera dando siempre una idéntica hora. No son ajenos a este fenómeno, a más de la universal latitud de la imaginación creadora, aprisionada en las redes de los antagonismos políticos y la pereza mental de nuestra idiosincracia criolla, los acontecimientos políticos que hace ya más de un lustro paralizan el cerebro de la comunidad, arremolinando sus energías alrededor de un solo centro. Esa sacudida histórica desvió el curso de las mejores voluntades, que por lo menos simbólicamente trocaron las letras por las armas; sacrificio intelectual de una generación en formación que una valiente y alta voz se adelantó a denunciar en el correr de la agitación ciudadana. No es éste un reproche —como no lo fue el del escritor aludido— sino una comprobación que hasta puede importar un elogio. Pero ya es tiempo de apearse —sin que esto importe adelantar un juicio en otros aspectos de la vida nacional— de aquella posición, y darse sin exclusivismos cada una a lo suyo a favor de esa aura reordenadora, neorromántica, impregnada de ancho humanismo que está dando la vuelta al mundo.

Entretanto vírgenes territorios literarios de la ciudad y el campo ofrecen su angosta pero profunda riqueza sentimental a los más nuevos viadores. Es necesario que una ráfaga de atrevimiento, de firme y puro atrevimiento intelectual cure y discipline el desgano de las inteligencias nacientes y que haya alguien que sepa recoger las lecciones que Ortega y Gasset dictaba a los jóvenes argentinos, con estas palabras de Hegel, que deben grabarse como un lema: «Tened el valor de equivocaros».

23 de junio de 1939

Una voz que no ha sonado

En un artículo aparecido en esta página, en el primer número de *Marcha*, se plantea el problema del estancamiento de nuestras letras. Desearíamos aquí avanzar un paso en este terreno, esbozando el futuro deseable para la literatura uruguayana.

Hemos hablado de nuestras gentes y lugares, frondosamente, sin perdonar nada. Pero no hay aún una literatura nuestra, no tenemos un libro donde podamos encontrarlos. Ausencia que puede achacarse al instrumento empleado para la tarea. El lenguaje es, por lo general, un grotesco remedo del que está de uso en España o un calco de la lengua francesa, blanda, brillante y sin espinazo. No tenemos nuestro idioma; por lo menos no es posible leerlo. La creencia de que el idioma platense es el de los autores nativistas, resulta ingenua de puro falsa. No se trata de tomar versiones taquigráficas para los diálogos de los personajes. Esto es color local, al uso de turistas que no tenemos. Se trata del lenguaje del escritor; cuando aquél no nace de su tierra, espontáneo e inconfundible, como un fruto del árbol, no es instrumento apto para la expresión total. No hay refinamiento del estilo capaz de suplir esta impotencia ingénita.

No debe perderse tiempo en el problema bizantino de si hay o no un espíritu nuestro. El hecho de que no nos vemos representados en las diversas formas literarias que por aquí se estilan, alcanza para demostrar que algo hay, una manera, un concepto de la vida, una idiosincrasia, una simple esperanza que late escondida, buscando a ciegas la voz que la muestre. Pero acaso esto no llegue a suceder mientras no surja aquí el escritor de veras, el hombre cuyo destino sea escribir, sin sucedáneos ni agregados.

Luego de una generación de escritores profesionales —en el buen sentido de la palabra—, de hombres que vivan para su

oficio, lo amen y lo dominen, sería tal vez posible producir un tipo de artista que nadie ha querido imitar entre nosotros, que Europa ya tiene y en el cual, felizmente para ella, abunda Norteamérica. El escritor no hombre de letras, el anti-intelectual. Céline en Francia; Faulkner, Hemingway y tantos otros en USA.

Este hombre no sabría nada de nuestra pobre retórica, de nuestros restos tropicales ni de las falsas y trascendentes inquietudes que nos acucian.

Es esto, en definitiva, lo que necesita la literatura rioplatense. Una voz que diga simplemente quiénes y qué somos, capaz de volver la espalda a un pasado artístico irremediablemente inútil y aceptar despreocupada el título de bárbara.

Bárbaros llamaba admirativamente el dulce Charles-Louis Philippe a aquellos escritores que él anunciaba, destinados a vivificar las letras y limpiarlas, repitiendo en la literatura la impagable tarea cumplida por los *fauves* en la pintura.

30 de junio de 1939

Retórica literaria

Hemel, cinco poemas y un prólogo por Luis Alberto Varela, es el libro que nos llega esta semana. Se trata de versos sentidos y expresados de una manera bastante exaltada. El prólogo, confuso, pero de agresividad indudable, parece invitar a la polémica.

«...mientras Zaratustra agoniza en los urinarios aplastados por la verborragia de los poetas en presuponesto y las señoritas recitadoras. A todos ellos el vómito de lo híbrido, de lo amorfo, de lo insustancial...»

Este libro tiene también su poema dedicado a Neruda. Es, todo él, una innecesaria demostración de algo que merece estudio aparte: *d'après* Neruda y García Lorca, una nueva retórica se ha formado entre nosotros. Poetas de izquierda y de derecha, poetas y poetisas del centro, todos están contagiados de los visibles sistemas del español y el chileno.

Poco importan las raíces de una retórica ni la exacta definición del término. Ser retórico es repetir elementos literarios en lugar de crearlos. Desde el punto de vista de la creación tanto vale el idioma de profesor de castellano del señor Horacio Maldonado, como los romances gitanos escritos en el interior de la república. La misma falsedad en unos y otros.

Puede ser que el malhumorado don Pío Baroja tuviera razón y que constituyamos un continente de micos. Sólo que, además de remedar lo europeo, bajamos la aspiración y aceptamos calcar a alguno entre nosotros que haya sido bautizado por allá «primer poeta de América».

Con Darío se hizo lo mismo. Darío entró a saco en Verlainne y, seguidamente, los bardos tropicales de entonces se inspiraron en el que fuera llamado, a su turno, «primer poeta de América». Como se ve, un poco de sentido americano mueve a los imitadores. Son síntomas reconfortantes.

Con motivo del ingreso de Maurois a la Academia, una revista parisién le ha preguntado: «¿Cuál es el secreto de su éxito?». En una oportunidad en que otro hubiera dejado fluir largas páginas nebulosas y líricas, el ilustre escritor se limitó a contestar: «Muy simple. Yo he durado».

La anécdota es de poca trascendencia. Pero habrá de divulgarse y mucha gente entre nosotros aprenderá que la clave del triunfo en literatura consiste en «durar». Y se dispondrá a hacerlo, y seguirá durando, y duraciones que soportamos desde hace tanto tiempo se prolongarán infinitas e implacables.

Este peligro nos sobrecoge. Y a había demasiado con la célebre frase «El genio es una larga paciencia». Hubo quien la entendió literalmente y sigue especulando con la larga paciencia de los lectores.

No se trata de que la frase de Maurois o la otra sean exactas. Lo malo es que se presten a un malentendido. Arrisgamos esta interpretación: Cuando el autor de *Disraeli* habla de «durar», no se refiere —o no alude solamente— a escribir sin lástima desde la segunda infancia hasta la senectud. Este «durar» admite sentidos más serios y afinados.

Durar frente a un tema, al fragmento de vida que hemos elegido como materia de nuestro trabajo, hasta extraer, de él o de nosotros, la esencia única y exacta. Durar frente a la vida, sosteniendo un estado del espíritu que nada tenga que ver con lo vano e inútil, lo fácil, las peñas literarias, los mudos elogios, la hojarasca de mesa de café.

Durar en una ciega, gozosa y absurda fe en el arte, como en una tarea sin sentido explicable, pero que debe ser aceptada virilmente, porque sí, como se acepta el destino. Todo lo demás es duración fisiológica, un poco fatigosa, virtud común a las tortugas, las encinas y los errores.

28 de julio de 1939

Carlos Reyles

La casualidad quiso que la muerte de Reyles y la de Figari ocurrieran en el mismo día. Esta coincidencia hace que sus nombres aparezcan unidos, bastante caprichosamente, y hasta hubo algún engendro poético donde se juntaba a ambos, repartiendo detonantes adjetivos, sin mirar a quién, como palos de ciego. Todo lo cual gusta mucho, no hay para qué decirlo, en este ambiente de sensibilidad fácil.

A un año de la muerte de un escritor, y sobre todo si alcanzó la resonancia de Reyles, no es posible tener la distancia necesaria para un juicio reposado y cuidado. El tiempo se encarga de pulverizar los elogios que aparecieron como más ajustados y de otorgar relieve a elementos de su obra que, de primera intención, pasaron inadvertidos.

La personalidad de Reyles fue una de las más interesantes y típicas en nuestro ambiente. Realizó como nadie el tipo del «estanciero», el señor semi feudal, culto, totalmente europeo por raza y formación, pero acriollado, buscando ser uno con la tierra donde le tocó nacer, por una necesidad de afirmación, prejuicio telúrico e intelectual —sospechamos— en este caso.

Sus obras nacionales, *Beba*, *El terruño*, nos muestran un Uruguay visto por un espíritu extranjero. La figura heroica del caudillo en *El terruño*, que ahora recordamos por su fuerza magistral, es puramente intelectual, artística, en el sentido de irrealidad que lleva el término. Una montonera épica tratada por un esteta, absurdamente distante de lo que el caudillo y las patriadas fueron en este país.

La verdadera gran obra de Reyles fue *El embrujo de Sevilla*. Allí, en un ambiente de escritores, artistas, bailarinas y toreros, pudo Reyles encontrarse a sí mismo y moverse cómodamente. Mucho de lo que sospechamos fue el alma de la raza, se encuentra en aquellas páginas. Pero siempre está, predo-

minante, el hombre culto y refinado con su amor por lo común. Teorías pictóricas, cante jondo, verónicas y procesiones, todo exprime allí su jugo artístico, y solamente éste. Una gran obra que a los españoles toca juzgar en definitiva.

Vuelto al país, luego de aquellas conferencias de la Universidad donde habló de sí mismo persistentemente, con orgullo y confianza, Reyes publicó *El gaucho florido*. Admirable comprensión de esta verdad: sólo es gran escritor el que puede fundirse al alma de su pueblo y expresarla al expresarse. Es en la vejez donde generalmente esta verdad se vislumbra, y el creador regresa, apresuradamente, a escarbar en las entrañas de su tierra. Esto hizo Valle-Inclán y quedará por sus últimos libros. Esto quiso hacer Reyles y no pudo. Sus afinadas manos de hombre de la minoría quitaban rusticidad a todos los temas. Luego del gran preludio de los troperos en la noche y el río, la novela se fracciona en un montón de anécdotas vanas, donde la persecución del color local molesta por evidente.

De su obra de teatro, *El burro enterrado*, nada hay que decir. Sus obras filosóficas carecen de médula. Como hombre público, reintegrado al país en momentos de grave crisis política, defraudó lastimosamente a todos los que creemos que el cumplimiento de una tarea artística no exime de otros deberes más altos y generales.

28 de julio de 1939

Cultura uruguaya

Anuncian un nuevo tomo de *Los hombres de buena voluntad*. Gran noticia para una Europa en vacaciones, donde no sucede nada en literatura, y la más hábil de las propagandas no alcanza a convencer de las bondades de nombres de segunda fila. Solamente las reediciones, alguna biografía, despiertan cierto interés.

Se nos ocurre que el Estado, el señor Olasso, la Oficina Municipal de Turismo, o el Ministro de Salud Pública, deberían hacer traducir y regalar libros europeos como éste. Que no pueda intervenir en ningún concurso de literatura quien no pruebe haber leído y sacado algo en limpio de obras semejantes.

Alguna vez hablaremos de *Los hombres etc.* y el unamismo. Esto por ahora: cuando nos cae en las manos un libro de tierra donde mucha gente sabe escribir, nos aflige el desconcierto. No tienen genios, mesías, ni frenéticos descubridores del paraguay. Apenas escritores cultos, buenos artesanos, que escriben con un plan bien construido y lo realizan.

Nosotros en cambio, espíritu poéticos y libres, creemos en la inspiración y la guitarra. Los menos favorecidos glosamos a Pero Grullo en lenguaje catedrático, o con latiguillos de oratoria política.

Pero el fetiche de la «cultura uruguaya» subsiste. Tenemos la Universidad, varias facultades, el Ateneo y tres o cuatro salones literarios. Y, a este paso, ya tendremos, nuevamente, juegos florales con reina, mantenedor, medallas de oro y ripios.

El problema de las relaciones con Europa nos parece sencillo: importar de allí lo que no tenemos —técnica, oficio, seriedad. Pero nada más que eso. Aplicar estas cualidades a nuestra realidad y confiar en que el resto nos será dado por añadidura.

Claro que de toda esta descuidada crítica nada se relaciona con los escritores de izquierda que –por imperio de su nobleza, desinterés y modestia– han desdeñado los bizantinismos de estilo y técnica. Ninguna culpa les cabe. Es cierto que podrían habernos dado algún *Salambó*, uno que otro *Hamlet*, tres o cuatro *Crimen y Castigo*. Pero supieron preferir el poner sus plumas, Underwoods y cerebros al servicio de las razas, las clases y los pueblos oprimidos.

4 de agosto de 1939

Katherine y ellas

Las publicaciones europeas muestran que también por allá la literatura femenina crece, expandiendo sus armoniosas líneas. Madame Simone es bautizada «la nueva George Sand». Otras estrellas surgen con su luz sonriente. Pero algo que comenzó con Katherine Mansfield permanece detenido: una verdadera literatura de mujer.

Aparte de su talento, Katherine Mansfield debe su triunfo a esto: por primera vez, y por última, hasta ahora –pese a la legión de *bas-bleu* anteriores y posteriores–, una voz de mujer dijo de un alma de mujer. Katherine Mansfield tuvo mucho de milagro: no fue cursi, no fue erudita, no se complicó con ningún sobrehumano misticismo de misa de once. Otro secreto: era como los hombres se imaginan a las mujeres que aman.

Con esto de las doblemente bellas letras femeninas, está sucediendo algo curioso. Antes las mujeres se dedicaban casi exclusivamente a la poesía. Cantaban al amante, a Dios, a los árboles y a los recién nacidos. A unas les salía bien y a otras mal. Cada comarca tenía su poetisa oficial y todos muy contentos.

Pero ahora las cosas se han complicado. En cierto sentido, podría decirse que las mujeres son las nuevas ricas de la cultura. Aunque no sólo ellas, está claro. Hay superabundancia, plétora de mujeres intelectuales. Casi todas las muchachas que leen y escriben, se abruman con la obligación de hacer versitos y publicarlos.

Las que no sólo leen de corrido, las mujeres de sólida cultura que hasta dan conferencias y todo, ésas no se conforman con la estructuración de sonetos de catorce versos, describiendo la fuerza de perturbación erótica que poseen los ojos verdes del amado. Escriben sobre Cristo, Marx, el cosmos o la técnica del autor del Bisonte de Altamira.

Y todo —que si se mira comprensivamente es ya bastante— empleando el estilo más tenebroso, espeso e imaginero que pueda concebirse. A razón de dos citas por párrafo y una pareja de adjetivos para cada nombre.

En esta excesiva riqueza, naufragaron las jerarquías. Ya no sabemos a ciencia cierta, como en los buenos tiempos pasados, cuál es nuestra primera poetisa, ni cuál la alta filósofa del Plata, ni qué blanca mano esgrime la vara máxima, severa y medidora de la Crítica.

18 de agosto de 1939

Literatura nuestra

Los pocos datos que tenemos del concurso de cuentos que organizó *Marcha* parecen indicar una gran mayoría para aquellos trabajos cuyo argumento se desarrolla en el interior del país. Imaginamos profusión de autóctonos «ahijuna», «velay», «pangaré» y chinas querendonas con campanadas falladas de color de cielo y moñitos en las pesadas trenzas. Las cuales trenzas ostentan el reflejo azulado que parece inseparable del ala de todo cuervo que se respete y ame la tradición.

Pero hablemos con calma y precisamente, ya que estamos en una tierra donde todo el mundo se sabe el centro del universo y recoge como ataque directo y personal cuanto opinión no coincida con su estética de uso privado. Declaramos en voz alta —para que se nos oiga en toda orilla del charco que apedreamos semanalmente— que si Fulano de Tal descubre que el gaucho Santos Aquino, de Charabón Viudo, sufre un complejo de Edipo con agregados narcisistas, y se escribe un libro sobre este asunto, nos parece que obra perfectamente bien.

Pero muy bien. Lo único que rogamos a Fulano de Tal es que haya vivido en Charabón Viudo, en mayor o menor intimidad con el paisano Aquino y su torturante complejo.

Lo malo es que cuando un escritor desea hacer una obra nacional, del tipo de lo que llamamos «literatura nuestra», se impone la obligación de buscar o construir ranchos de torera, velorios de angelito y épicos rodeos.

Todo esto, aunque él tenga su domicilio en Montevideo. Pero habrá pasado alguna quincena de licencia en la chacra de un amigo, allá por el Miguelete. Esta experiencia le basta. Para el resto, leerá el *Martín Fierro*, a Javier de Viana y alguna décima más o menos clásica.

Entretanto, Montevideo no existe. Aunque tenga más docentes, empleados públicos y almaceneros que todo el resto

del país, la capital no tendrá vida de veras hasta que nuestros literatos se resuelvan a decirnos cómo y qué es Montevideo y la gente que la habita. Y aquí no cabe el pretexto romántico de falta de tema. Un gran asunto, el Bajo, se nos fue para siempre, sin que nadie se animara con él. Este mismo momento de la ciudad que estamos viviendo es de una riqueza que pocos sospechan. La llegada al país de razas casi desconocidas hace unos años; la rápida transformación del aspecto de la ciudad, que levanta un rascacielos al lado de una chara casa enrejada; la evolución producida en la mentalidad de los habitantes —en algunos, por lo menos, permitásenos creerlo— después del año 33; todo esto, tiene y nos da una manera de ser propia. ¿Por qué irse a buscar los restos de un pasado con el que casi nada tenemos que ver y cada día menos, fatalmente?

Decía Wilde —y ésta es una de las frases más inteligentes que se han escrito— que la vida imita el arte. Es necesario que nuestros literatos miren alrededor suyo y hablen de ellos y su experiencia. Que acepten la tarea de contarnos cómo es el alma de su ciudad. Es indudable que, si lo hacen con talento, muy pronto Montevideo y sus pobladores se parecerán de manera asombrosa a lo que ellos escriban.

25 de agosto de 1939

Quién es quién en la literatura uruguaya

Alguna remota mañana, nos levantaremos temprano para emprender una tarea que nos seduce. Vemos ya, con la precisión de las cosas ensoñadas, esa mañana ideal de nuestro trabajo. Serán, también, las del alba, y miles de pintados pajáros escandalizarán en los árboles. Refugiados en algún rincón propicio, daremos comienzo al monumental «Quién es quién en la literatura uruguaya».

Pero no nos ocupará principalmente dirimir virtudes. No buscaremos los parentescos proustianos, ni rusos ni shakespearianos. En este terreno, somos pocos y nos conocemos hasta el aburrimiento. Por otra parte, no aparecen caras nuevas que despierten interés. Algún nuevo invitado habla en voz alta, pero la curiosidad dura, nada más, hasta que se entiende lo que vocifera.

Lo que nos proponemos establecer, de manera objetiva y despasionada, en aquel futuro amanecer que acabamos de resolver sea de primavera, es qué clase de gente hace literatura en esta tierra. Veremos qué porcentaje de catedráticos hay en aquella actividad. Cuántos abogados, rentistas y maestros de escuela. Hecho esto, podremos entonces estudiar cuáles entre ellos son escritores de veras, hagan lo que hagan con el resto de su tiempo.

Más adelante, se impondrá una seria investigación en la vida privada de nuestros artistas. Presentimos grandes sorpresas. Sobre todo para los que sólo conocen nombres y un ángel aludo preservó de los libros. Juraríamos —y estamos dispuestos a apostar— que los hechos personales de los mencionados escribas en nada difieren —oh, romántico desencanto— de los que perpetran, día y noche, los buenos burgheses que no leen sus libros.

Y esto, que parece, en serio, un desencanto romántico, tiene su importancia. Es un problema de sinceridad. Escribirse

un *Hambre* —a la Hamsun, claro— y pesar cien dichosos kilos es un asunto grave. Pergñarse algunos *Endemoniados* —a la rusa, no hay por qué decirlo— y preocuparse simultáneamente de los mequinos aplausos del ambiente intelectual criollo es motivo para desconfiar.

Hay que insistir sobre esto. ¿Quién hace literatura entre nosotros? Todo el mundo, pero no gente conformada psíquicamente para eso. La escala de valores de un artista no puede ser la misma de la de un catedrático, médico o rentista. El artista tiene por cosas tangibles lo que no existe para los demás, y viceversa. En ese sentido —y en tantos otros que poco nos importan— vivimos la más pavorosa de las decadencias, la más disgustante de las confusiones.

Hace años, tuvimos a un Roberto de las Carreras, un Herrera y Reissig, un Florencio Sánchez. Aparte de sus obras, las formas de vida de aquella gente eran artísticas. Eran diferentes, no eran burguesas. Estamos en pleno reino de la mediocridad. Entre plumíferos sin fantasía, graves, frondosos, pontificadores con la audacia paralizada. Y no hay esperanzas de salir de esto. Los «nuevos» sólo aspiran a que alguno de los incommovibles fantasmones que offician de papas les diga alguna palabra de elogio acerca de sus poemitas. Y los poemitas han sido facturados, expresamente, para alcanzar ese alto destino.

Hay sólo un camino. El que hubo siempre. Que el creador de verdad tenga la fuerza de vivir solitario y mire dentro suyo. Que comprenda que no tenemos huellas para seguir, que el camino habrá de hacerse cada uno, tenaz y alegremente, cortando la sombra del monte y los arbustos enanos.

1 de septiembre de 1939

Exportando talento

El señor Armando Piroto, eminente historiador que en sus ratos de ocio desempeña las funciones de diputado, acaba de publicar un libro sensacional.

No lo hemos leído, porque nosotros somos gente así, descuidada, pero informes seguramente veraces nos aseguran que el libro del señor Piroto aclara los orígenes de la famosa noche de San Bartolomé, que ensangrentó la capital de Francia. Libera para siempre de una sospecha infamante a Felipe II, cuya alma, si andaba en pena, podrá ahora descansar tranquila.

Los historiadores franceses quedarían seguramente perplejos al ver que este señor Piroto les manda así, sencillamente, como con rubor por saber tanto, una verdad que no pudieron encontrar en siglos de estudio.

Triunfo claro del genio criollo, si se recuerda que estos historiadores europeos gastan sus vidas en estudios y búsquedas, mientras el señor Piroto habrá escrito su libro plácidamente, en los breves momentos libres que restan entre un banquete que Baldomir da a alguien y un banquete que a Baldomir le dan.

Y pensar que mientras asombramos a Francia con la sabiduría de nuestros historiadores, que recorren los velos a episodios seculares, no sabemos lo que pasó jaquí!, en la noche del 29 de marzo.

8 de septiembre de 1939

Literatura y política

La revista *Latitud* 35, editada por el Club del Liceo Francés de Montevideo, ha iniciado una encuesta sobre temas literarios. Se pregunta: «1. ¿Cree usted se puede anticipar algo sobre los resultados de la experiencia que realizan actualmente los intelectuales? 2. ¿Le parece a usted necesario un cambio en la forma de expresión o lenguaje, para poder expresar dicha experiencia? 3. ¿Cree usted incompatible el individualismo del escritor con las agrupaciones de intelectuales?».

A la primera pregunta contesta el señor Eduardo Dieste —en el número 2 de la revista— que no sabe bien de qué experiencia se trata y que tampoco sabe mucho qué son los intelectuales. A nosotros nos pasa lo mismo. En estas tierras las confusiones se establecen fácilmente y todos los días. La segunda de las preguntas, referente a una posible necesidad de buscar nuevas formas literarias, es de una importancia capital; y pronto la contestaremos aunque nadie nos la haya dirigido.

Por lo que leemos, los escritores que opinan en la encuesta no la consideran en toda su importancia. Acaso por la limitación que acompaña a la pregunta. Pero los otros temas de la encuesta han provocado párrafos que nos resultan muy interesantes. La señorita Arzarallo, por ejemplo, dice: «El escritor consciente entiende que debe quemarse, como un santo, en la lucha. Como un santo porque acepta el posible destino de ser molido por las circunstancias, y no poder crear». Hay un tono de sinceridad en toda esta respuesta que la hace intocable. Tomemos, pues, sus palabras y pongámoslas en boca de cada uno y todos los escritores que han dejado de escribir para luchar contra el fascismo —¿cómo?— o se han puesto a escribir exclusivamente contra el fascismo.

Concretando: los escritores que han dejado la literatura por la política. Y nos negamos a escuchar réplicas donde se cite a Malraux, a Barbusse, a Rolland, etc. Estamos en Mon-

tevideo, Uruguay, latitud 35. Un escritor puede hacer literatura en cualquier parte del mundo. La vida es tan rica en Nueva York como en la isla de Pascua cuando se tiene la sensibilidad que se necesita. Pero su actuación política estará siempre relacionada con el medio. Hagamos, a nuestro turno, una pregunta: ¿vale la pena que un escritor, por encendido espíritu de santidad, acepte anularse, aquí en el Uruguay, para luchar contra el fascismo? Nos parece que no podría citarse ni un solo nombre de literato que haya abandonado las letras para dar algo más grande en la lucha política.

Cuando un escritor es algo más que un aficionado, cuando pide a la literatura algo más que los elogios de honrados ciudadanos que son sus amigos, o de burgueses con mentalidad burguesa que lo son del Arte, con mayúsculas, podrá verse obligado por la vida a hacer cualquier clase de cosa, pero seguirá escribiendo. No porque tenga un deber a cumplir consigo mismo, ni una urgente defensa cultural que hacer, ni un premio ministerial para cobrar. Escribirá porque sí, porque no tendrá más remedio que hacerlo, porque es su vicio, su pasión y su desgracia.

Y si, llevado a un terreno de actividad política, deja de hacer literatura para dedicarse a redactar folletos de propaganda, que nadie se haga cruces en homenaje a un inexistente sacrificio. El escritor no era escritor, sino político; terminó por encontrarse a sí mismo. Hay numerosos casos de vocaciones tardíamente despiertas que podrían citarse.

No debe verse en ello un suceso más admirable que el tan frecuente del escritor que por necesidades económicas ingresa al periodismo. Si deja de escribir literatura, es simplemente porque acaba de encontrar su verdadero camino. Cuando se «tiene» que escribir, hay siempre una hora para robar al dueño del diario, al sueño o al amor.

Por último, se nos antoja risueñamente absurdo hablar de escritores que, aquí, en el Uruguay, han renunciado a la literatura para asumir la defensa de la cultura y etc. Esa defensa sólo puede realizarla eficazmente el proletariado, porque al torrente de la regresión no lo van a detener con diques de papel impreso. ¿Se trata de colaborar en la lucha poniendo

las estilográficas al servicio de las fuerzas liberadoras? Pues que escriban las gacetillas de los periódicos de izquierda o redacten los manifiestos de los sindicatos o traten de hacer disminuir nuestro porcentaje de analfabetos enseñando en las escuelas nocturnas.

Pero, para este fin, no creemos en la eficacia de los poemas ni de las novelas, ni de las obras de teatro que puedan escribir nuestros escritores. Porque si en la hora actual la influencia de los intelectuales es muy débil en todas partes del mundo, entre nosotros es inexistente. Pero no hay que tomarlo a mal, ya que éste es un pueblo sin influencia, que no cree en el destino, en palabras, en tareas históricas, ni en nada. Es posible que sea un pueblo feliz y, acaso, uno de los más inteligentes de la Tierra.

27 de octubre de 1939

Nueva edición de «Sombras sobre la tierra»

La editorial argentina Claridad, que parece decidida a emprender la edición en gran escala de las mejores obras del continente, acaba de publicar la segunda edición de la novela de Francisco Espínola *Sombras sobre la tierra*.

La primera edición de este libro se agotó rápidamente, constituyendo un suceso que creemos único en la historia de nuestra literatura. No es éste el momento para intentar un estudio crítico de *Sombras sobre la tierra*; su aparición produjo un tumultuoso desborde de opiniones, ensayos, artículos, controversias. Se dijeron cosas atinadas y se desbarró con frenesí y abundancia de adjetivos. Desgracia de este país: las mismas voces dulces y cantarinas que elogian sistemáticamente a las mediocridades amigas, se hacen oír inevitablemente para comentar y unirse a la aparición de un talento indudable.

Es ya innecesario hablar de los valores literarios de esta novela. Pero queremos aprovechar este poco espacio para referirnos a dos virtudes del libro que nos parecen fundamentales y a las cuales todos los que tenemos irrazonadas esperanzas en el futuro literario del Uruguay debemos estar agradecidos: *Sombras sobre la tierra* demostró que era posible hacer una novela nuestra, profundamente nuestra, sin gauchos románticos ni caudillos épicos; y trajo hacia nosotros un clima poético, sin retórica, que emana de sus personajes y sus lugares, sin esfuerzo, revelando la esencia angélica de los miserables.

Evadida del naturalismo árido que la precediera, *Sombras sobre la tierra* avanza en un terreno de mayor riqueza, entre nieblas y actos desnudos, claro y misterioso terreno donde tiene lugar la aventura humana y su absurdo.

Sería estéril intentar fijar la obra de Espínola en nuestra literatura, paralizada, sin derroteros. Pero algún día, cuando sea posible tener una visión organizada de nuestras letras,

Sombras sobre la tierra aparecerá como el más largo paso dado en su evolución y se nos mostrará como un recio tronco del que se desprenden nuevas y numerosas ramas; ramas que surgirán mañana, unas, y ramas cuya ascendencia no está hoy claramente evidenciada.

24 de noviembre de 1939

«Despedida a las nieblas»

Beltrán Martínez acaba de publicar su primer libro: *Despedida de las nieblas*. Es un tomo cuidadosamente impreso, embellecido por dos trabajos de Castellanos Balparda.

Digamos enseguida que este libro abre de manera vigorosa una seria esperanza para nuestra poesía.

Hace tiempo, años, que no leemos una obra de autor uruguayo donde la presencia de un poeta sea tan indudable, tan firme, tan clara. Es visible, acaso, en estos veintitantos poemas que forman el libro, la influencia de días diversos, de mil momentos que han tocado el alma del autor, imprimiendo allí sus distintas huellas. Influencias unidas, sin embargo, por un fondo pertinaz de dramática desesperanza, una endurecida niebla donde todo se funde, ablanda sus contornos, para insinuar el perfil atormentado del poeta.

Pero es precisamente en esta ausencia de una manera deliberada donde nos encontramos uno de los más poderosos valores del libro. La lectura de cualquiera de los poemas bastará para saber del dominio técnico —ya asombroso— alcanzado por Beltrán Martínez. Podría haber elegido su manera y llevarla hasta un grado alto de perfección. El caso de Neruda, el caso de García Lorca.

El poeta de *Despedida de las nieblas* ha preferido sentir y trabajar con una mantenida sinceridad, dejando que sea el misterio y no él mismo quien busque e indague.

En este libro Beltrán Martínez «no se ha encontrado aún». Pero es seguro que en un tiempo próximo podrá reunirse con sí mismo —en un sorpresivo encuentro— en esa tierra del misterio y el instinto, única donde tales encuentros pueden ser totales y definitivos.

Estos poemas se nos muestran así, con el mismo desamparo de estas ciudades grises y abiertas del Plata, donde circulan y arrastran todos los vientos; ciudades donde el hom-

bre se empecina en llamar niebla a la niebla y sostiene contra ella, sin desmayos, la mirada ansiosa y desvelada.

Beltrán, habitante del Sur. Bajo esta frase exacta se inicia un poema de Carlos A. Garibaldi en la primera página del volumen. Se dice allí, en forma admirablemente ceñida, todo lo que quisiéramos decir nosotros.

Y está dicho con una riqueza poética de la que no somos capaces. Remitimos al lector estos versos puerto de escala, antes de internarse en el aire brumoso del libro.

15 de diciembre de 1939

Propósitos de año nuevo

Fin de año parece una fecha oportuna para balances y recapitulaciones. Casi nos condenamos atribuyéndonos el deber de pasar revista al movimiento literario de 1939 en el Uruguay. Y esto no quedó por nosotros: hemos decidido suprimirlo para evitar la consiguiente, simultánea y paralela condenación del lector. Con lo cual, y habiendo usado los tres adjetivos, la coma y la graciosa «y» —súmmum de la elegancia estilística en estos apartados barrios—, podemos pasar a la clase de resumen que nos sentimos capaces de hacer en esta noche de fiesta y calor.

Cuando hace unos meses decidimos aceptar la tarea de apedrear el charco, lo hicimos con un espíritu de total indiferencia, amable, sin mayores entusiasmos, ya que las ranas de este charco deben haber criado pelos de puro viejas e inmóviles. No pensamos turbarlas con nuestras mal dirigidas piedras, ni esto, de lograrse, promete aumentar el interés del juego. Los sapos de piel dura y rugosa darían uno o dos saltos y quedarían nuevamente quietos, unos al sol, otros a la sombra, haciendo palpar sus gargantas con el mismo compás heredado, compás que se acuerda de manera exacta con guitarreros, frases de discursos político-democráticos, llanto de noviecita abandonada y otras formas de la prostitución del sonido.

Hay también en el charco abundancia de inquietas ranitas deslumbradoramente verdes y flexibles renacuajos que acaban de dar el primer chapuzón y miran con sus fijos ojos el efecto causado en los escuezos petrificados. Imitan cuidadosamente los estilos náuticos —dos o tres— aceptados en el charco y cuidan de que sus saltos no sobrepasen una distancia consagrada por largos años y buenas costumbres.

Escaso y poco interesante blanco, en fin, para este Periquito Aguador que sólo busca distraerse salpicando un poco la siesta de estos inverosímiles seres que han dado en llamar-

se «intelectuales» a sí mismos. Pero el peso de este nuevo año que se nos viene encima invita a reflexionar y hablar en serio, no demasiado, y buscar la manera de hacer más atrayente el juego. Pensemos en esta realidad pavorosa: los mismos nombres que formaban la vanguardia de nuestras letras en 1930 aparecen en el 40 ocupando idéntico sitio, haciendo las mismas cosas. Y llegará el 50 y estarán allí y publicarán el mismo libro cada año con distinto título. Hacemos punto y aparte para que los lectores mediten sobre esto.

La meditación hecha, usurpamos el lenguaje incomparable de los avisos de las compañías de seguros y anexos, llenamos nuestros pulmones, y hacemos un llamado a los jóvenes ambiciosos, energicos, activos, que deseen labrarse un excelente porvenir. Hay que hacer una literatura uruguayaya; hay que usar un lenguaje nuestro para decir cosas nuestras. Ya no sirve imitar la estética de Fulano, porque Fulano lleva la ventaja de estarla imitando hace diez años y Fulana veinte. Que cada uno busque dentro de sí mismo, que es el único lugar donde puede encontrarse la verdad y todo ese montón de cosas cuya persecución, fracasada siempre, produce la obra de arte. Fuera de nosotros no hay nada, nadie. La literatura es un oficio; es necesario aprenderlo, pero más aun, es necesario crearlo.

El que no escribe para los amigos o la amada o su honrada familia; el que escribe porque tiene la necesidad de hacerlo, sólo podrá expresarse con una técnica nueva aún desconocida. Una manera que acaso no alcance totalmente nunca pero que no es la de Zurano ni la de nadie. Es o será la suya. Pero no podrá tomarla de ninguna literatura ni de ningún literato, no podrá ser conquistada fuera de uno mismo. Porque está dentro de cada uno de nosotros; es intranferible, única, como nuestros rostros, nuestro estilo de vida y nuestro drama. Sólo se trata de buscar hacia adentro y no hacia afuera, humildemente, con inocencia y cinismo, seguros de que la verdad tiene que estar en una literatura sin literatura y, sobre todo, que no puede gustar a los que tienen hoy la misión de repartir elogios, consagraciones y premios.

30 de diciembre de 1939

Regreso de la guerra locuaz

Regreso de una larga peregrinación bélico-sentimental; traigo las sandalias empolvadas, el corazón cansado y en el ánimo una curiosa sensación, aún no sedimentada, pero que acusa una notable semejanza con el ridículo.

Perdonen que yo también les hable de la guerra; me veo obligado a hacerlo porque toda la odisea que vengo a llorar aquí, de la guerra proviene.

Cuando empezó la cosa, allá por septiembre del año pasado, tuve, como todo el mundo, mis días de preocupación. Seguí la guerra telegráfica entre la Sigfrido y la Maginot. Confieso —ésta que voy a contarles es la historia de una sinceridad—, confieso que acabé por aburrirme y volví a mi vida. No hay muchas cosas detrás de esta palabra. Mi vida son los libros, una pieza en una casa de pensión, dos o tres amigos viejos, algún ex discípulo reencontrado al paso y que soporta con el sombrero en la mano las gastadas palabras que le dirijo, lentamente con gravedad, como si el mozalbete que simula escucharme representara a la juventud. En fin; pido perdón por esto, pero es más fuerte que mi voluntad. En un tiempo creí en todo eso y a mi edad se experimenta una inefable beatitud abandonándose a las creencias muertas.

Prosigo. También la guerra proseguía, allá lejos. Un día el mar se tragaba un barco inglés, al siguiente el barco hundiéndose llevaba una bandera alemana, después le tocaba a los franceses. Todo se desarrollaba de manera poco molesta, fácil y bien organizada. Bueno, me decía; ya era hora de que aprendieran a hacer la guerra. Ya que la humanidad no podía librarle de ella, era por lo menos reconfortante que su piera por lo menos administrarla. Lo mismo pasa con la prostitución, por ejemplo. Regresé, pues, a mi existencia habitual y reemprendí un trabajo sobre «El Nuevo Mundo en el Romanticismo europeo», del que no espero ningún pre-

mio ministerial, ninguna gaceta elogiosa, nada. Pero me hace olvidar que la vida se escapa y me permite comprobar que todos los libros que tengo necesidad de consultar en las bibliotecas públicas están mutilados, o mal traducidos, o no se conocen, o las tres cosas a la vez.

Estaba escarbando en Pope y planeando alguna inocente página para volver a apedrear el charco en *Marcha*, cuando apareció González. Todos sabemos quién es González. Apareció una noche en mi habitación, serio, ceñudo y lacónico. Es decir, estuvo lacónico en el prólogo. Que después...

Me saludó y enseñó, a boca de jarro, con ese aire de tirarse al mar que adoptan los tímidos para dar una mala noticia, González me preguntó: «¿Qué estás haciendo ahora?». «Hombre...», empecé a decir, sonriendo, quitándome con lentitud las gafas, feliz de tener alguien que me escuchara el relato de mi encuentro con la edición de 1701, hecha en Ámsterdam, de *Los viajes del Caballero Lahontan*. Pero González me cortó la palabra muy pronto con un gesto desdén. «No pregunto por eso», dijo. «Quiero saber qué estás haciendo en función de la guerra.» Yo no entendía nada. La idea de hacer el Lafayette a mis años, con la notable barriga que me ha proporcionado mi vida entre libros y que es algo así como el callo profesional de los bibliófilos, me parecía molesta y absurda. Pero González me tranquilizó sobre esto. No se trataba de ir al frente de batalla. Lo que él me proponía era más sencillo y burgués; más eficaz, también, según dijo. González quería que yo me hiciera amigo de Gran Bretaña, de Francia y de Polonia. Medité un momento y no vi mayores inconvenientes en esto, por más que a mi edad se haga un tanto difícil iniciar nuevas amistades. Firmé pues mi adhesión a los Comités de Amigos de las citadas naciones y creí que con esto quedaba cumplido mi deber moral ante la guerra y que podía volver a sumergirme en el Romanticismo europeo con la conciencia tranquila y un poco de calor heroico en el corazón.

Pero ahí estaba González, inexorable, como la encarnación del Deber Intelectual o cosa por este estilo. No bastaba con aquellas firmas para conservar la amistad. Era necesari-

rio, también aquí, hacer visitas y conversar. Tuve que asistir a cuanto acto se organizó en homenaje a los nuevos amigos. Y, en más de uno, tartamudeé algunas frases encendidas, mezclando nombres de héroes antiguos y de militares actuales. Recuerdo que, arrebatado por la sagrada inspiración que hacía agitarse mi vientre y otras regiones personales, rematé mis discursos con el brazo hacia el techo y la mano amenazante fuertemente cerrada. Por consejo de González, hube de prescindir de este gesto que cobraba no sé qué carácter desdorado en aquellas circunstancias. Esto me desconcertó bastante; soy un hombre serio y pulcro y estaba seguro de conocer bien las dos o tres actitudes inconvenientes que pueden componer los dedos de la mano. Suprimí avergonzado el gesto aquel y continué hablando, firmando, suscribiendo, adhiriendo, aplaudiendo, vivando. Esta tarea es interminable. La capacidad amistosa de González es infinita. No contento con los amigos que ya teníamos, inició un emocionante culto a los muertos y me hizo amigo de toda la vida de Checoslovaquia, amigo del corazón de Austria, amigo de infancia de Albania. Y sin contar con que los otros amigos se multiplicaban de tal manera que yo siempre me encontraba en falta, lleno de arrepentimientos y preocupaciones, en la imposibilidad de cumplir con todos.

Ahora bien; suavemente, en forma velada, pese al optimismo y la riqueza cordial inagotable de González una sensación molesta me fue invadiendo en el transcurso de este agitado año. Bastaba que yo me hiciera amigo de cualquier país y que abriera un poco el grifo de mi pobre elocuencia en obsequio suyo, para que a mi nuevo amigo las cosas le salieran torcidas. Como esto es, según creo, del dominio público, no hay por qué recordar aquí el desgraciado final de mis relaciones personales con Finlandia. Y lo mismo me pasó con los países del Báltico, con Francia, con Rumania, con Bélgica, Holanda y el Gran Ducado de Luxemburgo. Llegué a vencerme de que así como hay en los libros personajes llamados mujeres fatales, cuyo amor acarrea ruina y desgracia, yo era una especie de amigo *jetattore*, cuya proximidad iba a ser bien pronto recibida con tanteos a objetos de madera o

hierro, o con ese movimiento indecoroso del índice y el meñique que siempre me hizo pensar en fiestas taurinas y en el teatro francés.

Pero González era implacable. Y a todas mis dudas lastimeramente expuestas, contestaba con un aplastante: «¡Hay que sacrificarse!». Y yo me sacrificaba lo mejor que me era posible.

Hasta que hace poco tiempo, por el final de octubre, me vi obligado a realizar de improviso un viaje al campo. Absorbido por engorrosos asuntos comerciales, dejé que se aflojaran los lazos que me unían a mis nuevos amigos. Casi, casi llegué a olvidar que había guerra en el mundo. Regresé a Montevideo hace una semana y la primera cosa que encontré en mi habitación fue un llamado angustioso de González: «¡Hay que hacer algo por Grecia inmortal!». Estaba fechado el 1 de noviembre. Bueno, pensé; he aquí un nuevo amigo en apuros. No era un nuevo amigo, sino uno viejo de toda la vida. La tercera parte de mi biblioteca está dedicada a él. ¿Pero qué demonios le pasaría a Grecia inmortal? Corrí por los diarios y me tranquilicé enseguida. Grecia inmortal seguía tan campante como siempre. Se trataba —lo que hace comprensible el error— de un país europeo que también se llama Grecia; este país había sido invadido por Italia, justamente el 1 de noviembre.

Yo estaba desesperado. Esta pobre Grecia, que debía soportar la hora de la prueba sin el apoyo moral de mi amistad... Pero seguí leyendo telegramas y comprobé, con la humillación consiguiente, con la herida en mi vanidad que puede imaginarse, que la pobre Grecia, sola, abandonada por mí, se las había arreglado maravillosamente. Ya no quedaban italianos en su suelo y era necesario ir a buscarlos fuera de fronteras, en Albania, cada vez más adentro de Albania.

Ésta es la aventura que quería contar para fortificar mi humildad y para explicar mi ausencia de las páginas literarias de *Marcha*. Estoy convencido de que mi amistad no trae un destino feliz a mis amigos. Abandono definitivamente la guerra y prometo no hacer otra cosa que leer libros, comentar libros y escribir libros. Pero jamás, en ninguno de estos casos,

libros de guerra. Y no volveré a traicionar mi existencia; salvo en el caso de que alguien quiera formar un Comité de Amigos del Eje y nombrarme presidente. Estoy tan seguro de que inmediatamente después de mi primer discurso enterran a Hitler y Mussolini...

29 de noviembre de 1940

Mr. Philo Vance, detective

Hace unos cuantos años hubo en Rusia una revolución. Entre las muchas cosas derivadas de ella, se inició un movimiento revolucionario en la literatura, una tarea encaminada a comprender lo que allí estaba sucediendo y a arrimar el hombro para que siguiera sucediendo. Muchas corrientes literarias surgieron de allí; recordemos ahora al grupo de los futuristas rusos que encabezaba un gran poeta, Maiakowski. Esto es natural y acaso muchos de los lectores se hayan enterado de los hechos que historiamos. También la revolución de marzo, en el Uruguay, trajo entre otras cosas una *Revista Nacional de Literatura* que agrupa a unos cuantos jóvenes llenos de audacia y de sangre ardiente. Parece innecesario citar nombres.

Pero regresando a aquella revolución que estallara en Rusia, queremos recordar un manifiesto que redactó Maiakowski para el núcleo futurista. Había allí una frase que decía algo parecido a esto: «A la novela autoanalítica de la burguesía de Europa, opondremos si es necesario el folletón de aventura». Cuando leímos esto hace años, en una mesa de café que rodeaban gentes con anteojos, encogimos los hombros y sonreímos. Aquello era arbitrario y sin sentido. Pero hoy pensamos que sí, es necesario, oponer a la literatura analítica, burguesa y no burguesa, largos, agitados e incansables novelones.

Nos interesa, perdón, analizar las causas de este cambio de opinión...

La explicación es fácil. Cuando Maiakowski redactaba manifiestos, éramos jóvenes. La vida, por lo tanto, éramos nosotros. Como todos los sistemas planetarios giraban armoniosamente alrededor de nuestras cabezas, ¿qué cosa de mayor importancia podía albergar el universo de nuestros sueños, nuestros pensamientos y el mismo balbuceo de nuestra subconsciencia? Todo estaba en nuestras almas y de ella sacáramos, como de una mina inagotable, los elementos necesari-

rios para cuantas obras maestras nos viniera en gana escribir.

Por otra parte —¿recuerdas, Lilión?— aquellos eran los tiempos felices. El desmelonado de Maiakowski estaba sacudido por un tiempo enloquecido y junto a él moría la gente y su mundo estaba poblado de irresistibles causas por las cuales luchar. Pero por aquí se seguían vendiendo las vacas y las lanas, los amigos escribían poemas y las amigas todavía no escribían nada. La superficie de nuestras vidas era absolutamente plácida y a nadie le preocupaba indagar qué sucedía más abajo. Todo el problema estaba en turnar con discretiones el color de los ojos que darían título al soneto semanal. Era una dicha mansa y pastoril, muy adecuada al pueblo gaudioso donde se había posado.

Pero vino primero la revolución de marzo y muchas ilusiones pasaron a mejor vida; eran ilusiones tontas y los tontos siguen aún lamentando su muerte. Algo pudimos ver de lo que realmente éramos y toda la fraseología generada por el acontecimiento no se bastó para disimular que habíamos estado viviendo sobre frases, cadáveres de frases que nunca habían significado nada y que ahora se mostraban rígidas y malolientes. En el fondo nada había cambiado. Pero alguna cosa sutil, inefable, se había roto. Con la cabeza libre de fantasmas y telarañas, fue posible que cada uno llegara a conocer de manera más directa lo que era vida, lo que estaba mal encubierto por las antiguas frases. Ahora ha llegado la guerra, en Europa, por el momento. Pero, aunque no pasara de allí, sus colazos alcanzarán para aturdirnos por un rato largo o para poner al revés todo lo que hoy nos rodea.

Parece inconcebible que haya hoy gentes capaces de continuar peñas literarias, banquetes de homenaje, actos académicos, todo ese pasado insoportable y ridículo. Y, para volver al principio de esta nota, es también inconcebible que cuentistas y novelistas sigan creyendo que el sol gira alrededor suyo y que el análisis de sus almas exquisitas tenga mucha importancia, aunque el alma sea la de Mr. James Joyce.

Nos gustaría atrevernos a decir que el individuo es actualmente una cosa líquida; pero aparte del temor que nos inspira este tipo de frases, alienta en nosotros otro miedo más

inmediato. Sabemos que en este país no hay nadie capaz de comprender que uno haga una afirmación así, desde un punto de vista desinteresado y objetivo, importándole un modesto y rugoso pepino que el individuo esté o no liquidado.

No lo diremos, pues, nos limitaremos a decir que nosotros no somos hoy una cosa de trascendental importancia y que vosotros tampoco. La individualidad del escritor se agranda en proporción al cuidado que ponga en desaparecer, en la medida de su papel de intermediario, médium entre la vida y sus lectores.

Hay confesiones difíciles para el que desea conservar la consideración de sus conciudadanos. Ahora, que cuando uno no está en ese caso, puede decir y firmarlo con todas las letras de su seudónimo, que no experimenta ningún interés por conocer las vibraciones del alma de los artistas contemporáneos ni de los otros. Que entre el hecho, formado por supuesto de miles de hechos, que podemos llamar «la caída de París», y las sensaciones que esa caída de París provoca –verso o prosa– en el espíritu de los escritores, preferimos sin duda lo primero. Y que puestos a elegir entre un poema dedicado a la guerra que azota al mundo y una novela de trescientas páginas donde se estudien sabiamente las reacciones producidas en el personaje por un drama de adulterio, nos quedamos con una buena novela policial de Philo Vance, escrita por S. S. Van Dine, de la firma social Van Dine, Van Dine y Van Dine.

6 de diciembre de 1940

Un jueves literario

Cuando el último de los visitantes hizo sonar la puertecita del ascensor y gritó: «So long, baby», la Tota regresó al salón vacío, se dejó caer en el sofá y se estuvo un momento con la cara entre las manos. Yo me apresuré a hundirme en el silencio que ella permitía crecer, un silencio donde zumbaba en germinación la tormenta. Pero no pude gozar de la paz porque no tenía fe en ella. Siete minutos permaneció callada un lejano día la Tota y ésta sigue siendo su marca más notable. Siempre he pensado que unos meses de afonía podrían convertirla en un ser humano.

Esa presentación debe pecar por ociosa; no hay nadie en Montevideo que pueda considerarse dentro de la zona de influencia de la Tota Pérez Smith. Porque si usted escribe, recibirá de manera fatal una larga carta de la Tota con consejos y opiniones; la Tota le pondrá síto, lo desesperará y conseguirá al fin que usted concorra a su «jueves literario». Si usted pinta, terminará por caer con algún cuadro bajo el brazo a los «lunes plásticos» de la Tota Pérez Smith. Si usted es un hombre feliz y no hace ninguna de esas cosas, la Tota irá a buscarlo, aunque sea en el fondo del Sahara, le dirá «¡Filis-tétoi!» con su mejor sonrisa y lo abonará a sus «martes de meditación y ocio». Si usted, enloquecido, se hace romper una pierna, se pone un camión de bayeta y se hospitaliza, al día siguiente verá entrar a la Tota Pérez Smith con una naranja y una botellita de agua mineral, amén del propósito de llevarle alguna distracción al «querido enfermo», en su carácter de vice pro secretaria 3ª de las Visitadoras de Hospitales y Leprosas.

Pero prefiero resumir su personalidad en este recuerdo: un amigo, luego de perder el apetito a causa de la denodada persecución de la Tota, perdió también todo ruidimento de buena crianza e intentó suprimirla diciéndole: «Mire, antes de ir

a oír macanas a su casa, me hago cura». La Tota movió la cabeza con su sonrisa de comprensión sutil y lo invitó para concurrir a sus «sábados místicos». No hay, pues, salvación: la Tota es fiel como la sombra e inexorable como la muerte.

Como lo había previsto, el silencio de la Tota pasó como una pequeña nube de verano. Se enderezó y me dijo:

-¿Qué le pareció el poema de Barbanieri?

Di un respingo: no recordaba si Barbanieri era hombre o mujer, ni cuál de los veinte y tantos poemas que en la tarde habían sido leídos, musitados, aullados, sollozados, cantados y gargarizados correspondía al misterioso y ambiguo Barbanieri. Pero la Tota estaba ya en otra cosa:

-Qué admirable construcción la del ensayo del Piloche, ¿eh?

-Sí, es indudable...

Ya estaba de pie junto a la chimenea de ladrillos, falsa, y encendió un cigarrillo.

-No me gustó nada su artículo del viernes, Periquito. Perdón. Pero esa atmósfera... No, no diga nada. Permítame. El otro, el anterior, aunque tan venenoso como cualquiera, tenía, digamos así, el veneno diluido. No, permítame. Era precioso, Periquito. Y su atmósfera... ¿Sabe en qué me hizo pensar? Estuvimos comentando el jueves. Era una cosa anatólica, Periquito; parecía estar escrita por... Espere. ¿Se acuerda de Silvestre Bonnard? Pues eso. Esa atmósfera de bondad, ¿eh?, con aquella ironía tan suave... ¡Pero esto último, Perico!...

Si la tarde me hubiera dejado algún resto de potencia irónica, es seguro que mi ironía no habría sido suave. Me traté las palabras, gesticulé con modestia y dije:

-Bah. Si me parezco a algún personaje de France, será a Riquet. Sí, tengo muchos puntos de contacto con Riquet.

La sonrisa de inteligencia y comprensión que iluminó el rostro de la Tota me dio a entender que no sabía quién era Riquet. Hecha la sonrisa prosiguió:

-Porque este último artículo suyo, Perico, ¿sabe a qué huele? Huele a juventud. Es audaz, desafiante, arrojado, brulístico. Y usted, Perico... En fin; cada etapa de la vida exige

formas y no es leal sugerir un efebo de las brigadas estéticas de Hitler cuando uno... cuando usted, quiero decir... No es por molestarlo. Pero nadie debe falsificarse. Como dice Tolstoi en...

El humo del cigarrillo quiso librarme de aquel tiro de gracia; ahogada, la Tota tuvo que callarse para toser; pero mantenía aún el aire para evitar que se le escapara el uso de la palabra. Aproveché:

-No tiene importancia. No me interesa defenderme. Soy viejo, gordo, calvo, reumático y de pasiones morigeradas. No lo oculto. Pero hay rachas, Tota, ráfagas de primavera que lo encienden a uno...

Milagro, me oía en silencio, atenta, y los párpados le caían pudorosos mientras unos dedos arreglaban los ricillos de las sienes. Me estremecí con la intuición de un funesto malentendido.

-Quiero decir, aclararé, que cuando veo que no hay jóvenes que escriban, que los que ni siquiera tienen edad para ir al Betete están ya viejos y no hacen más que remedar las cosas ya inútiles de los que ya no pueden ir al Betete, cuando veo eso, llego a tomarme en serio la literatura nacional y me adjudico la misión de salvador de nuestras letras. ¿Y qué otro recurso puedo emplear que fingir un ánimo caldeado y juvenil para contagiarlo?

El rostro y la voz de la Tota Pérez Smith eran ahora implacables:

-¿De manera que no hay nada en toda la literatura uruguayana (aparte de sus artículos, naturalmente) que merezca ser tomado por ejemplo?

-No es eso; usted lo presenta como juicio sobre valores. Hay que defender la necesidad de no imitar a nadie. Que cada uno haga su obra y trate de estar lo más solo posible.

-Es que usted cree, como Ibsen...

-Yo no creo como nadie. Que estén solos por simple espíritu de cálculo. Porque nada tienen que ganar acompañados, salvo pequeños beneficios de descuidistas. Una literatura vive sólo cuando trabajan para ella hombres formados con una natural indiferencia por el pasado. Gentes desprecupa-

das del mundillo intelectual, ligados a su tarea por furor de maniáticos. Si hubo algo bueno detrás, tanto mejor para las antologías. Hoy se trata únicamente de que cada uno diga su verdad de manera verdadera.

—Desbarra, Perico. Precisamente hoy, cuando Europa está muerta o desmayada, es necesario regresar a las tradiciones de América para hacer un arte nuestro, una cultura autóctona...

—Ya lo oí antes de la guerra. Lo sorprendente, lo absurdo, lo cómico es que se acepte con tanta naturalidad la definición de la cultura europea y, para sustituirla, se trate de revivificar la cultura americana. Que, por otra parte, no existe.

—Esa frase, Periquito, tan ingeniosa...

—Esa frase, Tota, es robada de France. Regreso a la atmósfera aquella de la bondad, la ironía, las zapapillas y los libros empolvados. Pero no sé si la frase la dijo Bonnard o Riquet. Mi querido Riquet. Tota, tan conmovedoramente fiel a las tradiciones, y a la gloria y el provecho de los muslos de ave que caen de la mesa.

Y como la Tota Pérez Smith no sabía quién era Riquet, tuvo que repetir su luminosa sonrisa de comprensión.

13 de diciembre de 1940

Jóvenes se necesitan

Señor Periquito el Aguador:

Aunque esté conuencido de que usted no aguará la fiesta a nadie, por mucho que le duela, respeto su sendónimo.

En realidad esta carta va dirigida a todos ustedes, los de Marcha, y si lo elijo a usted para agente transmisor es únicamente porque coincidimos vagamente en el interés por la literatura. Me permito, pues, decirles que han equivocado el camino de manera lamentable. Marcha, que podía haber sido un gran elemento para el periodismo y la cultura nacionales, se ha empujado en anularse por culpa de su orientación. Ustedes no hacen nada más que criticar, nada hay digno de una palabra de aliento en el país. El más fútilo comprende que en los momentos actuales hay una tarea digna y urgente: crear una conciencia uruguayva. Y para esto es necesario deponer rencores y reconocer el mérito y el esfuerzo que entraña lo ya realizado y lo que está en vías de realización. De lo contrario, se van a quedar cada vez más solos, «insulados» por la intolerancia, sin realizar una obra fecunda y destilando odios entre cuatro paredes.

V. A.

Como ustedes han visto, ahora nos carteamos con mister Babbitt. Y como él es representante de lo más numeroso de nuestra sociedad, resulta que no estamos tan solos, por lo menos por ahora, como se nos augura en la graciosa carta. Nada tenemos que ver con las demás secciones de *Marcha*, y no nos vamos a atribuir la tarea de contestar a mister Babbitt en nombre ajeno. Todo lo que vamos a decir, no sabemos todavía si será mucho o poco, corre exclusivamente por cuenta nuestra.

Por lo tanto, mister Babbitt, ya que compañero en el amor por las letras, hablemos solamente de literatura. Y, además, porque el análisis de lo que significa en el terreno político la

musiquita de «deponer rencores» y «crear una conciencia uruguaya» ya ha sido hecho de manera amplia.

Nada más conmovedor que esa fraseología acerca del reconocimiento de los esfuerzos hechos y de la necesidad de partir palabras de aliento. Tan conmovedor, que los sensibles corazoncitos de los escritores uruguayos hace años que laten exclusivamente para eso: para reconocer méritos en cuanto plumífero anda por nuestras peñas literarias, a condición de que el meritorio ciudadano sepa también apreciar los valiosos y definitivos esfuerzos realizados por los dueños de los corazoncitos saltarines. Gracias a esa fraternidad emocionante, no tenemos crítica literaria, crítica de verdad, sin aparcerías ni espíritu de grupo. Entiéndase bien lo que decimos: no conocemos ningún crítico militante, hoy, viernes 20 de diciembre del cuarenta. Si existe, que se presente. Podemos asegurarle todo el espacio que juzgue necesario en estas páginas para realizar la tarea más urgente de nuestra literatura. Porque, hoy por hoy, estamos convencidos de una cosa, muy antipatriótica, muy poco cordial, muy lo que se le dé la gana a mister Babbitt. No hay tanta necesidad de crear —y ésta es enorme— como de revisar lo hecho hasta ahora, desbrozar el montecito de las bellas letras y ver cuánto queda allí de verdadero valor. Puede decirse que esta tarea ya ha sido hecha y citarse algún nombre que tenemos presente desde el principio de la nota. Pero aquel que se animó a ser sincero en sus juicios literarios —y que si pecó por algo fue precisamente por benevolencia— se vio obligado a abandonar una tarea que sólo le brindó el odio de los mister Babbitt. Y bastó que se callara para que volviera la paz al charco, como siempre, aquí no había pasado nada.

De manera, pues, que hemos llegado muy tarde para realizar una obra de complacencia y de sonrisas. Todos los puestos están ocupados y cada día se crea uno nuevo. No quiere decir esto que pensemos que la misión crítica a que nos referimos está reservada para nosotros: ni tenemos condiciones para llevarla a buen término ni creemos que una sola persona, por talento, erudición y otras virtudes que posea, pueda, sola, barrer con todo lo inútil, lo retórico, lo ríspido y lo cur-

si de esta literatura. Esa obra, si se realiza, sólo puede llevarse a cabo por un grupo de gente joven que «no esté de acuerdo». El Uruguay tiene necesidad, volvemos a decir, de algo semejante a aquella agrupación argentina que se llamó «Martín Fierro». Mientras esto no suceda, viviremos atados a un pasado inservible que debilita el ardor de toda savia nueva.

El problema está en saber si existe o no esa gente que reclamamos. Jóvenes antisentimentales —¿mister Babbitt sabe lo que queremos decir con esto?—, de buen humor, despiadados en el ataque, capaces de renunciar a todos los fáciles triunfos que tientan a los mediocres, seguros de que el único triunfo que importa está destinado para ellos. Que sepan atacar, sean o no injustos. Lo bueno resistirá aunque pueda oscurecerse por un tiempo, y el resto se vendrá abajo. Unos años después, es seguro que el aire de Montevideo será más respirable. Y de esta manera, mister Babbitt, si no creamos una conciencia nacional, habremos solucionado un grave problema municipal.

Volviendo a la monserga de «proteger lo que tenemos», declaramos que es algo que nunca hemos podido comprender. ¿A qué diablos? Un libro que no se protege por sí mismo acabará por desaparecer por más cabos salvadores que le tiremos; y mientras tanto, mientras no llega el feliz momento de su definitiva zambullida, estará molestando, destruyendo y aburriendo. Y el libro que vale lleva en sí mismo los elementos de su duración. Resistirá el veneno de «los que no deponen rencores», el tiempo y, lo que es más, los elogios patrióticos de los Babbitts en tren de protección. Y, para terminar, cuando se cumplan las profecías de V.A. y nos quedemos «insulados» por nuestra razonada intolerancia, siempre tendremos algún libro bueno de veras para amenizar el emparedamiento. Lo cual, como destino, es menos confortable que el que ha sido reservado a los San Francisco-Tartufo; pero mucho más hermoso y preferible.

20 de diciembre de 1940

Los premios literarios

La comisión designada por el Concejo Deliberante de la ciudad de Buenos Aires para que estudie el proyecto de presupuesto correspondiente al año próximo, acaba de dirigirse al Concejo proponiendo, entre otras cosas, la supresión de los premios anuales de literatura.

Es de imaginarse el pequeño y sonoro escándalo que despertará dicha intención. Los escritores argentinos no poseen un sindicato, como los choferes o los obreros portuarios, que les permita hacer valer sus derechos o lo que entiendan como tales. La huelga de los poetas está todavía por realizarse y es difícil que podamos asistir algún día a este espectáculo, tratándose de un gremio para el que la vanidad es una inseparable condición del oficio. Por otra parte, pocos podrían resistir a los efectos de una huelga fracasada; pocos podrían sobrevivir a la comprobación de que la literatura, así sea presentada en verso, en prosa o en condiciones ambiguas, no constituye materia de primera necesidad para el público.

Comentando el proyecto económico del Concejo Deliberante, un escritor argentino, Horacio Rega Molina, escribe lo siguiente:

«Los premios municipales de literatura han dado origen a evidentes errores, pero no es menos cierto que en abundantes casos se hizo plena justicia y, en otros, justicia a medias. Uno de los beneficios, indirectos, de los premios, ha sido el de reivindicar la certeza y eficacia de algunos adagios, sobre todo aquel que pregunta cuál es el segundo, al hablarse de premios. No pocas veces la equidad se manifestó recién después de la primera votación, hasta que la reforma de la ordenanza, al excluir las categorías, hizo menos sensibles los olvidos, las postergaciones, los efectos de la política literaria, que es casi peor que la otra...

»Con todos sus desaciertos, los premios municipales de literatura no deben ser suprimidos. Nuestro Buenos Aires tiene fama, inmerecidísima, de cartaginesa. Y precisamente ahora, que su actividad intelectual y artística es impar y que se ha convertido en el centro editorial más importante de América, y, para mejor decirlo, de los pueblos de lengua castellana, los concejales resuelven pasar el lápiz rojo sobre una ordenanza cuyo único error era la inclusión de dos miembros del cuerpo en el jurado».

El argumento final no nos convence, a pesar de que, apostamos, saldrá triunfante. Bastará hacerles creer a los miembros del Concejo que está en sus manos el destino de las bellas letras y la reputación intelectual de la gran ciudad del gran país ganadero y agrícola del sur, para que los ediles emplecen un torneo de oratoria con citas de libros y autores que entrarán dándose de patadas en el Digesto Municipal, y terminen votando algún impuesto que permita mantener los premios.

Decíamos que el argumento del talentoso escritor argentino no nos convence; agregamos ahora que no nos convence porque sale de la estera de la vanidad literaria, poco trascendente, al fin y al cabo, para esponjarse en la de la vanidad nacional, siempre peligrosa y siempre repugnante. Dar premios literarios por razones de prestigio internacional es un acto propio de nuevos ricos. Naturalmente que éste es el caso.

Pero enfoquemos un poco el problema en nuestro medio. Confesemos, primeramente, que tenemos tantas ganas de convencer que es posible que se nos escape algún sofisma. Quedamos a la espera de que, de sucedernos esa desgracia, alguien nos lo comunique.

Ante todo, queremos preguntar por qué no da el Estado premios para ser repartidos entre los más hermosos zapatos que fabrique la industria uruguayana o los más incomprendibles sombreros que sea dado ver en los escaparates del centro o en las cabezas de las mujeres. No aceptamos argumentos basados en la superioridad del arte sobre las demás actividades.

Creemos, con Lin-Yutang (ya ven ustedes: la literatura es como la coquetería; uno mariposea algún tiempo y termina

por caer en una cita), creemos que se experimenta un mismo goce espiritual absorbiendo un buen plato de macarrones como leyendo un poema de Valéry. Salvando las distancias, claro; no olvidando que los buenos macarrones no abundan y, a veces, tampoco los otros.

Respondemos a la pregunta que inicia el anterior párrafo con esta fresca perogrullada: el Superior Gobierno no premia la fantasía de zapateros y sombrereros porque esta gente cumple una función de indiscutible utilidad social, ya que vive directamente del público, de vender sus obras al público. No necesita de la ayuda oficial. Pero, nos dirá nuestro imaginario contrincante, lo que sucede es que la cultura del pueblo uruguayo no ha alcanzado aún el nivel necesario como para permitir que los escritores puedan satisfacer sus personales presupuestos con la venta de sus libros. Tomemos esta argumentación como si fuera buena y opongámosle el siguiente retruco: seguimos creyendo que los pueblos tienen los gobiernos que se merecen. Un pueblo que no ama los libros estará gobernado por un hombre que se dedique a cualquier cosa, las antipodas de la literatura. Lo normal sería que el hipotético jerarca negara él también su grito de muera la inteligencia y les dijera a los aspirantes a premios literarios el clásico y sabroso: «¿Quiere plata?... ¡Trabaje!». Lo anormal es que el jerarca llegue a enterarse de que hubo un mozo que se llamaba Gutenberg y de las consecuencias que algunos sabemos. ¿Con qué criterio este digno gobernante de un país que ignora los libros repartirá premios a los autores? ¿A quiénes encargará tarea semejante si el tiempo no le alcanza para hacerlo por sí mismo?

Aceptamos que alguna casualidad dé al pueblo gobernantes que no se merece. Alguien que no sea coronel y lea libros. ¿Tiene derecho el increíble presidente del ejemplo a gastar el dinero público en cosas que al público no le dan frío ni calor?

Y éste es sólo un diminuto aspecto del problema, que tiene más de mil. Se puede argüir también que los premios constituyen un aliciente para los escritores. Chocolate por la noticia. Precisamente éste es uno de sus mayores defectos. Basta informarse en cualquier imprenta para saber que la mayoría

de los libros se imprimen exclusivamente para intervenir en los concursos; y no es dudoso que hayan sido escritos con el mismo objeto. Piénsese en lo que puede ser una obra literaria producto de una verdadera fecundación artificial y durante cuyo fatigoso parto el autor se haya asignado como aspiración máxima un premio de mil pesos, un banquete de homenaje y dos o tres adjetivadas crónicas que deberán ser devueltas en oportunidad.

También puede decirse que el sistema de concursos sirve o es capaz de servir para el descubrimiento de gente nueva y con talento a la que la indiferencia ambiente cierra las posibilidades de divulgación.

Todo es posible. Pero si en París le escamotearon el Goncourt a Luis Ferdinand Céline para dárselo a cualquier gramático de buenas costumbres y estilo desinfectado, no es lógico alimentar muchas esperanzas por estas latitudes.

Como botón de muestra para saber qué desatinos y marrachos estamos capacitados a realizar en materia de premios literarios, baste recordar que *Sombras sobre la tierra*, novela de Espinola aún no superada entre nosotros, no logró obtener el premio del Ministerio, y el concurso a que fuera presentada se declaró desierto.

Y sin embargo no nos oponemos a que se sigan otorgando premios de literatura. Sólo que entendemos que deberían ser discernidos exclusivamente por gentes de letras, por un Sindicato del Libro donde formarían escritores, críticos, editores. Esto no lograría, claro, encender de pasión literaria a nuestro pueblo ni aumentar la dosis de fósforo de que gozan los cerebros de nuestros escritores. Pero se alcanzaría la seguridad de que la política nada tendría que ver con los concursos literarios y los libros serían juzgados por gente del gremio, sin participaciones con niños bien que ya no son niños.

Y la alegría de llegar al final hace que tampoco nos opongamus a los premios que reparte el Estado; así es de compleja el alma humana. Que se den todos los premios que se considere oportuno dar y a quien sea conveniente darlos. Las veces que hemos llenado columnas de *Marcha*, lo hicimos siempre atribuyéndonos la representación de los verdaderos escrito-

res uruguayos. No importa que no los conozcamos. Como hasta ahora nadie impugnó estas credenciales, volvemos a decir hoy, siempre en nombre de los verdaderos escritores uruguayos, que no creemos en un libro que haya sido escrito «para» gustar a un jurado oficial de literatura, no para gustar a los amigos, no para gustar a ese ser de nombre cursi que llaman la mujer amada. Los buenos libros —podemos jurarlo— se escriben «para» que gusten a sus autores, en primer término; luego para que gusten a Dios o al Diablo o a ambos dos conjuntamente; y en tercer término para nadie. El resto sí que es literatura.

10 de enero de 1941

Asociación de Arte Constructivo

Ha llegado a nuestro poder un ejemplar del folleto editado por la Asociación de Arte Constructivo, donde se publica la conferencia número 500 de las dadas en el Uruguay por Torres García.

Esta conferencia, además del valor educativo de todas las que dijera Torres García en estos últimos seis años, tiene un interés particular. Se trata de la historia de una experiencia y, naturalmente, de un desencanto. Este folleto de apenas cuarenta páginas merece ser guardado cuidadosamente. Algún día constituirá un documento definitivo acerca de la seriedad de la cultura nacional en estos años. Desgraciadamente, para entonces, la Tierra se habrá quedado sin nosotros. Pero tenemos la ilusión de que habrá en el señalado futuro mucha gente que pueda divertirse un rato enterándose de la aventura de Torres García con la flor y nata de la intelectualidad y el arte uruguayos, en el período 1936-1940.

Porque para ese entonces no habrá motivo de indignación y la tristeza que pueda contagiar el honroso fracaso del pintor patriota se habrá atenuado en mucho. Después de todo, pase lo que pase, Torres García tiene un destino para cumplir; y la tontería ambiente no es, si se piensa, más que un elemento que ayuda a la realización de aquel destino. Destacamos para el regocijo de las hipotéticas generaciones futuras:

«No sorprendió, por lo nuevo, lo que yo mostré a todos, no, no ocurrió nada de eso; se tomó, así, en general, como mamarrachito. Y no escaparon a este juicio ni los post-impresionistas, ni los cubistas, ni los post-cubistas, ni las nuevas escuelas constructivas. Todo fue inútil; la gente, en general, o dudaba o reía».

Todos sabemos que no hay en estas palabras nada de exageración; al contrario. Al que dude le aconsejamos recorrer los salones de pintura. Argumento definitivo, estamos segu-

ros. De modo que nadie privará a nuestros queridos nietecitos de sus horas alegres, cuando se enteren de que, por esta época, Fulano y Fulano se burlaban, en Montevideo de las nuevas corrientes de la pintura. Curiosa coincidencia, anotamos al pasar, entre la mentalidad de los pobladores de este país libérrimo, independientísimo, ultrademocrático, y la de Adolfo Hitler, resuelto a meter en un manicomio a todos los degenerados pintores judíos que se empeñan en ver cielos y árboles cuadrados.

Estamos pues, a la altura de aquella miss que tuvo un ataque de nervios frente al *Caballo blanco* de Gauguin y prorrumpió en chillidos: «¡Red dog! ¡Red dog!». Y muy por abajo, naturalmente, de las tribus del África, cuna de serios valores incorporados ya al arte de los países civilizados.

Pero nada se pierde en este terreno: la obra de Torres García y su personalidad actúan ya de manera invisible entre nosotros. Y más tarde o más temprano servirá de punto de arranque para una pintura sin sentimentalismo, sin literatura, sin ranchitos de paja y de terrón, sin querubines rubios, sin madres amorosas y de robustos pechos. Una pintura, simplemente.

Y ahora, ¿no podría el Ministerio de Instrucción Pública conseguirnos un Torres García para beneficio de nuestras letras?

31 de enero de 1941

Larreta y el Nobel

La Sociedad de los Escritores Argentinos se ha dirigido a quien corresponde para solicitar que el premio Nobel de Literatura sea otorgado a don Enrique Larreta. Parece broma pero es cierto. Por lo demás, ya se había solicitado igual distinción e igual suma de dinero para don Constancio Vigil y don Manuel Gálvez.

Como en los casos anteriores, se emplea ahora un argumento curioso, capaz, según parece, de aunar opiniones y de justificar el extraordinario pedido. Se dice que la concesión del premio Nobel a un escritor argentino serviría para atraer la atención del mundo literario sobre Argentina y Sudamérica. Nobles propósitos patrióticos y americanistas. Pero creemos —siempre desde un punto de vista de impaciente amor por la Argentina y el resto de América— que el otorgamiento de lo que se pide sería de funestas consecuencias para nosotros. La gente leería *La gloria de don Ramiro* y *Zogobí* y la calidad de las carnes que exportamos arrojaría un balance desfavorable para nuestra cultura. La argumentación nos parece incommovible.

Por otra parte, tomando el asunto con gravedad, ¿no hay en la Argentina escritores de más talento que don Enrique Larreta? Eduardo Mallea y Roberto Arlt, ponemos por ejemplo. Es cierto que no se inventó todavía la manera de medir el talento de un escritor. Pero se puede afirmar que quien se empeña en sudar ese estilo españolísimo y refrito en que ha sido escrito *La gloria de don Ramiro*, nada tiene que ver con la literatura.

Hoy no tenemos tiempo para definir qué literatura: pero lo vamos a hacer un día de estos. Por lo pronto, para calmar algunas curiosidades diremos que el arte es un misterio que sucede en zonas misteriosas. Y el que no entienda esto, el que

no lo sienta como un lugar común que nada puede agregar a su propia inteligencia del arte, no ha sido capacitado por Dios para comprender el anunciado ensayo que sobre la esencia de la literatura escribiré.

31 de enero de 1941

James Joyce

Entre los miles y miles de hombres que mueren cada semana en Europa vamos a distinguir hoy el cadáver de uno que murió avejentado, flaco y ciego. Era en vida un irlandés llamado James Joyce y, habiendo contraído una exasperada hambre de divinidad, dio en la flor de buscar a Dios en el caos. Como sus brazos –ni siquiera los suyos– alcanzaban para abarcar un Caos con mayúscula, James Joyce realizó su búsqueda en el alma del hombre, efecto, espejo y causa del «gran torbellino del mundo».

¿Qué hay de su hallazgo? Si el torbellino es el mismísimo Dios, aquel frenético irlandés se salió con la suya. En caso contrario... Pero, en caso contrario, el *Ulises* es el más asombroso mundo que puede crear un hombre. El irlandés de nuestra historia terminó, pues, en el menos halagüeño de los casos, por encontrar, si no a Dios, a un Dios o Demiurgo que se llama James Joyce. Si su hambre quedó aplacada, no lo sabemos. Es posible que no, ya que continuaba escribiendo, amasando mundos sucesivos que aún no sabemos qué pueden contener para él o para nosotros.

Claro está que cuando se incendia el mundo se apaga la luz de los pequeños mundos individuales que puede crear el hombre a su imagen y semejanza. La coincidencia de la muerte de Joyce con la fogata cada vez más ambiciosa que arde y consume a Europa, motivó que las notas necrológicas fueran escasas y breves. Y la gran mayoría –casi todas las que leímos no eran más que una impersonal glosa de las biografías que remiten a los diarios las agencias de telegramas– eran advertidas al escritor. Nos hacían pensar en gentes que, luego de un rápido sombrero, tomaban asiento para hablar mal del difunto. Todas las notas pertenecían a escritores de izquierda, lo que es natural, ya que los escritores de derecha se han muerto mucho tiempo antes que Joyce.

Los ataques no se dirigían contra el talento literario de Joyce. Basta leer el *Retrato del artista adolescente* o las primeras páginas del *Ulyses* —debe haber por allí una caminata de Stephen Dedalus en un paisaje de arenas y rocas— para saber, de una vez por todas, que no hay escritor viviente capacitado para juzgar a Joyce como artista literario.

Además, y este además lleva adentro todo lo que se va a ver, el aporte de Joyce a la literatura es, con el de Marcel Proust, el más grande que haya sido hecho por un solo escritor. Hablamos —ya lo sabían usredes— del monólogo interior, elemento técnico del que es posible encontrar huellas notables en toda la literatura post-joyciana. (No importa ahora que Virginia Woolf reclame la paternidad, perdón, la maternidad, del famoso elemento. Acaso tenga razón, acaso haya realmente tenido que discutir con Joyce para obligarlo a aceptar el recurso. Pero, en arte, lo que vale no son ideas sino realizaciones.) Literariamente, la importancia absoluta de un escritor no es mensurable sino de manera personal, por cada uno sin posibilidades de demostración, pero su importancia relativa puede medirse buscando respuesta a esta pregunta: «¿Es mucho, es poco o es nada lo que habría que suprimir de la literatura, aparte de las obras del examinado —naturalmente—, si lo suprimimos a él?». Es un procedimiento útil aunque desconsolador. También puede usarse para medir la importancia de los países. Pero es preferible no hacerlo.

Quedamos en que las agresivas necrológicas hechas a Joyce no se referían para nada a su dominio del oficio. Se critica el que se haya dedicado a una tarea estéril, a un detallismo absurdo, a un análisis incansable y cansador de todo lo superfluo. Para decirlo en lenguaje que contribuya a dar clima joyciano a esta nota: se critica, y con harta razón, el unanimismo intelectual de Mr. Joyce. Con harta razón, porque Joyce, capacitado como el mejor para bucear en la vida, en el caos con grandes letras, se dedicó al alma de un hombre, exclusivamente al alma de un hombre. Bloom, Dedalus o Fulano de Tal. Error garrafal, error comparable, en gruesa síntesis, al que cometería un hombre de ciencia que perdiera su tiempo en estudiar el microscopio en lugar de emplearlo

para el examen de tejidos, bacterias o cristales. Porque el hombre, el alma, el cerebro y las vísceras del hombre no son sino una partícula de la vida. En arte, y en definitiva, el hombre es fundamentalmente el instrumento que tiene el hombre para saber de la vida. (Intuímos que esto resulta oscuro: pero estamos escribiendo con prisa y también intuímos que estamos en lo cierto.)

El error de los impacientes enterradores de Joyce está en las consecuencias que quieren sacar de su caso. Recuerdan a Ortega y Gasset cuando afirma que la novela ha muerto y contestan: «Sí; pero la novela en la sociedad capitalista». Recordamos en este momento a André Gide y su divertida aventura comunista; recordamos que escribió en alguna de las páginas de su *Diario* que le era imposible seguir escribiendo novelas porque no encontraba tema en la sociedad francesa. Acaso lo haya encontrado recién, con la ocupación de Francia por los nazis. Y ahora, audazmente, entre esas figuras ilustres nos deslizamos nosotros para decir que lo único muerto es la novela hecha sobre el alma de un individuo. Lo que empezó con el genio de Dostoiewski —entre otras cosas— llegó al cenit con Marcel Proust y termina para siempre en este pan-demonium de James Joyce sin posible más allá.

Puede ser que la sociedad burguesa no tenga temas para los escritores burgueses. (No basta ser un inadaptado sexual para dejar de ser burgués; y sólo puede estar interesado en épatar a la burguesía el que tenga fe en ella.) Pero en los Estados Unidos, meca del capitalismo, John Steinbeck encontró tema para *Viñas de ira*. Y en la lucha de España contra el capitalismo internacional (capitalismo fascista y capitalismo de la «no intervención»), André Malraux encontró tema para *La esperanza*, como lo encontraría antes en China para *La condición humana*.

Hace rato que se viene hablando de la decadencia de la novela. Los temas están ya todos gastados y la novela está condenada a repetirse, dice el señor Ortega y Gasset. La novela ha muerto en la sociedad capitalista, dicen los críticos revolucionarios con exceso de celo y escasez de alcances. Pero Pe-ríquito el Aguador, que se ve obligado a poner punto final a

este comentario de comentarios, dice que lo que está muerto y ya huele mal es nada más que la novela «de» la sociedad capitalista; los temas gastados hasta la inutilidad son los temas que satisfacen a los burgueses.

Lo inútil en arte es, pues, lo que proviene o se destina a las gentes inútiles. Respiremos tranquilos, ya que nada se ha perdido.

7 de febrero de 1941

«Grucho Marx»

Artículos publicados en «Marcha»
bajo el seudónimo «Grucho Marx»

1940-1941

Se regala una idea

Señor director:

Estoy seguro de que usted, como todos los creadores de verdad, se habrá detenido más de una vez sobre las páginas de su semanario, disconforme, rumiando qué podría quitársele y qué agregársele. Cientos de veces habrá reformado lo que hasta el último viernes creyera perfecto y cientos de veces se habrá arrepentido de hacerlo. Repito que esta inquietud es inseparable de los verdaderos creadores: y no vale argumentar que hubo uno que miró su obra al día séptimo de iniciado el laburo y juzgó que era buena. Éste no era creador; nunca pasó el pobre de diletante y siempre le atribuí algo cómico y lastimoso de aprendiz de brujo. Si no lo cree, eche una mirada alrededor y opine sobre este pabellón de retardados donde transcurren nuestros días.

Me he propuesto terminar con sus cavilaciones regalándole una idea. Una idea, así, sin adjetivos, que ya es mucho decir y tener y dar en un país donde a la gente la mata una embolia cuando le nacen dos juntas. Y no sé qué se le podría quitar a *Marcha*; pero sé qué es necesario agregarle: una página de sucesos policiales. No, perdone; si empieza a hacer sonrisas escépticas no nos vamos a entender y de eso saldría perdiendo *Marcha*. Concédame dos o tres centímetros de columna y de paciencia. ¡Después de todo, tantos metros de ambas cosas habrá malgastado en su vida!

Hacer periodismo es ofrecer al público informaciones sobre la vida y comentarla. Páseme la definición. Hay que escribir sobre política nacional, política internacional, problemáticas femeninas, carreras, fútbol, literatura, arte... y creo que se acabó. Todo eso puede ser interesante en abstracto; pero en la práctica uno comprueba que a cada línea que se logra pergeñar sobre esos temas —no olvide que estamos en Mon-

tevideo— una célula de la sesera hace un guiño, nos dice buenas noches y queda seca de aburrimiento. Y ya nos van quedando pocas. La causa de esto me parece hoy muy sencilla: para ser político, mujer, burrero, hincha de fútbol, escritor y artista, para serlo con éxito, es necesario tener la imaginación difunta. Algunos, obligados por la lucha por la vida, han llegado enfermarla de encetalitis. Y así se defienden, medran, se casan y engordan. Buen provecho. ¿Cómo quiere usted hacer algo interesante en periodismo con semejante materia prima? No hay plan quinquenal ni importación de técnicos capaz de extraer ambrosía de los adoquines.

Pero quedan aquellos que no sirven para nada, que no pueden llegar a diputados, ni siquiera a presidentes, que no pueden ser mujeres, ni enronquecer aullando en el estradio, ni declarar guerras, ni escribir libros. Algunos aceptan meterse en un rincón y resolver problemas de palabras cruzadas hasta el día del juicio. Pero otros tienen una distinta actividad glandular y quieren, necesitan entreverarse en la vida. Unos y otros pertenecen a la raza maldita de los fantásticos, de los que suman dos más dos son cinco, y se pasan buscando, en otro plano, gatos negros en cuartos a oscuras donde no hay ningún gato.

Y estos anormales seres con imaginación darán cuantos rumbos se quiera; se prenderán con uñas y dientes a cuantos salvavidas encuentren. Pero es casi fatal que acaben haciendo un cuento del tío de estilo impecable, vendiendo el agua tibia del Gulf Stream o perfeccionando la riqueza periodística que resumen estos tipos. ¿Recuerda que más de la mitad de los personajes de Willy Shakespeare andaban a contramano en la vida?

Confo en que no hay necesidad de más argumentos para convencerlo. Introduzca en *Marcha* la paginita que le pido y consiga para redactarla a alguien que comprenda este fantástico bochinche que llaman vida. Alguien que no haga la página en serio, quiero decir: alguien incapaz de amargarle la vida al señor administrador con reivindicaciones absurdas y que no nos venga a intervenir el asado explicándonos, por ejemplo, que ese divino malandrín que acaba de vender en

Buenos Aires ciento treinta solares del Paraíso, con afirmado e impuestos pagos, era una mezcla de Raskolnikoff y Teresa de Ávila, con un fuerte complejo de Edipo al calcañar izquierdo.

29 de noviembre de 1940

Churchill-Marx

Señor director:

No sé si a usted le molestará; pero quiero confesarle públicamente que no soy proteccionista. ¿A qué luchar contra el destino? Me abandono a mi naturaleza y prefiero ver una película yanqui a una nacional y las novelas de Huxley a las de (disculpe, *please*). Pago con gusto los impuestos con que la Aduana sanciona mis preferencias. Cualquier cosa antes que transigir con sucedáneos. ¿Y qué clase de cosa que lleve por ley la etiqueta «Industria Uruguaya» se atrevería usted a designar como no sucedáneo? Vea: hasta hay veces que, en el biógrafo, cuando se encienden las luces después de haberse mostrado en la pantalla por más de una hora la cara y otras propiedades de la Crawford, o la Dietrich o cualquier asombroso fenómeno por ese estilo, cuando se encienden las luces, repito, y miro, despezándome para salir del sueño, alrededor mío... ¡Hay cada sucedáneo con faldas, señor director!

En fin, todo es así. Y por haber vivido desde la cuna hasta la jubilación entre *ersatz* de toda especie y forma, es seguro que no habrá para nosotros la alternativa de Infierno o Paraíso. Terminaremos en el Limbo, sin mayor alteración para nuestras costumbres, ya que pecados y virtudes no pasan, en esta tierra, de imitaciones poco felices.

Movido por esta alma encenagada en el librecambismo que Dios me ha dado, e impulsado por un austero anhelo de verdad, no voy a ninguna sesión del Legislativo ni leo las crónicas correspondientes. O me dan un Parlamento de veras o me quedo con un dictador. Que en este caso las falsificaciones son más fáciles de tragar. Cuando tengo la necesidad de Parlamento, busco las noticias referentes al de Gran Bretaña. A veces son malas y otras buenas. Pero no se refieren a vasazos, y es frecuente que los discursos allí pronuncia-

dos aludan a cosas concretas. Uno de los últimos de Winston Churchill, por ejemplo.

El jefe de gobierno inglés se refirió a un proyecto de seguro obligatorio por el cual se reconstruirán todas las propiedades dañadas o pulverizadas por la guerra, una vez concluida ésta. El plan, que, no hay que decirlo, queda supeditado a un triunfo inglés, tiene efecto retroactivo.

Conocido el espíritu británico, es presumible que las indemnizaciones no se limitarán a refaccionar las tiendas de Piccadilly ni las fábricas de Lancashire ni los barquitos de Southampton. Supongo que al que perdió bajo una bomba alemana cualquier cosa de valor, se la presentarán flamante o con poco uso allá por el día de la Victoria. Con la forzosa limitación de todo lo que es humano, me apresuro a conceder a los envenenados. Los soldados barridos en Francia y los civiles ametrallados en las ciudades inglesas no serán devueltos a sus deudos.

Pero conviene detener la imaginación porque ya estoy por la mitad del espacio. Deseo comunicarle que el proyecto Churchill me ha sugerido la idea de hacer algo por ese estilo en nuestro país. Un gran plan de seguros mutuos obligatorios y retroactivos, aplicable a todo. A la política, verbigracia. No se trataría de indemnizar a los políticos por las pérdidas económicas sufridas en sus sacrificadas carreras. Es sabido que, ya que todavía no somos ingleses, tenemos por esas cosas el más espiritualista de los desdenes. A un plan de seguros de orden moral me refiero, y paso a explicarme.

No olvide que «en la guerra como en la guerra». Glosó: en la política como en la política. Ahora bien; supóngase que un desconocido ciudadano alienta bajo la camisa el deseo de ser útil a sus compatriotas y de servir al país. Es posible que logre sus deseos de una manera normal, recorra el escalafón y llegue a cualquier puesto eminente que le permita realizar cuanto altruista sacrificio le pida su natural masoquismo. Pero también es posible que al imaginario ciudadano se le haya despertado la vocación a deshora o que, sencillamente, no le dé el naipe ni siquiera para eso. Siga suponiendo que las circunstancias, de repente, le ponen en esta disyuntiva: o se entretenga en algún asunto no muy limpio (un caso Stavisky, una

revolucioncita criolla) o se resigna a continuar en la penumbra donde languidecen las ambiciones de los buenos ciudadanos. Concédame que el ejemplar mentado no pueda aguantarse y se hunda hasta los ojos en el asunto no muy limpio. Se habrá hecho el gusto y el país está servido. Pero, años después, puede darse el caso de que el tipo del ejemplo se vea acosado por un más urgente afán de sacrificio, el que sólo podrá realizarse con el concurso de gentes que no serían capaces de participar en ninguna actividad dudosa.

Claro que todo esto es demasiado imaginar: pero el caso puede darse. Bueno. En un país donde no exista el plan de seguros morales que vengo a proponer, el hombre con berretín de sacrificio se quedará con las ganas. Aquella macana inicial no será olvidada ni perdonada, ningún compatriota que haya logrado mantener su honor impoluto y natfalinado será capaz de darle el ambicionado empujoncito para que el tipo siga haciendo el faquir.

Pero aquí, bajo mi frente, por ahora, está el grandioso plan de seguros mutuos morales y retroactivos para hombres metidos en política. El plan Churchill-Marx. Gracias a él, cuando llegue el día de la victoria, o cuando esté por aclarar, se efectuarán todas las reparaciones necesarias en la reputación de los que se damnificaron en servicio de su país. Se les brindarán, como en Inglaterra, casas; reputaciones casi sin usar. Aunque hayan quedado hechas polvo, el seguro se encargará de rehacerlas, de reforzar los cimientos, blanquear fachadas, limpiar cañerías, y los ciudadanos volverán a gozar del aprecio perdido, intactas sus famas, casi vírgenes sus prontuarios, en el mismo inocente estado en que se encontraban antes, cuando se veían constreñidos a su papel de honestos ciudadanos. Esto va así, al correr de la máquina, sin debastar. Pero usted comprenderá la trascendencia y las extraordinarias posibilidades que abre esta segunda idea que le regalo.

Y corto aquí, bruscamente, porque se me acaba el espacio y porque una maldita duda me está molestando como mosca de verano: ¿no habrán inventado ya en el Uruguay el sucedáneo del grandioso plan de Churchill?

6 de diciembre de 1940

Como me lo contaron

Señor director:

En realidad, no sé si usted ha leído las cartas que le he escrito hasta hoy. Tampoco sé si los lectores habituales de *Marcha* acostumbran a elevar sus ojos hasta el ángulo superior derecho de la quinta página. Pero puedo asegurarle que en mi casa no se pierden ninguna de las cartas por mí redactadas; y que los viernes por la noche recibo la emocionada felicitación de mi novia. ¿A qué más se puede aspirar en este mundo? Tener cuatro o cinco –a veces cae alguna tía de visita en casa–, cuatro o cinco lectores fieles y con el espiñe de los elogios siempre abierto, es ya un triunfo envidiable. Y esta gloria que va creciendo –el menor de mis hermanitos irá a la escuela el año próximo– se ha visto seriamente empañada la última semana.

Imagínese que estaba en la salita con mi novia, haciendo como que miraba los cuadros de las paredes, mientras ella leía afanosa la última producción de Grucho Marx. Había llegado ya –yo– a examinar el retrato del pariente bigotudo que estuvo en la Tricolor, cuando advierto que la niña mueve la cabeza y hace bailar los ojos en gesto desaprobatorio. ¿Había metido la pata con la carta del día? No, señor director; los que habían metido los remos hasta el menisco eran ustedes: al final de la hermosa carta, ya cerca de la firma, el asunto estaba empastelado. Excúseme las idas y vueltas que realicé en los ámbulos genealógicos del personal técnico de *Marcha*. A mi novia le dije, dulcemente: «¡Hay que embromarse! Estos pedazos de camellos sacaron la línea buena y dejaron la mala. ¡Y justo aquí, donde me había mandado una palabra flor y una idea de las que no se emparдан!». Mi noviecita estuvo un rato pensativa; luego me dijo: «Y bueno, negro; peor sería si te hubiera pasado con el dentista. Claro, si te hubiera dejado una muela mala y te hubiera sacado la buena».

Se suspendió el noviazgo por una semana. Salí a la calle con

la rabia consiguiente y me metí en un boliche. Mientras preparaba el discurso que les iba a espetar a todos ustedes en cuanto amaneciera, quiso el destino que un amigo —lo voy a dejar en el anonimato— se sentara a la mesa. Entre caña y caña, le fui contando el mamarracho que habían hecho ustedes de mi carta. El tipo me dejó perder el resuello sin muequear. Pagó otra vuelta y me sacudió el cuento que sigue.

«Mirá viejo: no te voy a negar la importancia del asunto. Ya sé que no te quejás por vanidoso y que, en el fondo, tenés la sospecha de que el asunto ese no va a influir en el destino de la guerra europea. Ya los conozco bien a todos ustedes. Pero de todos modos te voy a contar un sucedido, por si te sirve para algo. Hace unos cuantos años tenía un diario o algo parecido en un departamento de la frontera. Creo que se llamaba *El Eco de Caracatambo* o *El Herald de Chiva Sola*; no me acuerdo bien porque me pasó la juventud rodando de imprenta a imprenta. Bueno, como te iba diciendo. Un día me avisan que no sé qué personaje iba a llegar al pueblo, mandarse un discurso y seguir viaje para el Brasil. Como tenía a *La Voz Vibrante* de competidor, tuve que hacer mil maniobras y muñeos para conseguir la primicia del discurso y poder publicarlo por la noche con la foto del supradicho. Hacía un calor del infierno. Nos pasamos la tarde parando letras, sin descansar, hasta llenar la página con la lata del fulano. No supe nunca de qué había hablado. Lo de siempre; la democracia, los caminos carreteros, el analfabetismo, la langosta y sean los orientales tan ilustrados como valientes. Era un tipo petizo y gordo, ne-grito, y el discurso, no sé por qué, se le parecía bastante. Más que la foto, que era del tiempo del jopo arado y la ropa con canaleta. Cuando acabamos yo no podía más, veía letras por todos lados y la cara del petizo gordo me perseguía en la sopa. Una aclaración, antes. No te olvides que yo era una criatura. Creía entonces y tenía respeto, admiración y confianza en todo eso de la langosta, las obras de vitalidad, la democracia y los petizos que hacían discursos con bandás de música. ¿Te hiciste el cuadro psicológico? Bueno; a medianoche me levanté, anduve paseando por la plaza y, antes de volver a la pensión, se me ocurrió darme una vuelta por la imprenta. Me puse en man-

gas de camisa, me senté lo más cómodo que me fue posible y abrí un diario. Allí estaba la foto del tipo, con un aire entre pensativo y contento, rodeado por los cientos de letritas que habíamos juntado por la tarde. Recordé un momento del discurso, tan bonito, en que el sujeto había hablado de Catón el viejo y la necesidad de plantar más remolachas. Y bueno... éstas son cosas que no se pueden contar. ¿Tomás otra? El discurso había quedado escrito en chino o sánscrito. También puede ser que aquella noche hubiéramos inventado el esperanto. Era una serie de *yidrew wxdrew rruigfrewd* y etcétera. Creí que reventaba ipso facto. Pensé en todo lo que puede pensar un cristiano en esas circunstancias, me puse el saco, el revólver en el bolsillo y volví a mi casa. Me voy a baraja con la descripción de la nochecita. Reite de las ánimas del purgatorio, del remordimiento de Caín y de la temporada que se pasaron los hinchas de Peñarol. Cuando se me acabaron las meditaciones y el tabaco, me puse el revólver en la cabeza y dirigí una mirada casi póstuma a los alrededores. Fue entonces que dejé tranquilo el bufoso y me acerqué a vichar por la ventana. Y vi que el solcito, recién salido, empezaba a tocar las cornisas de la casa rosada de don Gumersindo, aumentaba el verde de la parra y espantaba de los limoneros a las últimas gallinas. ¿Comprendes? El discurso del tipo había salido traducido a la lengua muerta que más te guste; eso naturalmente, ya no tenía arreglo. Pero, te doy mi palabra de honor, el sol seguía saliendo por el este y hasta la fecha no perdió la costumbre. ¿Tomamos la última?»

Éste fue el cuento de mi amigo y ésta es la causa de que no haya ido a hacer un escarmiento por ahí.

Y ahora, ya que estamos al final, quiero rematar confesándole que cuando salimos del boliche estaba amaneciendo y que, parado en la esquina con el pretexto de armar un cigarrillo, miré de reojo y comprobé que también en la mañana del sábado el sol se asomó por el este. Con el mayor disimulo posible saqué el recorte de mi carta que tenía guardado celosamente con cuatro dobleces, y lo dejé en el primer taxímetro que encontré a mano. Hecho lo cual, me fui a dormir chiflando bajito.

Sin tema

Señor director:

Ante todo, para curarlo de espanto y arrancarle el hipo de raíz, voy a declararle que no tengo tema. Me será, ergo, completamente imposible llenarle hoy el espacio convenido. Ahora, mientras usted compone la imagen de la desolación, tomándose la cabeza entre las manos como si buscara averiguar cuántos huesitos le faltan, agregaré dos o tres cosas para endulzar la despedida.

No necesito hacerle la historia de todas las resistencias que hubie de vencer para animarme a decirle que no tengo tema. Ser periodista y no tener tema es tan humillante como ser mujer y no tener belleza, u hombre y carecer de dinero. Ya sé que los pobres vergonzantes, de toda laya y sexo, tienen recursos para, por lo menos, seguir tirando. Las mujeres feas pueden mirarse al espejo con sólo un ojo, buscando dejar abierto el más benévolo de los dos, el inocente ojo con que acaban de inventariarle las *gaffes* físicas y modisteriles a alguna amigueta del alma. Los hombres sin dinero se hacen socios vitalicios de la Caja Nacional y juegan a las quinielas. Y los periodistas sin tema escriben.

No habría inconveniente, pues, en que también hoy le hiciera llegar mi epístola semanal. Pero la fatalidad quiere que yo sea el único periodista de la capital y pueblos suburbanos que ha llegado a descubrir que no tiene tema. Y que lo dice, señor director.

Ya van tres párrafos y sigo sin tema; pero, en compensación, acaba de visitarme una musa. Se trata de una vieja y querida amiga que acaba de entrar de puntillas haciendo estremecer mi corazón y los bordes de su ancha falda. Se trata de Mimí Pin-són; no hay necesidad de presentaciones, ¿eh? Y junto con ella me vino el recuerdo de las palabras con que fue consagrada para las groseras generaciones que habrían de sucederla: «La

que da lo que tiene, da todo lo que es posible dar y nada puede exigirsele». Esto me consuela algo: cuando tuve tema lo di de manera generosa. Y hoy que me encuentro propiamente en la vía y no cometo la viveza de ponerme a divagar acerca de la falta de tema, sino que lo declaro con escalofriante cinismo y encendido amor por la verdad me creo con derecho a ser perdonado como la inolvidable Mimí. ¿Estamos en paz?

¡Mas qué paz, señor director! Imagínese que Mimí, que estaba leyendo por encima de mi hombro, acaba de decir con ese ingenio de Francia que por la boca le fluye:

—¡Las cosas que hay que ver! ¡Semejante barbudo haciendo la Mimí Pinsón!

De manera que minga de perdone ni consignaciones. Ahora verá usted lo que voy a hacer. Observe: ¿No tengo tema? Pues daré lo que no tengo; me dedicaré a regalar temas. Ya veremos si soy o no soy hombrecito, si soy o no soy digno de hacer el Papagos en los plantíos de remolacha del Betete.

Andamos por el 20 de diciembre y la Nochebuena se viene. Aquí está el primer tema que ofrezco al periodismo nacional. Claro que es de una peligrosa novedad; pero nuestros escritas se han caracterizado siempre por un temerario amor hacia la originalidad. Así anda el periodismo uruguayo.

Aunque no lo crean mis amados colegas, es posible llenar varias cuartillas hablando de la Nochebuena y fechas próximas. Se empieza por hacer una rápida evocación del establo, el Niño Dios, la estrella que dirigía el tráfico en Belén y el mensaje de paz y amor que trajo el botija. No olvidar el buey que estuvo haciendo de radiador con su aliento ni a los tres reyes que aportaron los sonajeros, las batijas y las fajas. No menciono a los camellos ni al asno porque estoy seguro de que no los van a olvidar. Hecho esto —que se hace muy fácilmente—, uno empieza a escribir sobre los niños, los juguetes y las ilusiones. Una evocación de la propia infancia suele venir al pelo. Subtítulo emocionante: ¿QUÉ TE DEJARON LOS REYES? Es una pregunta que acelera a los corazones sensibles y de la que se puede salir del paso sin dificultades. Una muñequita, un mecano, un juego de bolos. No se va a exigir que los reyes le dejen a todo el mundo lo que les dejaron a la

Pompadour o a la Lupecu, pongo por ejemplo. Esto se liquida con una impetración por este estilo: «Que cada niño uruguayo tenga su balero». Con un signo de admiración y tres suspensivos, la cosa queda redonda. Y no cuesta nada.

Y aquí viene lo más bonito: después de pensar en los niños uruguayos, que para algo tenemos Asociación Patriótica, el periodista dice: «pero pensemos también en los niños de otros países, en candidas almitas que no tuvieron la suerte de haber nacido en este continente de la democracia y el derecho, cuna de Getulio Vargas, Franklin D. Roosevelt y otros grandes héroes y jefes de Estado de países amigos. Si los 33 orientales —con esta mención del 33 al paso uno queda como fierro con el general—, si los 33 nos dieron una patria libre rodeada de hermosas playas, pensemos en los niños que no tienen nada de eso. Que al partirse el pan dulce en la mesa de cada hogar se tenga un pensamiento por los niños perseguidos por la metralla, los éxodos, el hambre y los patronatos... Niños franceses, niños checoslovacos, niños ingleses, niños griegos...», y así hasta que se acabe el mapa. En cuanto a los gurises alemanes y a los ballias, que el periodista se haga el sueco. O puede decir que para esas fechas se ha resuelto bombardearlos con mazapanes y fruta seca.

Claro que esto es solamente una pauta; pero ya verá usted cómo mi idea será recogida y las publicaciones se van a llenar este año con variaciones sobre el tema que yo regalo sin tenerlo. Y para alentar la evolución de las bellas letras, vamos a publicar, después del 6 de enero, la lista completa de los aprovechados discípulos de Grucho Marx. Y la versión en letras gordas del artículo más lindo que se escriba sobre esta idea.

Una recomendación de importancia: para hacerse una nota con el tema obsequiado, es imprescindible que al autor se le importe un afinado corno de los niños sin juguetes y de los niños que asesinan en Europa. Porque una persona capaz de sentir verdaderamente el asunto sólo puede decir al respecto la más rabiosa mala palabra de su repertorio. Y esto lo censuran en las redacciones y no lo pagan en las administraciones.

20 de diciembre de 1940

La guerra permanente

Señor director:

Alguien que era sin dudas más inteligente que yo, dijo o dejó escrito que el amor es como esas posadas españolas en que cada uno come lo que lleva. Yo creo que todas las cosas de la vida se parecen al amor en eso. Pensemos en cualquier tontería: las fiestas de fin de año, por ejemplo. Conozco personas que obtuvieron de ellas indigestiones, jaquecas, deudas, aburrimientos y habanos legítimos de esos que no regalan en ningún lado si uno no se lleva tres por lo menos. Y es que todas ellas se metieron en Nochebuena con apetito, candor y una inconsciente necesidad de comprobar que seguían viviendo. Obtuvieron pues, si se reflexiona un poco, lo que andaban buscando. Con excepción de los que buscaban los 600.000 y hubieron de conformarse con errarle a la gran-de por una cuarta, más o menos.

Yo, señor director, por haber aguardado y vivido las fiestas con mi insobornable preocupación por los destinos humanos, me he traído de ellas una terrible duda. Un entripado de órdago, una reñida pelotera entre dos de las zonas que componen mi yo. Si usted lo prefiere, puedo decir que padezco un complejo fáustico. Y vamos al asunto.

Creo innecesario repetir que soy un hombre tranquilo y que sigo pensando que la paz es el estado ideal de las sociedades humanas. Quiero decir que lo pensaba, sin dudas, hasta fines de año. Pero no nos apresuremos. Considerando a la guerra como la mayor desgracia que puede castigar a los pueblos, es de imaginarse con qué alegría leí telegramas de Londres en los que se anunciaba que con motivo de Navidad hubo una pausa en los bombardeos sobre la capital inglesa; este delicado acto de cortesía fue devuelto gentilmente por las Reales Fuerzas Aéreas, las que en el día señalado se abstuvieron de hacer escombros en Berlín.

No sabemos cuántos días va a durar aún la guerra; pero uno se había ganado para la causa de la paz. Y como en 1941 también habrá Navidad, según un almanaque flamante que tengo a la vista, es posible que tengamos otras 24 horas de paloma y ramita de olivo para el año que empieza. Pero yo no soy hombre para quedarme en las gratas y estériles regiones del regocijo. Pensé enseguida en sacar partido de esos dedicados sentimientos religiosos que laten en el pecho de los señores Churchill y Hitler. Después de varias horas de meditación resolví dedicar el resto de mi existencia a lograr el triunfo de una religión universal. A lograrlo a sangre y fuego si se hiciera necesario, ya que se trataba del imperio de la paz sobre la Tierra. Esta religión no tendría a Jesucristo como primer personaje, sino a los innumerables mártires y a las once mil vírgenes. De esta manera, los pueblos en guerra se verían obligados a decretar varias treguas de Navidad. Y dejando de lado por insignificantes las coincidencias de nacimientos, habría que festejar la natividad de las once mil vírgenes en cada año, lo que nos daría unos once mil días de paz cada trescientos sesenta. Algo es algo y sobre todo como principio. Porque luego, en homenaje a los mártires, tendríamos que sujetarnos las ganas de pelear innumerables días del año. Lo que no sé cuánto representa con justeza, pero deben ser una punta de días. ¿Qué le parece?

Hago punto y aparte para dar espacio a las felicitaciones y procedo inexorablemente a humedecerle la fiesta. Aquí viene la contra, señor director. Resulta que también a fines de año leí una crónica, escrita por un corresponsal desde Londres, donde se discurría acerca de los efectos de los bombardeos. No los efectos físicos, que poco podrían interesarnos a los que vimos los resultados que produjo la exhibición de una película argentina en el cine parlante. Se trataba de los efectos morales, nada menos. Y se decía allí que, gracias a la guerra, gracias a Goering, los ricos de Londres han concebido un impulso de amor por los muertos de hambre; que las solteras han retirado sus afectos de los loros para depositarlos en los niños, más o menos huérfanos; que los *policemen* juegan al bridge con los destripadores de White-

chapel, y que los conductores de ómnibus son cortesces con los pasajeros.

¿Comprende usted el lío que se me ha hecho en el mate con las dos noticias? Por un lado, movido por un frívolo impulso sentimental, traté de exprimirme el bochón para alcanzar largos y repetidos días de paz para el mundo. Después la otra noticia me hizo pensar mejor. Sin mayor esfuerzo, imaginé los efectos de la paz en Londres, en Chowng-Chowng y en Paso de los Toros. Y vi —con los ojos de la fantasía, excuso decir—, vi que, sin la amenaza de una bomba que lo disuélva a uno en el aire, la gente es en todo sitio egoísta, cobarde, mezquina, avara y otras cosas que no me animo a escribir. ¿Entonces, señor director, quiere usted decirme para qué sirve la paz?

No me gusta vacilar cuando creo haber alcanzado la verdad. Es por eso que abandono mis tareas apostólicas y dejo en el paraíso a los innumerables mártires y en el limbo a las once mil vírgenes. Y me lanzo a propagar la doctrina de la guerra permanente como único sistema para obtener el mejoramiento de la humanidad. Comprendo que mi idea encontrará algunos obstáculos y saldrá algo carita. Pero ¿qué pueden importar casas, ferrocarriles, dólares, bibliotecas, cinematógrafos y monumentos al reservista si éste es el precio para convertir al hombre en un ente aceptable?

10 de enero de 1941

Carnaval sin César

Por graves razones de higiene mental, he dejado de leer los textos diarios desde aquel 1 de septiembre en que nos desperataran a las seis de la mañana para comunicarnos que «la aviación alemana bombardea Varsovia». Y, por amor a la síntesis, me he convertido en un erudito de la tituliteratura periodística. No hay suceso, etapa de la historia, pensamiento que no me anime a condensar en una frase. Es natural que el estilo se resienta un poco; pero el cerebro del lector de títulos queda al poco tiempo convertido en uno de esos instrumentos de tortura del Coney Island y es capaz de entender cualquier cosa, de adaptarse al más sincopado disparate que le presenten ocho columnas en 36 bastón.

La tituliteratura está ya dividida en tantas escuelas como cualquier rama del arte. A veces, en los días felices, usted puede tropezarse con títulos del más directo naturalismo, aunque con cierto ritmo poético que los hace inolvidables: **DE CATORCE PUÑALADAS DIOLE MUERTE**. Triunfa también la teoría superrealista; hay títulos que lo dan todo sin revelar nada: **CUATRO MILLONES DE INGLESES**. Y nada más. El resto lo pone el lector. Con sólo una mirada ha conseguido usted un agradable trabajo para algún tiempo: dar destino a cuatro millones de ingleses, imaginar qué catástrofe apocalíptica los llevó hasta la primera plana de un diario montevideano.

Creo que como introducción alcanza. Quedamos en que un servidor limita el acrecentamiento de su cultura por vía periodística a un rápido examen de los titulares. Pero a pesar de esta sabia táctica debo confesarle que todo lo que se relaciona con la guerra, dictadores, bombardeos, hundimientos y *stukas*, me tiene ya fatigado. Es lo mismo que si a usted lo condenaran a seguir un folletín, bastante monótono, pésimamente escrito y del cual sólo le interesa el final.

En esta situación de espíritu me encontraba hace unos días, cuando al mirar la página en que acostumbra a aparecer los artículos de Grucho Marx en *Marcha*, me encontré con un título que abandonaba los temas bélicos para herir mi imaginación y renovar mi esperanza: **CÉSAR DE CARNIVAL**. Esto era lo que yo necesitaba, señor director. Que se dejara un poco de lado el comentario apasionado de la política internacional, la incorrecta costumbre de atacar a jefes de estados amigos, y con razón, del nuestro, para ocuparse un poco en las próximas fiestas de carnaval.

Y a esta alegría se agregaba otra, casi más profunda. El título a que me refiero vino a solucionar un problema que me tenía desvelado noches atrás. ¿De dónde sacar plata para disfrazarme en estos carnavales? Ya cayó el chivo en el lazo, regocijeme. ¿Hay algo más fácil y barato que disfrazarse de César? Con una sábana, una buena afeitada del cráneo y un par de sandalias... El resto, el aire cesáreo, el pulgar hacia el suelo, corría por mi cuenta.

Confieso que me desalentó un poco la serie de condiciones que según el editorialista era necesario reunir para configurar un César de carnaval digno de obtener algún premio de más-cara suelta en los tablados. No tengo ninguna de las cualidades tan precisamente enumeradas en el editorial. Pero, aquí también, lo importante es divertirse y gastar poco.

Ya le tenía preparada una carta de felicitación por el amable cambio introducido en los temas de *Marcha* cuando me dieron la noticia de la suspensión del semanario. Y justamente a causa del artículo aquel —no el 9—, del artículo sobre los disfraces de carnaval.

Lo malo, señor director, lo pésimo, es que ya me había afeitado la cabeza. ¿Qué hago ahora con la bocha desnuda? Porque si a usted le cierran el periódico por escribir, escribir nada más, sobre un modelito de disfraz, ¿qué me pasaría si salgo a la calle, entre lubolos, gauchos y corales, haciéndome el loco con la sábana blanca y zurcida, las sandalias plásticas y el brazo extendido?

De manera, pues, que la culpa de mi desgracia cae sobre usted. *Marcha* tiene el deber moral de explicarme qué debe

hacer un César cuando acaban de dejarlo afeitado y sin desfile y, después de haber anunciado a todo el mundo un éxito descomunal en los coros, después de haber gastado a cuenta de los premios, tiene que quedarse en casa, escondido, avergonzado, hecho un pobre diablo, mirando por el balcón el alegre carnaval de los demás.

24 de enero de 1941

Rudérico I de Borgoña

Señor director:

Ya sabía de hace tiempo que las tribunas de doctrina, las voces claras y valientes y los diarios democráticos de Montevideo para todo el país, cumplen funciones complejas amén de trascendentales. Pero no imaginaba que una de sus principales misiones es servir de válvula de escape a todos los que tienen de qué quejarse. Y en esta tierra sólo los muertos no protestan. Que mientras hay vida hay bronca.

Pero por más que los conductores de pueblos que dirigen diarios estiren su benevolencia para que los biliosos ciudadanos puedan abrirle las puertas a sus particulares rencores, siempre quedan en la vía unos cuantos miles de vecinos de la ciudad que no pueden, en consecuencia, sustituir una estación en Montecatini con alguna cartita encabezada como ésta y que les permita hacer pública su protesta porque en la esquina de Chimborazo y 31 de Marzo hay una patota que ensaya coros para carnaval, o porque la chiva del dueño del campito de al lado invade su predio y le ramonea la lechuga. Es innecesario extenderse acerca de los perjuicios que los tóxicos acumulados en las vísceras compatriotas ocasionan a la felicidad pública. Que debe ser la primera preocupación de los gobernantes. Es por eso que recojo una idea que me expusieron hace quince minutos y que juzgo admirable. Se la paso como a juez de segunda instancia.

Decía mi colaborador desinteresado, hace un momento, barbudo, con la cara agriada torcida sobre el pocillo que tuvierá café.

—¿Vos sabes qué diablos es Tailandia? No sabés. ¿Sabés dónde queda el Manchukuo? Tampoco, ¿eh? Pero me juego algo a que te vas a morir sin saber con qué puede emborracharse la gente allí, cada uno de esos países en los que no podés embocar el dedo, ni por casualidad, buscando en un

mapa, tiene su embajador o ministro en el Uruguay, con agregado militar y naval, escudo, banderita y el retrato del barbudo que los gobierna.

»Decime, entonces, si no hay motivos para que el Estado habilite alguna tapera vacía de la Rambla Sur e instale allí el Consulado General de Borgoña. Yo no sé si se puede encontrar el reino de Borgoña en alguna geografía. Pero la existencia material del país no tiene importancia. Ya estamos aburridos de oír el ejemplo del pueblo de Israel, que sigue siendo pueblo aunque no tenga más territorio que un campito de esos de 5 x 10 que te venden a plazo en playas que van a surgir de las aguas en el primer maremoto. Se trata de la existencia espiritual de los países, esa clase de existencia que le reservaban a Polonia y Checoslovaquia los oradores de aquellos magnos actos democráticos que se hacían todas las semanas, antes, cuando las elecciones no estaban tan próximas. Si el reino de Borgoña no existe, hay que inventarlo. Porque yo no aguanto más. Ni a mí mismo ni a los amigos, ni a los desconocidos. Cuanto soñador cree que con \$ 0,05 puede salvar el presupuesto si lo juega a las quinielas, me agarra de las solapas para contarme cómo fue que los números lo hicieron sonar. Todos los burreros, los que se saben hasta las relaciones morganáticas de los pura sangre, me usan y abusan como paño de lágrimas en las noches de los domingos. Y los que no se pueden casar; y los que se casaron; y los que creían en el Código del Funcionario, y los que embalaron con Charlo-ne candidato. Y los hinchas de Peñarol; y los jubilados; y los almaceneros, que esperaban volver a España con los frutos de la guerra europea, y los que pensaron explotar el turismo con la ayuda del verano. Ya no doy más. Sin contar con que por la noche, arriba del catre, me tengo que oír a mí mismo y aguantarme el más terrorífico de todos los monólogos interiores que puede haber inventado el finado Joyce. ¿Sospechás ahora la utilidad del consulado? Y que no venga nadie a decirme que mi idea no puede marchar por razones de economía. Ya sabemos que un club político se hace con un tonto y un sello de goma. No se necesita más para un consulado de Borgoña. Cualquier aspirante a una beca de pintura te hace

un retrato de cuerpo entero de Rudérico I de Borgoña. Después se pone al tonto atrás de una mesa y listo el bípido plumado. Ponemos un horario, un portero, el clásico letrerito: NO ARREMPUJEN QUE HAY PA' TODOS y que empiece el desfile. Cada envenenado deja unos reales para el patronato y se desahoga. Ya pensé en todo; para esos tipos que nacieron en la palmera y allí se están, crearemos abonos especiales como en las peluquerías. Por otra parte, el cónsul estará asegurado contra locutores de radio, viejas beatas y caudillos del interior.»

—La idea me gusta —dije—. ¿Pero quién aguanta haciendo el cónsul?

—Un sordo, naturalmente...

NOTA: No dudo que la carta le parezca una lata abollada. ¿Qué quiere que le haga? En cuanto funcione el Consulado le voy a obsequiar un bono vitalicio. Le ruego, amistosamente, que no dé traslado de la idea de mi amigo al administrador. Como hoy es justo el 31...

31 de enero de 1941

Autobulote

Señor director:

Imagine mi sorpresa. Una persona amable y conversadora vino a pedir mi firma para un manifiesto en que se llamaría la atención del Superior Gobierno sobre la necesidad de que se apruebe con urgencia un proyecto que fija en setenta pesos el sueldo mínimo de las personas que escriben en los diarios. Estas personas son llamadas «periodistas», tal vez porque cobran de manera periódica.

No por razones de justicia, sino pensando en la cultura nacional, causa de mis desvelos.

Porque no me puse solamente en el lugar de los periodistas, sino también y principalmente en el de los abnegados dueños de las empresas, en los que no vacilan en arriesgar su tiempo y sus dineros para dotar a la patria de órganos de publicidad tan bien presentados, tan bien escritos, tan ágiles, tan interesantes.

Sé de antemano lo que dirán los dueños de empresas: que pierden plata, que como sacrificio ya tienen bastante, que se verían obligados a cerrar las puertas de sus negocios. Y tienen razón.

Lo magnífico, lo satisfactorio es que tengan razón. Y si todavía no la tienen, se puede presentar otro proyecto fijando en doscientas libras el sueldo de los periodistas.

Alcanzada esta edad de oro, nos quedamos sin diarios. Imagino los últimos editoriales, las posterras y catastróficas latas que tendremos que leer nos sobre el terrible golpe aplicado, la tenebrosa noche que se inicia para el espíritu. Pero usted deje anochecer nomás, no se atemorice y piense en lo que sucederá, sin fantasías ni largos párrafos.

No hay que fabricarse una novela a lo Wells para eso. Bastará con recordar aquella huelga post 31 de marzo, aquella famosa que tuvo la virtud de provocar una reconfortante

unión nacional, por encima de banderías y pequeñas pasiones, entre los patronos de diarios. ¿Qué pasó entonces?

Nada grave, señor director. La gente anduvo desconcertada un par de días, como sucede—menos de lo que sucede—en los procesos de desintoxicación. Bien es cierto que tenía sus dosis de *dopping*, generosamente servidas por las estaciones de radio, y podía remediarse. Pero los goces que provoca a un espíritu selecto la excitación de la retina mediante una crónica de fútbol no pueden ser sustituidos con la audición de avisos de radio y otros ruidos, suponiendo que las estaciones transmitan otros ruidos. Pasado el período aquel, la gente sintió que le renacían, más fuertes que nunca, las ganas de leer. ¡Y no había diarios! Muy pronto empezó a leer de todo. Programas de biógrafos, leyendas de cajas de fóforos, números de tranvías y, finalmente, ya en estado de necesidad, libros.

La historia de esta aventura nacional tiene pasajes increíbles. Algunos empezaron por *El almataque de los sueños*, la guía de teléfonos, y terminaron leyendo el *Hamlet*. Hubo quien leyó la *Critica de la razón pura*, sin obligaciones ni ambiciones.

Claro que la cosa no duró, vinieron los diarios con títulos de ocho columnas y barrieron con todo. Hoy quedan algunos que entreveran a Hamlet con los hijos de Botafogo y creen que Percy Shelley es miembro de la Cámara Británica de Comercio. Pero ahora me ha dado por confiar en el porvenir y en los efectos de la ley de sueldo mínimo. Espero pues, que *Marcha* hará una campaña furiosa en ese sentido, a la que aportaré otro día, con más gracia, poderosos y no imaginados argumentos.

14 de febrero de 1941

Estilo gráfico

Hace pocos días un hombre subió a un taxi, se hizo llevar a lugares desiertos y oscuros y amenazó al chofer, según declaraciones de éste, con una pistola. Obtuvo unos catorce pesos, que lo persiguieran, lo alcanzaran y fuera entregado a los encargados de hacer justicia sobre la Tierra. Esto sucede con frecuencia; lo interesante es lo que viene ahora.

Llevado el asaltante hasta la comisaría, se le buscó en todo sitio, bolsillos y catacumba el supuesto revolver con que había realizado el atraco. Pero no había nada. El hombre aclaró el misterio. Había quitado la tapa de su lapicera fuente y la había apretado contra la nuca del chofer. Una voz ronca y el susto consiguiente hicieron el resto.

Como Dios ha querido tenerme alejado de estas cosas, ignoro qué pena le corresponde al hombre de la lapicera. Pero sea la que fuere, afirmo desde ahora que es inferior a la que se merece si nos apartamos un poco de los códigos.

El hombre de la lapicera debe ser condenado severamente por despilfarrar y por torpeza. Paso a explicarme:

Desde el momento en que consideró su estilográfica como un arma capaz de producir daño, debe reconocerse que el reo despilfarró el poder agresivo de su instrumento. Piénsese un poco en la cantidad de víctimas que han producido las lapiceras en el mundo. En los tratados de no agresión que se han firmado con ellas y que acabaron como acaban siempre. Piénsese en el acuerdo que sirviera de base al Comité de No Intervención en la guerra de España. En los contratos de las fábricas de armas. En los infames novelones, las recursis poéticas, los manifestos políticos y las letras de tango.

Piénsese, ¡ay!, en esa cuidada, virgen, simbólica y costosa lapicera que se acostumbra a romper *ad hoc* para firmar contratos de casamiento y que nunca vuelve a ser usada, a no ser por algún desesperado que intente abrirse las venas.

Estos ejemplos alcanzados son para poner en marcha la imaginación del lector y hacerle abarcar el escalofriante panorama de los usos y destinos lapiceriles. Sin mayor esfuerzo se reconocerá que las posibilidades del hombre que empuña una lapicera son casi ilimitadas. Es cierto que el bien que se puede hacer con semejante arma es insignificante. Pero, en cambio, desde el sucio anónimo hasta el tratado entre Altas Partes —sin olvidar el pagaré, los billetes de banco y otras modestas miserias—, la lapicera se basta para amargar, complicar y suprimir la vida humana. Se ve claramente, pues, que el uso dado por el asaltante a su adminículo de bolsillo peca por mezquino y desproporcionado.

La segunda acusación se refiere al pecado de torpeza. Es de imaginarse que muchos días y noches antes de decidirse al atraco, el que llaman delincuente se había pasado en el borde del catre, con las manos en la cabeza, meditando sobre la manera más rápida y segura de conseguir dinero. Habrá pasado revista a todos sus bienes muebles, apartándolos uno por uno con gesto de desconsuelo. Sólo quedó, luego del proceso eliminatorio, el tubito negro y brillante de la lapicera. El hombre la colocó en la palma de su mano para soportarla; desenroscó la tapa, examinó la pluma, hizo jugar el émbolo del depósito. Calculó en cuánto podría venderla y la dejó caer sin interés. Pero volvió a ella, enseguida o al siguiente día, porque ya no tenía otra cosa hacia la cual volver. Resolvió entonces cambiar el destino de la estilográfica. Aquí vendría bien un *racconto* del pasado de la lapicera, más o menos llorón y mentiroso. Pero no hay espacio. Resolvió, pues, hacer de la estilográfica una Colt de pequeño calibre. No se le ocurrió nada mejor al pobre hombre; y consiguió catorce pesos y una temporada en la cárcel.

Incalificable torpeza, señores del jurado. Nunca hubo en la historia una época en que pudieran realizarse tan brillantes inversiones con las plumas fuentes como la que disfrutamos. Es cierto que el asunto está un poco conversado y los propietarios de estilográficas en disponibilidad embotellan el tráfico en las redacciones de diarios y periódicos ofreciendo sus servicios. Pero día a día crecen las necesidades de la in-

dustria. A la demanda local se agregan los pedidos de ultramar y las nobles y justicieras causas que hay que defender, con la estilográfica por lanza, surgen sin descanso. Tan es así que ya hay quien trabaja con dos lapiceros, uno para cada tema, y no puede dar abasto.

En consecuencia, pido que al hombre que denigró y subestimó el poder de las plumas fuentes, le sea aplicado un castigo ejemplar. Y con estilográfica, firmo.

21 de febrero de 1941

¡Ay de los tibios!

Yo creo que ha llegado el momento de pasar la esponja y empezar de nuevo. Cada comarca en la tierra tiene un rasgo prominente. Nosotros teníamos varios, pero ya no nos queda ninguno. Los habitantes de países lejanos se encuentran en la imposibilidad de sacarnos de eso que llaman armonioso conjunto de los pueblos de América mediante alguna característica de uso privado e inconfundible. Y ya es inmediato el momento en que nosotros mismos no sabemos quiénes somos, ni adónde vamos, ni de dónde venimos ni a qué demonios pagamos impuestos y ocupamos lugar.

Hubo un tiempo en que nos conocían desde lejos. Los hombres obesos y graves, y los niños que estudiaban geografía en la otra punta del mundo —que son en definitiva los únicos seres que se ocupan en estas cosas— asociaban el nombre Uruguay a «un país de larga tradición democrática». Vino el 31 de marzo y no ha quedado nada en pie. Llegó el momento de palparnos, buscar un espejo y preguntar quiénes éramos. Enseguida perdimos otro rasgo fisonómico: el peso oro. Ya el espejo mostraba una borrosa, corriente imagen, pero que lograba defenderse del anonimato por algunos detalles.

¿Por qué temblar?, nos dijimos. Somos el país del fútbol, de las hermosas playas que atraen a los turistas, del alegre carnaval de treinta días.

Nos hemos convertido en un pueblo con espíritu de velorio. Adoptemos una filosofía adecuada y reconozcamos que «no somos nada». Más de una vez, con el estómago pesado por una bochornosa lluvia de discursos, hemos hablado de que adocenaban el país mentes tropicales y subtropicales. No era cierto, desgraciadamente. El trópico es calor, exceso y colorínche. El nuestro es un mundo gris, con cielo de cen-

za y alma de notario de pueblo. No, no éramos fríos ni calientes; éramos tibios.

Y ya fue dicho: ¡ay de los tibios! Porque ellos no fueron ni fríos ni calientes...

28 de febrero de 1941

Llamado al país

Todos los lectores recordarán con una mezcla rara de angustia e indignación patriótica aquellos terribles días en que apenas faltó una cuarta para que el país fuera invadido por las tropas nazis. Se recordará también que la acción enérgica y valiente de nuestros parlamentarios logró anular los ambiciosos planes de Adolfo Hitler y sus lugartenientes, y la República pudo continuar su vida libre e independiente. Lo que no pudieron lograr Austria, Holanda, ni Bélgica, ni Polonia, ni Checoslovaquia, ni Bulgaria, ni Rumania, ni algún otro ex país que no recordamos, lo alcanzó triunfalmente el Uruguay merced al amor a la camiseta de sus mejores hijos y el «libertad o con gloria morir» que bramaron los inmediatamente futuros héroes del Betete. La escuadra nazi no se atrevió a internarse en el Río de la Plata y hubo de cruzar el Atlántico en viaje de vuelta. Las nubes de aviones con cruz gamada que evolucionaban sobre nuestro territorio disminuyeron con juegos acrobáticos sus verdaderas intenciones y retornaron a las bases de invasión. Y hasta la poderosa fuerza motorizada de las cien bicicletas que obedecían al *gauleiter* Patz se vio en la humillante necesidad de desviar sus energías bélicas hacia la práctica del turismo.

Sí, ningún uruguayo puede haber olvidado los días que precedieron a la invasión. La recordamos ahora porque ciertos trámites judiciales han actualizado aquellos días de peligro.

Revisando las crónicas del mencionado tiempo, hemos encontrado detalles del abortado plan que aspiraba a convertir nuestro territorio en una vasta colonia agrícola. Bajo el látigo de los SA, tendríamos que dedicarnos a plantar papas.

Habiendo dedicado unas cuantas líneas y un signo de admiración a hacer patente nuestra protesta encendida, tratemos ahora de sacar el mejor partido del pasado peligro. Si desde que tenemos uso de razón hemos dedicado nuestras fuerzas a

remedar todo lo bueno y malo que sucedía en Europa, si algún vasco malhumorado nos llamó «continente de macacos», ¿por qué no usar ahora esas virtudes de mimetismo para extraer el bien de aquello que estuvo a punto de ser el peor mal de nuestra historia?

Es necesario estudiar sin apasionamiento los planes de Adolfo Hitler con respecto a nuestro país y utilizar en nuestro propio beneficio los proyectos minuciosamente elaborados que hicieron sabios de Berlín para ser aplicados en nuestras feraces campiñas. Y, por primera vez, ganemos de mano a Europa. Llevemos a la práctica, nosotros mismos, lo que el talento de nuestros estadistas impidió que realizaran gentes extranjeras.

Venid y vamos todos a convertir en hechos los sueños febriles del señor Fuhrmann. Vamos a fundar la gran colonia agrícola uruguayana. Vamos a extender largas y repetidas líneas de alambradas de púas y cables de alta tensión que limiten el inmenso potrero nacional. Y allí vamos a encerrar a todos los tíos inútiles, molestos y dañinos que complican y afean nuestras vidas. Vamos a fuhrmannizar a los grandes bonetes de nuestra política, aquellos a los que ni por casualidad se les escapó un pararito; a los vanidosos genios incomprensidos; a los que llevan a la decadencia la evolución de los alegres gritos de los monos pronunciando tres conferencias semanales sobre cualquier tema y a los que hacen oscilar comprensivamente sus cabezas escuchándolos; a los que califican de «fuerzas vivas de la nación» a la fuerza genésica de los reproductores importados y de sus amantes esposas; a los que afirman que hubo en Chile un campeonato sudamericano; a los que creen que hay un teatro nacional y a los que creen que habrá pronto un cine nacional; a los que hablan en serio, todo el día, sobre cosas aburridas que ni siquiera existen y escriben por la noche sobre ellas, también en serio, para que los pavorosos miles de alfabetos que todavía leen diarios sepan qué deben pensar al día siguiente...

Como la lista de los candidatos al terreno llevaría dos o tres números de *Marcha*, es preferible que nos atengamos a la guía telefónica. Cuando se acabe ésta, consultaremos el

Registro Cívico y enseguida el Civil. Luego nos dedicaremos a operaciones de limpieza en montes y collados. Y cuando todos, absolutamente todos hayan cruzado las profilácticas alambradas, cuando sólo quedemos del lado de acá ustedes y yo, Grucho Marx les rogará con la más suave de sus voces, con la más ágil de sus inclinaciones, que peguen un salto y crucen los alambres.

Entonces sí. Gloria a Dios en las alturas y paz a los hombres en la Tierra (a los hombres de buena voluntad). Grucho Marx podrá pasearse feliz sobre la tierra reconquistada, limpia, recién salida del caos. Grucho Marx podrá entonces proclamar que éste es el mejor de los países posibles. Y ya no habrá necesidad de escribir una carta semanal para contribuir al ilusorio perfeccionamiento de la raza humana.

En cambio, una vez a la semana, Grucho se llegará hasta la puerta condenada del potrero y levantará cuanta jugada de quinta quiera hacer. Ésta será la única manera de evitar que los plantadores de papas hagan una revolución.

Las adhesiones a esta idea —que a cada momento me parece más linda— se reciben en la redacción de *Marcha*.

7 de marzo de 1941

Se llama Andresillo...

Más de un conocido entusiasmado con mi ingenio y con la evidente facilidad con que éste me brota hubo de aconsejarme que tratara de canalizarlo. Parece que un ingenio canalizado se hace prontamente más caudaloso y da a su propietario la no desdeñable ventaja de dirigirlo a gusto y voluntad. No sé si primero debe ser constituido el canal y elegirse después el destino del domeñado ingenio. Así es la viceversa, como decía Quevedo. Pero, aparte minucias técnicas, es indudable que un tío con el ingenio canalizado podrá aplicarlo, sin pérdida de gota, al riego y feracidad de aquellos cultivos que rinden más gloria y provecho.

Impresionado por esta argumentación y las súplicas que la sostenían, estuve más de una vez al borde del canal. Destinados para mi ingenio no faltan; no habría más dificultad que la de elegir. Por otra parte, ya es hora de vigilar de soslayo la redondez de los vientres ajenos y tomarse la vida en serio. ¡Oh!, nada sería tomar la vida en serio. Lo que no pasa por la garganta es lo que la vida contiene, con faldas y pantalones.) Todos los relojes dan la hora de la canalización y ya estoy casi resuelto a remangarme. Sólo que...

Sólo que no podré olvidar nunca al hombre que conocía el problema chino. Su recuerdo anda ahora sobre un piso de hojas secas de otoño y me mete miedo. Voy a evocarlo, sin embargo, para ejemplo de canales, canalizados y canalizadores.

Se llamaba Andresillo y tendría treinta primaveras a lo más. Antes de verlo por primera vez, hube de oír su nombre y su título en mil ocasiones. En el café, en la redacción, en las reuniones políticas. Si alguno nombraba Shangai, Chiang-Kai-Shek, Pearl Buck o alguna tintorería, venía fatalmente la voz respetuosa de un informante: «Andresillo sí que conoce el problema chino».

Durante meses oí casi diariamente su nombre pero nunca su voz. Hasta que un día me vi en la necesidad de recurrir «al hombre que conocía el problema chino» para aclarar un telegrama que decía «Chun-Ya cruzó Lu-Tang». Necesitaba saber quién era el río y quién el general. Fui a verlo a su casa. Estaba haciendo un solitario al Ma-Vong y me invitó con una taza de té hecho en una tetera de redonda panza.

Hablamos toda la tarde y por medio de mapas, títulos, fotografías, espadas, túnicas y árboles enanos en tiesto, «el hombre que conocía el problema chino» me transmitió una porción infinitesimal de su saber. Pero no llegué a enterarme de si Chun-Ya era río o general. Acaso Andresillo me lo haya dicho; pero, abrumado por monosílabos y estandartes amarillos, sólo atinaba a observar la sonrisa del «hombre que conocía el problema chino», triste, desinteresada. Era la sonrisa de una larga experiencia, la experiencia milenaria de un pueblo. Algunas veces volví a verlo. Pero ya no agitaba la pantalla inútil ante su rostro con la mano ágil. Se había entregado en cuerpo y alma al problema chino y su pasión por lo amarillo le minaba la salud. Su hígado, confraternizando con la dinastía Ming, logró entintarlo de un *jaune de crome* indudablemente escandaloso. Su inquietante sonrisa comenzó a envejecer con premura. Ya no lograba expresarse sino con rodeos, reverencias y sílabas cuidadosamente ablandadas.

En fin; terminó muriendo de fiebre amarilla, nadie hizo un cuadro con su muerte y haya paz en su tumba.

Ése es el fantasma color yema de huevo que me impide canalizarme. Porque esto de canalizar el propio ingenio parece muy bonito y sencillo. Pero en la práctica, casi nunca se logra nada más que meter algún cuerpo extraño en los canales hepáticos.

14 de marzo de 1941

Dejad que los niños...

Hace muchos años, un hombre que andaba descalzo, prove-nía de una familia humilde y numerosa, no simpatizaba con las fuerzas vivas de su tiempo ni con ninguna especie de bi-cho inútil, fatuo y locuaz, legó la frase que se insinúa en el título. Entre otras numerosas cosas, porque su herencia pa-rece inagotable; acaso porque nunca fue recogida ni usada, aunque se presentaron y siguen presentándose innumerables hijos naturales.

Y entre los cuantiosos bienes del difunto que hoy recorda-mos —con mucho más respeto, comprensión y simpatía que lo que pueda sospecharse— está esa frase de buen estilo: «De-jad que los niños vengan a mí».

Claro que, como se decía en el párrafo anterior, la frase nunca fue, después, realmente usada; nadie conoció el cora-zón de la frase que hace muchos años anda padeciendo un in-justo destino, de boca en boca en fiestas escolares de fin de año y en numerosos otros lamentables sucesos.

La frase se defiende y se hace rígida y fría en boca de las gentes que no tienen derecho a pronunciarla y que son todas aquellas que conocemos o podemos imaginar. Ya mostró el breve prontuario que iniciara el artículo que sólo el supra re-ferido estuvo en condiciones de decirla sin convertirla en un mamarracho, en una cursilería o en algo peor.

Y bien; luego de tantas peripecias, la frase ha llegado al lu-gar del suplicio en su Calvario. Acaba de ser recogida por los máximos representantes de lo que puede ofrecer la hu-manidad como antitesis del creador de la frase. Los dictado-res han declarado al niño artículo de primera necesidad. Ini-ció la persecución Mussolini con aquellos tristes desfiles de ballias. Adolfo Hitler manifestó desde el principio de su afor-tunada carrera política un cariño enternecedor por las cria-turas, a condición de que fueran alemanas, rubias, dollicocé-

falas (¡bochas dollicocéfalas, señor Hitler!) y no se llamaran Salomoncico, ni Isaaquiro ni Rebequita. Son innumerables las graciosas fotos en que Hitler aparece alargando los dedos y una mueca del bigote cuadrado hacia alguna mejilla infan-til, enmarcado por robustas *fraulein*, ramos de flores y bra-zales con cruz gamada. El mismo Pétaín, dictador reciente-simo y sui géneris, digno hacedor de la Francia nueva, juvenil y renovada (tal como Dios hizo al hombre a su imagen y se-mejanza), se siente algo así como el tatarabuelo de todos los niños y jóvenes franceses. Y el más curioso de los jefes de pueblo, el Generalísimo Francisco Franco, ha proclamado la necesidad de que los niños españoles y los hijos de españoles sean educados en la moral de la Falange.

Hace pocos días el señor Serrano Suñer lanzó un mensaje a los españoles residentes en estas tierras provisoriamente se-paradas del Imperio español, para que enviaran a sus reto-ños periódicamente a la España una y etc. El señor Serrano Suñer no cree en el liberalismo, como todos saben. Duda, por consiguiente, de la eficiencia de estos ambientes para produ-cir cumplidos miembros de Falange. No se fía de la influen-cia de los partidos de fútbol, ni de los otros, las novelas de Wallace, las películas de pistoleros, los noticiarios de guerra, las crónicas de policía o las disputas hogareñas. Todo esto puede producir, es cierto, un buen falangista. Pero hay niños que nacen con mala sangre, impermeables al medio, y llegan a la pubertad sin las virtudes que son necesarias para mentir, violar, fusilar, saludar con el brazo en alto o vivir del sudor del prójimo. Bien hace, pues, el cuñado de Francisco Franco en desdeñar las posibilidades del liberalismo para la produc-ción de españoles nuevos.

Ya se ha escrito sobre la desgracia de ser joven. Habrá que hacerlo sobre la de ser niño. El nuevo orden les ofrece dos ca-minos; si empezaron a usar pañales dentro de sus fronteras, están destinados a la barbarización metódica e implacable; si el suceso ocurrió en otra parte, se hará todo lo posible para que puedan llegar a ser fotografiados desnudos, con la cabe-za abierta o alguna pierna de menos y una cintita al cuello —si les quedó cuello— de donde cuelgue un carrel con un nú-

mero de identificación. Cientos de fotos así fueron obtenidas en Madrid gracias al desvelo de los tres dictadores que aman a los niños.

Pero puede ser que aparezca otro camino. Entretanto, la aspiración íntima y subconsciente de todos los niños del mundo debe ser la de retribuir el cariño de los jefes de Estado de la manera que lo hace el mamoncito que Hynkel alza en brazos para los fotógrafos en *El Gran Dictador*.

La lata de hoy resultó seria y larga. La culpa es de los niños; constituyen uno de los muy reducidos temas capaces de producir en Grucho Marx efectos semejantes y hacerlo hablar en «Nos» como el Mariscal.

21 de marzo de 1941

Salud al primer cruzado

Bueno, ya la policía argentina tiene preso a Ladrón de Guevara. Parece que el hombre confiesa su culpabilidad respecto a la media docena de asesinatos cometidos. Y, además, come con apetito y duerme con el sueño de la inocencia. También dice que no está loco. En consecuencia, sería ultra probable que Ladrón de Guevara terminara sus días en Ushuaia. Y se consumiría así una de las más grandes injusticias en la historia humana.

No señores, no hago paradojas. Acepto que Ladrón de Guevara haya cometido los ya sabidos delitos y acepto que al que hace eso es prudente meterlo en sitio seguro, aunque difícilto que Ladrón de Guevara volviera a encontrarse en circunstancias propicias para acelerar el movimiento demográfico, en caso de que anduviera suelto. Pero creo que el exigilante tiene una responsabilidad muy relativa en las largas crónicas policiales que provocara.

Vamos a los hechos. Con engaños o sin ellos, a Ladrón de Guevara le metieron un aparato de radio en la casa. Fatalmente, tarde o temprano, tuvo que llegar el momento en que el vigilante se puso a matear al lado del terrible aparato. Y, en seguida, el momento en que estiró la mano y lo puso en marcha. Caben dudas respecto a si dio primero con la voz de un cantor nacional, de un político en tren catequizador, de un comentarista de operaciones bélicas, de un personaje de folletín en noventa y seis episodios o de un *speaker* que anunciaba las bondades del tabaco Fumasoli. Lo indudable es que el hombre acabó loco. Y loco furioso porque no pudo escapar —nadie que oiga radio puede escapar— de meterse en los oídos la espiritualizadísima gracia de eso que llaman un animador.

Una hora después, Ladrón de Guevara había acabado con cuanto tenía a tiro, pegado fuego a la casa y salido disparando a campo traviesa. No incendió la ciudad porque el

aparato de radio, según consta en el sumario, era de poder escaso y no lograba captar las ondas transmitidas por las *broadcastings* montevideanas.

Lo que siguió es de fácil comprensión. El hombre no entendía mucho de ondas hertzianas, estaciones transmisoras ni organizaciones comerciales pro cultura radial del pueblo. El pobre sólo sabía de aquella máquina infernal que le introdujeron en la casa. Es natural que pensara que el autor de todo el indeseable infierno que contenía aquel instrumento de terror, era el vendedor de aparatos de radio a plazos. Fue y mató, convencido de que lo hacía en defensa propia y de sus semejantes.

Pero si Ladrón de Guevara padeció un doloroso error, no pueden sufrirlo los jueces. Éstos saben quién tuvo la culpa, quién la sigue teniendo, quién y quiénes han dedicado su tiempo a la sorprendente tarea de meter un aparato de radio a cada ciudadano, y no dentro de su casa sino en la misma cabeza.

Ladrón de Guevara no es un asesino. Es un moderno Montecristo que anduvo a contramano por explicable, candorosa y feliz ignorancia. Es un inconsciente vengador de toda una humanidad torturada metódicamente, día y noche, mediante todas las formas de hacer ruido que se conocen en el mundo, incluso la voz, el aullido del mono macho, el chirrido de la guillotina, la sierra sin grasa y el tango.

Ladrón de Guevara es un reivindicador de la perdida dicha del hombre, de las lejanas horas de paz y silencio en que la gente leía, soñaba o —suprema inteligencia— descansaba.

Un reivindicador, lleno de coraje y resolución, que equivoqué el rumbo.

Con el pensamiento puesto en el porvenir de locura y tontería que amenaza al planeta, pido que se ponga en libertad al primer cruzado de una indispensable guerra santa, se le explique pacientemente qué es lo que hay más allá de las cuotas mensuales, y, luego de darle un apretado abrazo, se le deje en el bolsillo, como al descuido, la famosa pistola de reglamento con algunos cargadores de repuesto.

Será justicia.

28 de marzo de 1941

¿Xenofobias a mí?

Así como alguien dijo que consideraba perteneciente a la calla a todo el que pensaba bajamente, yo voy a declarar hoy perteneciente al tipo «hombre de la calle» al que no piense de manera enana ni de manera himaláyica, ni de manera de regular estatura. Esto se aclara para evitar confusiones y líos; ahora, todo el que se sienta aludido por lo que siga optará por callarse la boca, considerándose fuera de fronteras del término. Y hará bien, ya que mis lectores son, en teoría, todos ellos, accionistas del trust de los cerebros.

Hecha la aclaración, vengo a declarar que el hombre de la calle no acierta una coningo. Se me objetará que maldito lo que al citado hombre se le importa el tal desacierto. De acuerdo; poco me importaría a mí que a él le importara. Lo grave es que a mí me importa, y que cada día se me hace más urgente un viejo y reiterado sueño en el que me veo recorriendo la ciudad dentro de un carro blindado con torrecilla de ametralladoras. Porque cuando el hombre de la calle cree que sabe algo de algo, es fatal que rumbée en una de dos actitudes. Puede ser que tenga un exceso de energías y se dedique a hablar del asunto a cuanto bicho con orejas se le ponga a tiro. En este caso es terrible y no tiene piedad por nadie. Llega a pagar para que lo escuchén, con lo que queda todo dicho y con lo que paso a la segunda modalidad del sub hombre referido. La que consiste en un severo amor por la síntesis. En esto se parece a Sancho y hace bien en parecerse. Pero los refranes de Sancho tenían gracia y perfume, como que los había hecho un pueblo. ¡Y qué pueblo! Las frases resúmenes del hombre de la calle las hizo él mismo a su medida. Y con decir que le caen bien las dejó calificadas y hago yo también un resumen frase.

El hombre de la calle del tipo sintético tiene su frase para cualquier tema: la guerra, la muerte, el amor, las quinielas, el

verano, el sobretodo. No quiero calumniar a nadie; pero creo que las frases-síntesis del hombre de la rúa han tenido, en el noventa por ciento de los casos, un origen periodístico. Sería imposible estudiar todas las clases de frasecitas que andan en los ómnibus y caen solemnes en las oficinas públicas y en el seno de honestos hogares. Por eso quiero limitarme hoy a un tipo de frase-resumen que ya me tiene completamente afeitado.

Se trata del amor proverbial de nuestros compatriotas hombres de la calle por los extranjeros. Todos sabemos cómo se expresa dicho fraternal cariño; pero no lo publicamos. Razón por la cual paso a hacerlo.

Entre las trabajadas joyas que ha burilado el hombre de la calle para resumir largos años de reflexión, voy a escoger dos o tres, o cuatro o cinco, llenas de originalidad y diferenciadas por sutiles matices.

Judío y basta.

Francés y basta.

Napolitano y basta.

Gallego y basta.

Alemán y basta.

Argentino y basta.

Y basta. Estas frases sirven admirablemente y todos los días al hombre de la calle para dejar establecidas las superioridades del genio de la nacionalidad sobre toda clase de competidores. No hay, claro, una regla inflexible para la aplicación de las apuntadas frases. La filosofía del hombre de la calle es viva y como tal cambiante. Pero puede encajar en los siguientes e hipotéticos casos. Si se tiene noticia de que un comerciante judío vende a diez lo que le costó cinco, puede emplearse la frase número 1. Si un súbdito de Vichy o De Gaulle es de natural mariposón, la segunda viene de perlas. Si se sabe de un napolitano poco generoso, la tercera. La cuarta se usa en muy variados casos (ya que por algo la Madre Patria es Madre); generalmente, para los ejemplos de poca agilidad mental; y hago constar que para el hombre de la calle es tan gallego el que nació en Santiago de Compostela como en Madrid o las Canarias. La frase número 5 es de empleo

corriente para algún alemán que cometa un acto de salvajismo. Aunque desde unos años a esta parte cualquier cosa mala puede ser germanizada sin preocupaciones. Y, para terminar, si usted conoce algún hermano argentino que sea ventajero para jugar o vanidoso en exceso, ya lo puede rematar con la frase número 6, por más discursos de confraternidad que se hayan pronunciado o que se proyecten.

De acuerdo, ¿verdad? Pero ahora viene lo bravo. Deje por un momentito lo que esté haciendo y mire alrededor. Se encontrará por paladas con nietos de Juan Moreira, más criollos que el tala, que compran a cinco y venden a veinte, que mariposean, que prefieren perder la familia y no un peso, que son más brutos que un par de botas, que realizan toda clase de brutalidades, que juegan y viven con trampa y que no revientan de vanidad porque tienen el cuero flexible. ¿De acuerdo, otra vez?

No, no es necesario dar nombres ni señas personales. Bien: ¿qué debe deducirse de esto? Algo muy simple y que volverá el alma al cuerpo a los lectores. Debe deducirse que el uruguayo es, a su vez, un hombre-síntesis, un ente-resumen; que compendia todas las cualidades del resto de la humanidad y que ya, casi casi, llega a ser el arquetipo del bípedo desplumado.

Y ya sobre la hora, me apunto un tanto que —por lo menos ése— nadie irá a discutirlo a la Liga. Porque en cuanto a lo de desplumado, todos estamos de acuerdo: yo, tú y el hombre de la calle.

4 de abril de 1941

Inútil para sordos

Si ustedes no la vieron la culpa no es mía. Estaba en la última página de un diario de la tarde, mostrando la dentadura y las piernas. La leyenda decía el nombre que ya no recuerdo; pero como es norteamericana la podemos llamar Mrs. Camel o Mrs. Chesterfield, si ustedes gustan. Mrs. Camel estaba allí y así fotografiada, porque tiene quince años y acaba de perder un juicio de divorcio merced a que Mr. Camel, que es entre otras cosas técnico de sonido, hizo oír al tribunal unos discos grabados subrepticamente con la melodiosa voz de su mujer.

Bueno; la noticia no dice, y es lástima, cuál era el contenido de los discos. No sé si la señora Camel torturó a su marido con reiteradas divulgaciones artísticas o científicas. O si los discos hicieron restallar en la sala del juicio los más eufónicos insultos caseriles, de esos que los dulces corazones con dos piernas de umpf y glamour expelen sin descanso, desafiando toda ley sobre la circulación del aire en el cuerpo humano, comúnmente en bata y los brazos en jarras. O si se trataba de diálogos probatorios de infidelidad, tan cursis como los que acostumbra a registrar Mr. Camel en los estudios de cine o tan insistentemente monótonos, pleonásticos y aburridos como los que se emplean fuera de los estudios californianos para expresar trascendentales acontecimientos del alma y anexos. En este caso, habría para divertirse imaginando a Mr. Camel andando de puntillas, momentos antes del dúo ardiente, sobre las alfombras del habitáculo predestinado a terreno de operaciones, uniendo cables, camuflando el micrófono y, finalmente, lanzando una mirada postrera a la instalación quincolumnesca antes de efectuar su retirada estratégica, cediendo el terreno al enemigo.

Pero vamos a universalizar un poco el asunto, vamos a olvidarnos de que Mr. Camel se llama Mr. Camel y es técnico de sonidos en Hollywood. Hagamos esto, *please*, para que yo pueda enchufar otra hipótesis.

Es posible que los discos no revelaran ningún discurso sobre la kariokinesis kantiana; ni rotundas malas palabras; ni fatigados adjetivos de amor de esos que pueden mascarse y volverse a mascar y dárseles tres o cuatro vueltas en las mucosas bucales y retirarlos de allí y, guardarlos, como hacen los botijas con el yumyum cuando ya no tiene gusto, para que se oreen, recuperen consistencia y guarden el momento en que haya necesidad de mascar nuevamente yumyum.

Acaso, poniéndonos en el plano ilusorio que se solicita, Mr. Camel haya llevado los discos al tribunal, dado cuerda al implemento de hacer ruido y, componiendo una actitud de vísperas electorales, haya espetado al usía de turno: «Señor juez: ya ha oído el tribunal los cargos formulados por Mrs. Camel. Aguántese ahora, en audición de catorce horas, el total de estupideces que he tenido que escuchar en un solo día cualquiera de *sweet home*. Atención pido al silencio y segundos afuera».

Y Mr. Camel dejó caer la púa, movió la palanquita y al disco y medio tenía ganado el divorcio.

Farewell, Mr. Camel.

Es cierto que la carita que luce la perdidosa ex señora del técnico en sonido es alegre, bella e inconsciente. Todo ello, a pesar de que la foto, según leyenda, fue sacada enseguida del fallo adverso. Pero, ¿si tuviera que escuchar sus hermosos períodos con implacable frecuencia? Porque todo esto me ha sugerido, no un motivo de chisme o chunga, sino una más de las admirables ideas que vengo repartiendo generosamente desde estas columnas. Se trata de la vacuna contra la estupidez locuaz o la estúpida locuacidad; dígame como se quiera, es igualmente reventadora.

Supónganse ustedes que al tipo que los encuentra en el tranvía, en la calle, en la oficina o en cualquier terreno neutral de esos y les hace una minuciosa descripción de la retirada de los Balcanes y dice luego que al tío del novio de una cuñada le curaron una enfermedad del corazón con yuyos africanos y enseguida que la suerte que él tiene con las mujeres es solamente comparable, dentro del imponente conjunto de la Creación, con la desgracia que lo persigue al jugar a las

quinielas, y agrega después que el patrón no le aumenta el sueldo porque le tiene envidia y no se anima a echarlo porque tendría que tomar diez empleados para que hicieran, mal hecho, lo que él hace de modo perfecto, y añade de inmediato que el negro Cadilla no puede rendir en Buenos Aires lo que rendía dando patadas por cuenta y riesgo de River de Montevideo, y otrosí dice... Bueno, dice cualquier cosa porque a esta altura uno ya está idiota y sólo puede mover la cabeza diciendo que sí, aunque corresponda decir que no.

Supóngase, repito, que al tipo ese -y, como dijo el clásico, quien más quien menos...-, que al mencionado fulano fuera posible grabarle en un disco o en diez o en mil todas las abrumadoras imbecilidades que ha ido soltando por la boca al cabo del día. Y que, cuando llegue la noche y el sujeto trate de buscar nuevas energías en el sueño para amargar gente en la próxima jornada, lo obligaran los poderes públicos a escuchar el torrente de pavadas que acumuló en los discos una hora antes.

Hay algunos casos perdidos que no experimentarían ningún sufrimiento con el sistema y hasta sonreirían complacidos escuchando las bellas cosas dichas. A éstos no hay más remedio que ponerlos fuera de la circulación o embozalarlos. Pero con el resto se iría obteniendo una cura notable por medio de la selección natural. Algunos morirían, es cierto e indudable y reconfortante, a las dos o tres secciones; los que quedaran terminarían por convencerse de que si el silencio no es oro no hay tampoco por qué ensuciarlo.

Y el día en que cada ciudadano tenga su dictáfono y la obligación de realizar su examen de palabras por la noche y bajo llave, es posible que nos acercáramos a un mundo delicioso donde los hombres se entenderían con la mirada y las distintas calidades de silencio y donde sólo se escucharían las frases de silencio y donde sólo se escucharían las frases de los pájaros, las charlas sin sentido de los niños, el viento y la lluvia.

(Sí, ya sé, naturalmente; y los bocinazos de los ómnibus y el bochinche de las máquinas y los *foxtrots* yanquis y los platos que se rompen en la cocina y el vecino que ronca.)

Reflexiones literarias

Artículos sueltos publicados en «Marcha», «Acción»
y otros medios de la prensa argentina y uruguaya

1937-1968

Comentarios respecto de «La fuga en el espejo»

La fuga en el espejo es una obra de arte que ha sido realizada teatralmente. Esta especie de definición civil del poema teatral de Espínola –poema como lo son *Manhattan Transfer* y *Bubu de Montparnasse*, sin dejar por ello de ser novelas– puede ser útil para lo que queremos decir de aquél y de su relación con el teatro.

El estreno de esta obra ha hecho repetir, junto con elogios sinceros, estas palabras tantas veces oídas y escritas: No es teatro.

No hay para qué hablar de las gentes que no entendieron, ni de sus cuchicheos risueños, ni de la lastimosa necesidad evidenciada frente a palabras y gestos de una alta belleza. Sería candoroso esperar mucho de su inteligencia; lo triste es tener también que desesperar de su intuición. Porque, aun cuando el lenguaje que oyeron les fuera ajeno e incomprensible, es bueno creer que la suerte de las cosas que las palabras aludían, habrán estado alguna vez en sus almas, agitando en un inútil clamor, en un gesticular en la tiniebla. Es bueno creer que alguna vez, sin saberlo, ellas han querido quedarse, llevar, guardarse el garabato de unos dedos amados, un brazo, una tarde con vestido azul, río y aire de cristal.

Los otros, los que de verdad vieron y oyeron, no pueden diferir en sus juicios respecto al valor extraordinario de la obra. El problema real, lo que puede permitirse sea discutido, en sí. *La fuga en el espejo* es teatro o no lo es. Y esta discusión –tan necesaria en un sentido general, por otra parte–, sin embargo, absurda. Tanto como discutir si esa obra es o no una escultura, un ballet o un soneto.

No se trata de llegar a una imposible definición de teatro, de lo que es su esencia. Bastará con decir, aproximadamente, qué obra de teatro es una realización artística que se ex-

presa por otro, el actor, mediante la palabra y la mímica. Una obra hecha tan sólo de un monólogo sería teatro; no lo es el recitar versos por cuanto el intérprete, como en música, sigue siendo él mismo. No se hace distinto, no cambia su ser por el del personaje, no es actor. *La fuga en el espejo* llega al público por medio de los gestos y voces que otros, sus intérpretes, prestan a su autor. Es, por eso, obra de teatro.

Puede ser dividida, ya lo está, en dos partes. Hablada la primera, mimada la segunda. Es pueril la exigencia de que una voz y gesto vayan juntos, unidos ayudándose. Ni en nombre del más intransigente realismo puede pedirse esto, ya que la misma vida diaria tiene sus horas de pura voz y sus horas de gestos significativos y silenciosos.

En esa primera parte hablada, la palabra lo es todo. Se puede cerrar los ojos y escuchar. Invisible la escena, perdidos esos cuerpos tristes de la despedida junto a la lámpara, sabemos siempre que habla ella y habla él; sabemos, sin error, cuáles son sus actitudes en cada palabra, en cada larga frase, en los momentos de la fe pasajera y en los otros de la renuncia y el desencanto. Puede ser así, puede no haber la necesidad visual de los gestos, porque ella y él están diciendo lo que nunca se dice por inefable. Exteriorizan todo el secreto, toda la vida fantástica y dislocada de sus almas en aquel momento del adiós. Y la vida poética de las sensaciones se traduce en gestos como ella, puros, únicos y totales, implícitos ya en las frases que ella, al emerger, haga pronunciar.

Se ha dicho que Espinola pretende crear un lenguaje teatral nuevo, cargado de símbolos. Y lo que él hace es, simplemente, emplear el único lenguaje posible, la única calidad de palabras que permite decir, dar, lo que él quiso dar y decir.

Las imágenes fragmentadas, los pedazos de recuerdos, los asomos de ideas, deseos y sentimientos que bullen incesantes dentro del hombre, en su vigilia y en su sueño, no pueden expresarse con la misma manera común y gramatical que sirve para el tráfico de los pensamientos. Todo ese mundo maravilloso e inasible, por estar preso, y, a la vez, totalmente incontrolado y libre; por ser más nuestro, más individual aún que las propias caras de carne, con sus tonos de voz y su

gama de miradas; por estar en la zona de misterio donde el alma humana comunica con el gran enigma del universo, sólo puede ser tocado con las manos de la poesía y el símbolo.

Se puede argüir, hasta aquí, como se ha hecho, que la obra de Espinola es un poema, no teatral, que puede expresarse por medio de la imprenta y la lectura.

Pero la segunda parte de *La fuga en el espejo*, plástica pura, belleza hecha con signos, con la danza bufa y trágica de un titiritero que intenta en vano rearmar su retablo, animar sus tristes muñecos descoyuntados, prolongar la existencia fugaz de aquello que pasó por un alma con ágiles pies silenciosos, ¿puede ser expresada con palabras?

Tan imposible es, que el autor no ha puesto allí ni una. No sólo no se necesitan, sino que estarían de más, inútiles, sin posible encaje. Todo está dicho, exactamente, con el cuerpo que baila y cae: que lucha por la resurrección del pasado y fracasada, no obteniendo más que una dolorosa caricatura, máscara despiadada y burlesca que insinúa sin éxito los rasgos de un viejo rostro perdido ya para siempre. Todo está dicho con ese intento y esa derrota, con la gracia melancólica de la cajita de música cuya cuerda se rompe desgarrada, con los ojos nosotros que sufrimos el mismo eterno drama del fluir constante y sin retorno, y que no tenemos respuesta para su extrañada súplica, su muda pregunta.

Pero *La fuga en el espejo* «no es teatro». ¿Por qué? Se dice que es oscura. Es, en todo caso, difícil, y por su intención no podría ser de otra manera. ¿Se puede creer que si Mallarmé fuera más fácil sería por ello más poeta, o más novelista Proust?

Se dice también, por otro lado, que carece de acción. Argumento sin sentido: toda obra de arte se desenvuelve, crece, tiene principio y fin, actúa siempre, ya sea en el tiempo o en el espacio. Y no puede pretenderse que una obra escrita teatralmente llegue recién a ser teatro cuando alcanza una cantidad determinada de esa acción, de ese encadenamiento de vivencias que se acostumbra a suponer inseparable de la idea de teatro. Una situación o un grupo de ellas no puede ser, por sí, más teatral que otra. Todo estará en cómo sea reali-

zada, en cómo interese y se apodere del que escucha y mira. Puede describirse una obra maestra con sólo un momento de la vida del hombre, una situación de su alma. Y puede hacerse una obra maestra con decenas de acontecimientos verídicos.

Una u otra forma dependerán del temperamento del autor, del aspecto de la vida que él ame y prefiera.

La insistencia en ese absurdo reclamo de hechos hace sospechar que lo que se quiere en realidad es la acción grotesca, la intriga irreal, los chistes, el desenlace inesperado y sorpresivo. Necesidad de ser asaltados y violados por llantos y risas brutales. Es el mismo sentimiento que hace decir a la pequeña y numerosa gente, al enfrentar ciertos hechos y actitudes: Esto es teatral. Quieren decir con ello, sabiéndolo o no, que el suceso criticado no es sincero, no espontáneo. Que se ha realizado para gustar a los ojos y oídos que hayan de verlo y escucharlo.

Y como la obra de arte no puede ser sino sinceridad y cosa espontánea—espontaneidad de años, muchas veces—, como el arte ha sido siempre verdad, la posesión milagrosa de la verdad en la aventura, lo que se quiere, lo que se pide y aplaude, es el no arte, el remedo del arte, la mentira, el folletín, lo frívolo y lo cursi.

Junio de 1937

El hombre tiene cuarenta años

El hombre tiene cuarenta años y se hamaca en la silla del café, con aire aburrido. De vez en cuando bosteza, saca el cigarrillo de la boca y deposita la ceniza en la taza vacía. Enfrente, tiene la plaza, la catedral, el quiosco donde se asoman caras de actrices en las revistas. Cae la tarde, fría, con pocos ruidos. Las primeras lamparillas lucen con asombro bajo el cielo de lluvia. El hombre estra las piernas y equilibra la silla contra la pared. Oye las voces que disputan en las mesas: la frontera de Holanda, el viaje de Jorge VI, la flora rusa, el nuervo Bertha. El hombre bosteza, hunde en los bolsillos las manos enfriadas. Bizerta, Praga, Línea Siegrid... Mueve los hombros, y la cara sin afeitar se agrava aburrida.

Porque sólo él tiene el secreto. Todo sucede allá, en la Tierra; y él está fuera de ella, vive desterrado en un extraño suelo de jubilados y seres sin pasión. Bosteza contra la calle, dejando caer el pucho maloliente. Y, además, él sabe, todos ellos—Chamberlain, Hitler, Daladier—se acercan como espectros al final. Algo vendrá que barrerá con todo... algo enorme, apenas anunciado.

El hombre calcula distraído: veinte, treinta, millones de muertos. Se comprará un mapa y una caja de banderitas de colores que irá clavando donde indiquen las agencias telefónicas. Cada movimiento de los banderines: veinte, treinta mil hombres asesinados. Mientras espera el final que aventará los restos del mundo lejano, irá aprendiendo bellos nombres exóticos que lo ayudarán a soñar: Dardanelos, Gallipoli, Jutlandia, Vladivostock.

Junio de 1939

Marcel Proust

Nota para un aniversario

Tal vez conozcamos demasiado de la peripecia del hombre. Podemos verlo, joven snob, con sus enormes ojos femeninos, los lánguidos bigotes, las maneras propias de «un alma exquisita» que se aloja en un cuerpo incurablemente enfermo. Perversa redundancia del destino que la víctima tardó años en merecer. Ahí está, estaba, frecuentando los mundos gratos a la esterilidad de los exquistos: el mundo de los Guermantes, Charlus y Swann; el de mamá y abuela, el del bizantinismo literario. Pequeños universos llenos del aire de invernadero que a él le convenía, donde son mínimos los obstáculos para las piernas débiles y sin trascendencia los posibles pasos en falso.

Podemos verlo mendigar un poco de atención —«creo que algún interés tiene lo que he escrito»— a la condesa de Noailles; humillarse para agradar a un Montesquieu a través de un epistolario extendido en los años, respetuoso siempre —sin remisión, a pesar de todo— de lo elegante, lo bonito, el buen tono, la tontería sentimental, la nada, en suma.

Pero podemos olvidar todo lo que deslumbra a los frívolos, a los que no han escrito —aún, claro— *À la recherche* pero creen que podrán salvarse mediante fáciles coincidencias anecdóticas: mediante aguados Saint Germain y Villeparisis, propinas asombrosas; padeceres complejos y el resto. Podemos desdeñar todo lo que documenta su innegable relación con los superfluos y volver a mirarlo en la hora en que casi tardíamente descende sobre él la revelación; la hora de verdadera agonía en que comprende que no sólo ha perdido el tiempo sino también a sí mismo, el momento en que misteriosamente se llena de fe en la mortalidad y trata de ser Marcel Proust desde el principio de su vida consciente y durante los años cortos que lo separan de la nada.

Entonces sí vale la pena volver los ojos hacia él y verlo en soledad, sorbiendo con fatiga un aire caliente y medicinal, sudoroso, desaliñado y grotesco, recordando los días pasados, no para sollozar sobre ellos sino para obligarlos a suceder de verdad, para cumplir —con la venia de la muerte impaciente— la única tarea a que no puede renunciar el artista sin suicidio: ser él mismo. Usar personas, momentos y hechos, reales, deformados e inventados, exclusivamente para levantar con ellos el pequeño o gran edificio que no podrá habitar nunca, que otros atravesarán sin poderse instalar jamás en él.

Ahora sí merece nuestras miradas y nuestra emoción: impresentable, maloliente, horizontal, trezado en una doble y enfurecida lucha contra la muerte y las palabras, llenando cuartillas y perdiéndolas entre las mantas, reclamándolas meses después para corregirlas, angustiado por el temor de no decirlo todo, sabiendo que no es posible decirlo todo y que precisamente en esta impotencia reside la eternidad del arte. Y de esta lucha sin valederas esperanzas, de este desafío aceptado por un condenado a muerte y que se cumplió sin los elementos teatrales, grandilocuentes, que con frecuencia agregan prestigio y grandeza a los forcejeos del hombre con el destino, nada, acaso, la obra literaria más importante del siglo xx. Lástima que haya sido tarea de tal hombre con tales materiales.

Despojándose y retrocediendo hasta el des poblado principio donde el hombre alcanza a veces a descubrir su autenticidad, creando un estilo que provocó la incompreensión, la burla y el tedio («Ese hombre no sabe francés», decía Fran- ce negando un prólogo; «¿A quién le pueden interesar cuarenta páginas sobre un personaje que sufre de insomnio?», preguntaba Humblot, editor), creando un estilo, una técnica y un tiempo que sirvieron, prodigiosamente para la misión de aprehender y expresar a qué fueron dedicados, pudo Marcel Proust sobrevivir al ahogo final del 18 de noviembre de 1922. Y también logró este ex frívolo, este ex niño a la moda que creía haber llegado a alguna parte cuando depositaba su sombrero sobre el piso de algún salón del *faubourg*, sobrevivir a una existencia dilapidada. Al rescatarse a sí mismo —escribiendo febril, obstinado, poseído, los tomos nece-

sarios para que la serpiente se mordiera la cola y el moribundo en el umbral de la vejez se fundiera con el niño de Combray— descubrió, obligó a vivir a un mundo convincentemente universal a fuerza de ser fanáticamente proustiano.

De pronto en una antesala, escuchando la música que le llegaba ensordinada a través de puertas y cortinados, Proust descubre la congénita falta de importancia de las gentes con que ha vivido y de su propio estilo de vida. Poco después descubre en los rostros ajenos su envejecimiento personal. Es un *memento mori*, un encuentro en el camino de Damasco: «hemos llamado a todas las puertas que se abrían sobre la nada; empujamos sin darnos cuenta aquella que habíamos buscado en vano durante cien años y se abre». En este caso el arrepentimiento no basta y no tiene el tiempo ni vocación para ensayar una existencia distinta. Para salvarse debe llevar su desesperación a la soledad y extraer inexorable del pasado, línea por línea, rostro a rostro, hora por hora, la misma vida que aceptó vivir.

Quería rescatar a monsieur Marcel Proust y era forzoso rescatar con él aventuras y seres que no podían ser ya mortificados. Así se vio condenado a emplear su genio literario en desenterrar y hacer impercedera a una legión de sombras triviales, al ridículo y lamentable mundillo que no podía abandonar.

Era necesario espiar nuevamente el sueño de tía Leonie, volver a oír la sonata de Vinteuil, afrontar otra vez la mirada incomprensible y enfurecida de Memé. Y construir, junto con sus sensaciones, al hombre que vio, escuchó y pensó. De donde su obra, esta famosa «epopeya de la memoria», es en verdad una asombrosa epopeya de la imaginación con pie forzado.

Y así fueron convertidos en seres humanos, vivieron, sufrieron y amaron los Saint Loup y los Legrandin, las Albertinas, Orianas y Odettes. Se trata, también aquí, de un mundo sacado de la nada; pero este dios es un dios entomólogo y permite vislumbrar, llegado el día séptimo, otro y más trágico significado para la frase «el tiempo perdido».

Noviembre de 1947

Greene visto por un lector

Es demostrable que los lectores argentinos de Graham Greene admiran con pocas restricciones su talento de novelista y desdénan su capacidad autocrítica. Sin embargo, ésta es una de las más importantes virtudes del novelista británico.

Los cuentos de *A través del puente* se publicaron con un prólogo en el que el autor los definía como subproductos baratos de su tarea de escritor. No logró vencer a nadie, al parecer, todos los comentaristas compitieron en el descubrimiento de valores sutiles, de admirables matices.

El fin de la aventura está sufriendo un destino idéntico. Para que nadie se llame a engaño, el autor dice en la primera página: «con el orgullo inexacto del escritor profesional—cuando ha alcanzado alguna notoriedad digna de tenerse en cuenta— fue elogiado por su destreza técnica».

Todo el libro es un alarde de profesionalismo, de destreza técnica. Esta habilidad es empleada a veces con un exceso de confianza y se hace más visible en la pintura y manejo de los personajes secundarios. Por ejemplo, la pareja Parkis, padre e hijo. Ambos han sido inventados, sin dudas, para emocionar y ser patéticos. Pero como están hechos con nada más que destreza de artesano, no pasan de símbolos, de datos que se ofrecen al lector para que reconstruya los propósitos de su invención. No pasan de pintorescos, de cómicos; con frecuencia parecen hijos de Woodehouse.

Otro es Mr. Smythe, el contradictor, oportuno abogado del diablo, hecho a medida y sin mayor trabajo para que la conversación de Sarah spongona, además, de una base racional. El rigor de la misma está expresado por la mujer cuando arriesga su prudente, aséptico beso al leproso en la página 141: «estoy besando el dolor, y el dolor te pertenece a Ti más aún que la alegría. Te amo en Tu dolor. Sentí casi, al besar la piel, un sabor de metal y de sal y pensé: ¡Qué bueno eres, Señor!

Podrías haberme matado con la alegría y nos dejas estar Contigo en el dolor».

La decadencia intelectual de Smythe se define en la misma página: «Usted cree en Dios. Esto es fácil. Usted es bonita. No tiene motivo alguno de queja. Pero ¿cómo iba yo a querer a un Dios que da esto a un niño?».

Ahora, Henry Miles, el marido. Greene-Bendrix lo eligió como prototipo del funcionario británico. Como ser humano es increíblemente absurdo y tonto; tal vez sea un «funcionario veterano creíble». (A pesar de todo, es aconsejable dudar que Miles, por no haberlos provocado nunca, esté incapacitado para sospechar el origen de los bramidos de amor de Sarah cuando algún amigo se los haga escuchar.)

En cuanto al cura, es fuente de consuelo. Parece demostrar que la buena fe de Graham Greene, tan grotescamente escamoteada en esta novela, no ha desaparecido del todo; el cura es tan imbécil como Smythe. Claro que hay una diferencia: la estupidez del sacerdote laico, privada de la gracia, debe terminar en humillación y fracaso. Es decir, en victoria del Señor. La imbecilidad del digno padre Crompton es, por lo contrario, un dulce trasunto de la gracia. Su grosería se llama militancia: «la intraspasable piel coriácea de su suficiencia» (¿cómo sonará en inglés?), fe. Por eso, con sólo unas cuantas frases oportunas y novedosas logra precipitar a Bendrix-Greene en un ataque de histeria y en meditaciones teológicas, graduadas antesalas de la luz: «¡Qué cosa tan extraña el tiempo!». «Tan bueno es rezar a los muertos como rezar por ellos.» «Nada podemos hacer que no haya hecho ya alguno de los santos.»

Aparte de los amantes, nos quedan los milagros. Dejemos de lado el primero y principal, indispensable para que haya novela: la resurrección de Bendrix obtenida por medio de un soborno obscuro. En cuanto a los demás, parece probable que Greene haya contado con la colaboración del padre Crompton. Son dignos de figurar *El libro de San Cipriano*, o *La clavícula del hechicero*, en el más asequible *Manual de hechos milagrosos del licor de San Antonio*.

También son motivo de rubor los procesos, abrumados de casualidades, que llevan a los protagonistas a la fe. Como

ejemplo de ingenuidad puede ser citada, en los monólogos, la docilidad con que Sarah y Bendrix pasan de la indiferencia al desdén, al odio, al éxtasis de amor: del tú al Tú, de él a Él.

Dos objeciones sin importancia, ya que nada tienen que ver con la literatura. La primera es extensible a todos los novelistas católicos, o casi. ¿Por qué —o por qué ninguno explica por qué— cuando alguno de sus personajes «descubre a Dios» tal encuentro debe efectuarse a través de la Iglesia Romana? Esta arbitrariedad resulta excesiva; las mil sectas protestantes y las antiquísimas religiones de Oriente deberían ser beneficiadas, según un fácil cálculo de probabilidades, con un alto porcentaje de adhesiones. La segunda es la triste, obvia comprobación de que dos mil años de cristianismo no han servido para modificar —ni en el cerebro de un Graham Green— la idea bíblica de Dios: un pobre hombre todopoderoso, necesitado de lisonjas, capaz de venganza.

Mezclada con todo esto, *El fin de la aventura* contiene una historia de amor admirablemente dicha. Algunas de las páginas que le corresponden superan lo mejor que recordamos haya escrito Greene sobre sus temas predilectos: la incomunación, la melancolía esencial de todo acto humano, la nunciación, la necesidad de fe en Dios o en su inexistencia.

El secreto de su dignidad de escritor consistía en aceptar como inmejorables los dos primeros y padecer que el último fuera, infinitamente, un conflicto, una sollicitación, un planteamiento. *El fin de la aventura*, es una novela melancólica y —a pesar de beaterios y bravatas— de incomunación.

Ésta es, visiblemente, una simple nota periodística escrita por un lector de Graham Greene que carece del oficio de la crítica literaria. Todo lo que este comentario tenga de agresivo debe ser atribuido a la indignación y al temor. Nosotros, los simples lectores de novelas, defendemos la satisfacción de este vicio. Estafados por innumerables decadencias nacionales y extranjeras, debemos contemplar sin entusiasmo la perspectiva de un refugio a perpetuidad en novelas policiales.

Por eso nos parece oportuna esta protesta. Por eso nos indigna que el hombre que escribió *El poder y la gloria*, una de

las mejores novelas del medio siglo; una novela, tal vez la única, en la que la declarada tesis se conserva respetable gracias a la orgullosa calidad artística, se ponga, tan innecesariamente en apariencia, a buscar éxitos fáciles entre snobs y lectoras de semanarios femeninos.

Porque indigna que a Bendrix-Greene —*El misterio del miedo, El revés de la trama, Brighton*— le baste ahora dar un solo paso, y muy corto, para que pierda vigencia la frase que escribió en la página 177, refiriéndose a un crítico literario: «Al final, con ademán protector me colocaría... probablemente un poco por encima de Maugham, porque Maugham es un autor popular, y yo no he caído aún en ese crimen...».

La falta de experiencia nos obliga a insistir. *El fin de la aventura* está escrita por un maestro de la novela contemporánea. El manejo de los personajes, de los diálogos, de las situaciones; la destreza con que un ambiente o un gesto son transmitidos al lector, todo lo que pertenece al oficio del «escritor profesional» provoca admiración y merece ser estudiado por aprendices y jubilables. También es oportuno decir que ni la immoralidad del personaje de *El poder* y *la gloria* ni las señaladas torpezas extraliterarias del libro que comentamos tienen relación con la verdad o el error de las creencias de Greene.

El origen de esta nota, repetimos, es que tantas buenas cosas hayan sido puestas al servicio de tan diversas irresponsabilidades. Y que se trate de Graham Greene.

Porque si el libro hubiera sido escrito en este país nos olvidaríamos sin esfuerzo de cada uno de los citados reparos para anunciar con júbilo el descubrimiento de un gran novelista.

Octubre de 1953

«Poemas de la oficina», de Mario Benedetti

Antes de ensayar la glosa, hay que decir que Benedetti ha logrado un milagro poético: no sabemos si por primera pero sí por rara vez un libro de poemas «se vende». Desde las muestras publicadas en *Marcha*, el público ampliamente aludido por los temas del libro ha exhibido su interés en diversas formas. Ahora lo demuestra de la manera más normal y deseable, comprando el libro. El indomable ejército de poetas uruguayos de ambos sexos está contemplantando con asombro e impersonal envidia el espectáculo increíble de un libro de poemas que no exige para su difusión el envío personal con las clásicas seguridades autografiadas de «aprecio intelectual».

Gente desconocida, vestida normalmente y que habla como todo el mundo, entra en las librerías, pide *Poemas de la oficina* y paga su precio con tanta naturalidad como si estuviera comprando cigarrillos o el pan nuestro.

Benedetti recoge una temática que tuvo su moda entre nosotros allá por el año treinta. En la Argentina, recordamos, González Tuñón, Olivari, Pinetta, hicieron una poesía inspirada en el sufrimiento sin melodrama de los pobres hombres, inmensa mayoría, que tienen que soportar un patrón, supervivir con un sueldo miserable y renunciar diariamente al futuro. Pero la calidad de estos poemas es muy superior a la de los recordados, afectados de «populismo», como correspondía a la época.

Los pequeños desencantos de cada día y la desesperanza de fondo proporcionan con facilidad el hueco donde se vieren la amargura, la añoranza, la protesta sin salida del poeta. El estilo, tan engañosamente simple, fluctúa entre la nostalgia y la imprecación.

Reproducimos el poema que abre el libro y se llama «Sueldo»:

SUELDO

Aquella esperanza que cabía en un dedal, aquella alta vereda junto al barro, aquel ir y venir del sueño, aquel horóscopo de un larguísimo viaje y el larguísimo viaje con adioses y gente y países de nieve y corazones donde cada kilómetro es un cielo distinto, aquella confianza desde no sé cuándo, aquel juramento hasta no sé dónde, aquella cruzada hacia no sé qué, ese aquel que uno hubiera podido ser con otro ritmo y alguna lotería, en fin, para decirlo de una vez por todas, aquella esperanza que cabía en un dedal evidentemente no cabe en este sobre con sucios papeles de tantas manos sucias que me pagan, es lógico, en cada veintinueve por tener los libros rubricados al día y dejar que la vida transcurra, gotee simplemente como un aceite rancio.

Julio de 1956

«Estos trece», de William Faulkner

Este libro de Faulkner fue publicado a medias hace algunos años por una editorial argentina y bajo el título *Victoria y otros cuentos*. Decimos que a medias, porque estaba indudablemente traducido del francés y el texto había padecido intensamente de la «voluntad aclaratoria» del traductor.

Poco Faulkner quedó en los doce cuentos publicados: el último, «Carcassone», no fue incluido en aquel desdichado volumen por ser considerado «demasiado obtuso para nuestro público». Ahora, *Estos trece* aparecen editados por Loversa y admirablemente traducidos por Aurora Bernárdez. La traducción de estos cuentos es particularmente difícil porque puede afirmarse que todos ellos han sido escritos con distintas convicciones estilísticas y son, además de magníficos, otros tantos tanteos hechos por Faulkner en busca de Faulkner.

Varios de los cuentos son ya clásicos de la literatura mundial: «Una rosa para Emilia» y «Justicia», por ejemplo. Sin olvidar «Victoria», desolado relato de una dignidad, de una decadencia y de un estremecedor hecho, donde el tema de la guerra, como en *Paga del soldado*, se estudia desde el punto de vista de su pavorosa inutilidad.

Estos trece demuestran la asombrosa capacidad del autor para enfocar el mundo y los hombres desde ángulos variables y contradictorios, y evidencian un total dominio de la composición, a través de técnicas distintas, por medio de sutiles detalles que cobran repentinamente importancia decisiva, y aclaran o lo complican todo.

Los lectores que han seguido la obra de Faulkner publicada en español encontrarán en *Estos trece* muchas claves, alusiones y anticipos para comprender mejor a sus personajes de la saga sureña. Por ejemplo, la historia de John Sartoris en el impresionante «Todos los aviadores muertos» nos per-

mite saber mucho más del Bajardo Sartoris de *Sartoris* y entender más profundamente por qué la muerte de su hermano en Francia determinó su propia muerte en el sur de los Estados Unidos.

La publicación de este libro de cuentos de Faulkner debe ser considerada como un importante suceso literario por lectores y críticos.

Agosto de 1956

Literatura 1956: Sagan y Mimí Drouet

Un balance, una encuesta y una respuesta

Hacer balance del año literario puede constituir una experiencia útil aunque no muy inspiradora para lectores y comentaristas. En un año cuyas estrellas máximas han sido Mimí Drouet y Françoise Sagan —salvadas las distancias entre la inocencia y la astucia—, no es aconsejable hacerse muchas ilusiones acerca de los placeres que pueden expresarse de la evolución de lo que hemos leído de verano a verano.

Es fácil revisar colecciones y pedir datos a la Biblioteca. Pero no nos parece convincente poder citar con ayuda de archivos lo que la memoria se empeña en olvidar. Para decirlo de una vez, para matar en embrión estos desanimados comentarios, afirmaremos no haber leído durante este año nada que merezca el título de muy importante. Nada que signifique un memorable paso adelante en la literatura y nada que constituya un magistral empleo de las conquistas ya hechas por escritores anteriores.

En esta peripetia la literatura nacional no se encuentra aislada. Lo mismo que le ocurre a ella —por segunda vez salvamos las distancias— le ocurre a la de todo el mundo. Es decir, a la muy reducida porción de lo que se escribe en el mundo y las traducciones nos permiten conocer. Y cuando se trata de obras escritas en español, bolivianas, chilenas, paraguayas, venezolanas, es casi imposible conseguirlas. No sabemos nada de lo que se hace en las repúblicas hermanas de América. Las frases con que se festejan aniversarios, condecoraciones y firmas de tratados no tienen fuerza bastante para determinar este conocimiento fundamental.

Este problema del desconocimiento entre los miembros de la Unión Panamericana puede ser resuelto, sin esfuerzo y sin gasto, por el mismo Perogrullo, si se aviene a aceptarnos un

consejo. Las legaciones y embajadas de los países americanos en el Uruguay y las del Uruguay en esas naciones, pueden hacer, en escala adecuada, lo que han hecho los norteamericanos con sus bibliotecas circulantes. A Montevideo le ha tocado la Artigas-Washington, excelente desde el punto de vista técnico y bastante triste desde el punto de vista del arte literario.

Dado lo exiguo de la producción —o publicación— de obras latinoamericanas, bastaría con que las representaciones diplomáticas dispusieran de una salita o de un mueble y de la voluntad necesaria para prestar libros a la gente que tenga el vicio de devolverlos.

Lanzada a la incógnita de su destino diplomático la precedente sugestión, prosigamos con el proyecto de balance, convertido ya irremisiblemente en antipática elegía. Pero tenemos, por lo menos en esto, la conciencia muy tranquila. Hemos hecho en estos días una encuesta no menos científica que el reportaje Kinsley. Se jugaba así: «¿De qué libro inolvidable leído durante el año que termina no se ha olvidado usted?». Y además de jurar podemos demostrar con documentos —pilas de formularios— que también en este caso el amor ha sido corto y largo el olvido.

¿Qué se hicieron, por ejemplo, los grandes escritores norteamericanos que nos dio la penúltima postguerra? Dejando de lado las decadencias personales, ¿qué nombres han aparecido para sustituir los de Steinbeck, Faulkner, Hemingway, Dos Passos, Scott Fitzgerald, etc.? Hacemos esta pregunta sobre literatura norteamericana porque, en conjunto, los escritores de esa generación realizaron la más importante contribución a la novela y al cuento del segundo cuarto de siglo.

Pero una pregunta semejante puede formularse en relación a los países europeos. Pasado el torrente que contenía el dique del fascismo, la nueva literatura italiana ha exhibido abundancia de escritores interesantes; pero no grandes. Lo mismo puede ser dicho en líneas generales, de Francia e Inglaterra. La distancia entre sus mejores novelistas de hoy y un Proust y un Joyce es kilométrica.

Estamos, pues, en buena compañía. Nada por allá y nada por aquí. Es un buen consuelo, pero no debemos convertirlo en pretexto. No debemos resignarnos a tomar como definitivo, como inmodificable, el panorama actual de las letras nacionales. Debemos dejar de lado el problema de la validez de las vocaciones que se continúan ejerciendo. De todos modos, a pesar de los milagros del optimismo y de la miopía del localismo, nadie podrá refutar que los mismos nombres, fundamentalmente se continúan barajando desde hace veinte y treinta años.

Hay, sí, una generación mas o menos nueva, ocupada en problemas de crítica literaria. Pero como decía Ayestarán hace unos días hablando de música, no se trata aquí de lo que se lee ni de lo que se escribe para enseñar a leer. Hablamos de la producción literaria uruguaya. De lo que resulta cada día más escaso. ¿Por qué no se escribe?

En este punto los interrogados difieren. Aunque un alto porcentaje ha contestado que «no vale la pena escribir en un país sin editores». Otros van más lejos agregan: «y sin lectores». Otros afirman no hacerlo por autocrítica «y porque todo está ya dicho». El problema es, para nosotros, terriblemente difícil. No sabemos nada; ignoramos por qué no se escribe. Preferimos, pues, ceder la palabra a uno de los consultados. Es casi seguro que no tiene razón; pero no resultó divertido leerlo.

«¿En algunos países», dice el consultado, «se gana dinero haciendo libros; en otros se obtiene, por lo menos, un grado de reconocimiento que satisface la vanidad y ayuda a vivir. En el Uruguay no ocurre nada de eso, si eliminamos las sociedades de elogios mutuos y el ámbito familiar. Aparte de los premios del Ministerio, de las adquisiciones de la Biblioteca y de los préstamos del Banco, no tiene el escritor eso que llaman alicientes. Todos estamos de acuerdo sobre esto. Yo, por mi parte, estoy convencido de que las cosas son así y que, en consecuencia, el Uruguay es un país ideal para los escritores. Entiendo por escritor: el hombre que nació para escribir, el hombre para el cual el ejercicio de la literatura es una forma de vivir, no menos importante que el ejercicio del amor, de la

bondad y del odio. Hablo de un hombre que no necesita ni aplausos ni obstáculos. De un hombre que no tiene más remedio que escribir. El ambiente uruguayo impone una saludable selección. Dejarán de escribir los ambiciosos, los vanidosos y los aficionados. Sólo lo harán y lo hacen los escritores de verdad. No sé si los tenemos o no; pero en todo caso, sólo ellos podrán lograr el renacimiento de nuestra literatura. No soy pesimista ni impaciente; es posible que en este mismo momento haya dos o tres hombres jóvenes dedicados a la tarea alucinante de contar lo que han visto y lo que quisieran ver. Dos o tres escritores de verdad, no necesitamos mucho más, en alguna ciudad de campaña o en algún barrio montevidéano, llenando páginas, ahora mismo y mañana, indiferentes a problemas editoriales, a recompensas económicas, ajenos a todo el fútil barullo que rodea a la literatura, a discusiones, teorías y estéticas, a "la feria de la plaza".

Diciembre de 1956

Nada más importante que el existencialismo

Hace un año, en ocasión semejante, nos correspondió intentar describir un panorama de la literatura que pudiera dar a los pocos lectores menos informados que nosotros, una visión de lo que ha estado y está pasando en el mundo de las letras, a partir de los primeros años de la posguerra. Lo que estamos haciendo en este momento está condenado—como un año atrás— a la improvisación y al desorden. Pero, como estamos algo más viejos, trataremos de organizar temas e ideas para orientar al lector a medida que nos orientamos nosotros mismos.

El acontecimiento literario más importante de esta mal despachada decena de años que vamos a considerar, continúa siendo, guste o no guste, el existencialismo. Sartre, escritor poco brillante, dotado de un talento asombroso, se colocó lúcidamente en la posición que adoptan sin saberlo todos los hombres de letras que escriben para sí mismos y para cualquiera. Los que nacieron para escribir; los que escriben sin el propósito trivial, emocionante y ridículo, de agradar, de obtener elogios, de contribuir a causas extraliterarias. Con de liberación y un nunca escondido amor por el éxito, Sartre se propuso hacer balance, revisar las escalas de valores aparte de los prejuicios y las costumbres, llevar a primer plano la verdad de la vida y la verdad de la muerte.

Una tarea así impone—cuando no se trata de un genio, y a este genio nunca lo hemos leído— la exageración y la trampa. Como los hombres y las mujeres se niegan a verse y aceptarse a sí mismos, como ocultan empeñosa, rápida, diamantemente la parte de su verdad que antiguas imprecisiones declaran poco halagadoras, Sartre y sus abundantes, tediosos discípulos se dedicaron a exponer exclusivamente lo más abyecto—o acaso sólo lo más infeliz— de las existencias humanas en esta parte del siglo xx. El producto es tan artero e

incompleto, tan parcial y falso como la *Imitación* de Tomás de Kempis. Tan unilateral como el Cantar de los Cantares o el Eclesiastés.

Pero se trataba precisamente de eso, de decirle a la gente que es así. Y de insinuar, en derivaciones éticas que no tienen base de ninguna especie para quien haya leído —en buena traducción mexicana, claro— *El ser y la nada*, la manera en que la gente se haga mejor.

De una costilla de Sartre salió Albert Camus, y no hablamos de él exclusivamente por el premio Nobel, que no merece su obra literaria, pero sí, y con largueza, el tranquilizador bizantinismo político de su libro *El hombre en rebelión*. Hace años que Sartre tiene prometido el cuarto tomo de su novela *Los caminos de la libertad*. Como en este último tomo está obligado a dar soluciones existencialmente lógicas a la multitud de problemas planteados en los tres libros que lo anteceden, no lo escribirá nunca. Hace años, en la última página de *El ser y la nada*, prometió una «ética existencial», enunciado que es por sí solo un gracioso chiste. No lo escribirá nunca porque no puede ser escrita sin hacer una glose-ira trampa.

Camus vio todo esto y se apartó del existencialismo. El cuarto tomo lo escribiría él; la ética existencial correría por su cuenta. La separación se hizo en un principio suavemente y luego se convirtió en la famosa polémica sobre *El hombre en rebelión*, que tuvo como escenario las páginas de *Les Temps Modernes* y que demostró excesivamente lo que todos sabíamos: que el repugnante, por tantos motivos, Sartre, poseía la fuerza bruta de la inteligencia, y que Albert Camus se ajustaba sin esfuerzos a una medida menor.

Albert Camus, que había proclamado hasta en un título el absurdo de la vida, y en los textos su total falta de sentido, comenzó a descubrir la moral cristiana. Las derechas francesas aplaudieron esta estremeecedora innovación, olvidaron los sucesos del 14 de julio, toleraron por fin que el audaz escritor —y tan joven, tan tuberculoso— inventara y propagara el liberalismo. La Academia sueca acaba de mostrarse de acuerdo, a pesar de que los otros candidatos a los 40.000 dó-

lares fueran André Malraux y Alberto Moravia. Pero esto nada tiene que ver con la literatura.

La literatura, después de la explosión del existencialismo, se convirtió y sigue convirtiéndose en remedos de las novedades que trajo *La náusea* en calcos fáciles de los escándalos de los cuentos y las obras de teatro de Sartre.

Los epígonos siguen creyendo que la simple desvergonzada remoción de basura y excrementos alcanza para plantear el problema del destino del hombre y, acaso, para sugerir soluciones. No hay que olvidar a los existencialistas católicos, capaces de convertir las deyecciones en aguas para su molino. No hay que olvidar a los que describen la decadencia burguesa para ofrecer en cambio el cielo de la sociedad sin clases. No hay que olvidar a los y las Françaises Sagan, ni a los escritores norteamericanos de la escuela de los «duros», ni tampoco a los oportunistas que quieren vender en tiempos de caos la bebida chirle de la «confianza en los destinos del hombre», de los encantos de la tontería y la humildad, del panglossismo adaptado a los tiempos que corren.

Y, sobre todo, hablando de existencialismo —tema que invadió totalmente el poco espacio del que disponemos—, no hay que olvidar al único novelista contemporáneo que supo de esto con los huesos mucho antes de que Jean-Paul Sartre superara «sus años grises de profesor en provincias» para demostrar que había leído a Heidegger con asombroso provecho. No hay que olvidar a Louis Ferdinand Céline ni *El viaje al fin de la noche*.

Octubre de 1957

Ha muerto Juan José Morosoli

Los principios literarios de Morosoli datan de 1923, cuando publicó en periódicos minuanos sus primeros versos. Tres años después publicó un libro junto a otros poetas de sus padres: Valeriano Magri, José M. Cajaville, Guillermo Cuadri y Julio Casas Araujo. El libro se llamaba *Bajo la misma sombra* y todavía Morosoli no era Morosoli. Esto llegó después de 1932, con la aparición de *Hombres*. La grandeza y la debilidad de Morosoli —ya nos lo dirá él mismo— nacen de su afán de autenticidad, de darnos a los tipos en sus simples y terribles peripecias de la manera más directa y simple posible, escondiéndose el autor en el inflexible respeto al alma de sus personajes. Poco después aparecía *Los albañiles de «Los Tapes»*. Este libro continúa siendo un acontecimiento en nuestras letras, como ya se ha dicho, la obra da la sensación de algo trabajado en piedra, de cosas que han sido escritas para siempre.

Y *Los albañiles* se benefician de algo poderoso y decisivo que no se encuentra casi en la obra futura de Morosoli. Porque es un libro construido con la suma de errores de perspectiva de escenas imaginadas y desvaídas. La raíz del libro estaba en la infancia de Morosoli. Su padre, emigrado suizo que había buscado en el paisaje minuano la prolongación de las montañas de su patria, era de profesión constructor y estuvo dirigiendo las obras del cementerio de los Tapes.

Algo de lo contado en el libro lo vio el niño, otra parte se basó en los relatos no comprendidos con toda claridad; el resto lo hizo el talento de Morosoli. Su vida, desde la adolescencia muy pobre, prefiguró la parte más extensa de su obra. Obligado a trabajar, no pudo ceñirse a las comodidades y a la rutina de los empleos. Junto con algunos amigos, ensayó victorias comerciales en canteras y montes convertidos en carbón.

Luego se dedicó a resolver el más grave de los problemas de monteadores y picapedreros: las provisiones. Con un par de pesos comenzaron los trabajos y las andanzas de Morosoli. Sin haberla elegido deliberadamente, comprendió que la suya era la tarea ideal para Morosoli escritor.

Sus viajes por el departamento le permitieron conocer lo que más le importó en literatura: seres humanos y casi. Sus títulos son una declaración de fe: *Hombres*, *Hombres y mujeres*, *Muchachos*, *Vivientes*. En las pocas líneas de sus cuentos, los vivientes vienen y se van, nos dejan su miseria y su candor; a veces su amistad.

La existencia errabunda de Morosoli llegó a ser también fructífera. Hace pocas semanas nos decía que 1957 sería el último año dedicado al trabajo. El primero de enero de 1958, el miércoles próximo, comenzaría a escribir una novela pensada desde años atrás. Sería la continuación de *Muchachos* y su acción cubriría dos décadas de la vida del país.

Cuando le señalamos que había logrado una de las pruebas más evidentes del triunfo de un escritor, la de tener discípulos, nos contestó que lo lamentaba:

«Porque, a mi juicio de hoy, trazar “vivientes” es tarea relativamente fácil. Sobre todo para el cuentista del interior. Minas, la ciudad y todo el departamento, está llena de tipos, de seres vigorosamente personales, o fuertemente deformados por la vida. Para mí, es coser y cantar. Hoy creo que es necesario emprender trabajos de mayor, que exijan más fuerza de creación e inventiva. Esa es la empresa que me aguarda a partir del primero de enero de 1958».

Diciembre de 1957

Otra vez «Lolita»

Al parecer, este libro está dirigido a un grupo muy reducido de lectores. Eliminemos primero, como corresponde, a las mujeres. Luego, una seria investigación realizada por el comentarista demuestra de manera irrefutable que para la enorme mayoría de los varones una «ninfula» tiene tanto que ver con el amor como una máquina de coser, coincida o no con un paraguas. De modo que Nabokov se dirige a un público muy reducido, al único que puede de veras comprender lo que hay de trágico, subyacente, en la obra. Así, reparte apertones de manos, señas masónicas, melancolías obvias entre sus escasos hermanos de raza. Insistimos en esta saludable escasez. Dice la Beauvoir que no se nace mujer, se llega a serlo. En cambio, se nace o no «ninfulinómano». Es un error grosero confundir la «ninfulofilia» con la verde senectud.

Pero, a pesar de todo esto, puede predicirse sin temores a la *Lolita* un éxito proporcional al que ha tenido en Estados Unidos y Francia. Porque, indudablemente, Nabokov tiene talento y de aquí derivan su cinismo y su vigoroso humor. Lo malo, desde el punto de vista literario, es que el hombre se propuso escribir un *best-seller* y triunfó en la demanda. La pornografía, lo grotesco, lo barato, las fatigadas críticas sociales han sido repartidos y dosificados con habilidad en las trescientas páginas de esta edición. Habrá escándalo y muchos lectores. *Svr* compensará en parte las pérdidas que se provoca cuando edita a escritores argentinos y uruguayos.

Como ejemplo de reparos puede citarse el último capítulo. Es seguro que Mickey Spillane no se hubiera animado a firmarlo, a pesar de que estas páginas revelan la influencia de varios de sus bodrios. Como ejemplo de las más arriba mencionadas melancolías cabe recordar el párrafo que dice:

«A veces, cuando Lolita se disponía fortuitamente a cumplir con sus deberes escolares y chupaba un lápiz y se recos-

taba de lado en un sillón, con ambas piernas sobre el brazo, yo olvidaba toda mi contención pedagógica, perdonaba todas nuestras riñas, renegaba de todo mi orgullo masculino y me arrastraba literalmente de rodillas hasta tu sillón, Lolita. Tú me echabas una mirada con un gris signo de interrogación en tus ojos: «Oh, no, no empecemos de nuevo». Pues nunca te dignabas creer que yo pudiera sentir el deseo —sin intenciones específicas— de hundir mi cara en tu falda tableada, amor mío. La fragilidad de tus brazos desnudos... Cómo anhelaba envolver esos brazos, tus cuatro miembros límpidos, encantadores —un potrillo acurrucado—, y tomar tu cabeza entre mis manos indignas y estirar hacia atrás la piel de tus sienas y besar tus ojos achinados...».

Desde la solapa dice Graham Greene que se trata de «una novela genial». La exageración es demasiado visible. Pero sí puede tener razón John Hollander cuando afirma que «*Lolita* es el libro más divertido que haya leído nunca». Es cierto que *Lolita* se lee de un tirón, que interesa y divierte. Lo que en este caso conspira contra la eficacia artística del libro. Hay algo que está estropeando toda la obra. Salvo en los momentos de desesperación, Nabokov permite sospechar que no es él un ninfulómano puro. La insistencia en lo burlesco y a veces en lo sexual barato trasuntan cierta mala conciencia, cierto afán de disculparse dando a entender que la cosa no es del todo seria.

El tema existe y el autor enumera algunos antecedentes. Y el tema podía haber sido escrito con toda la desesperada furia que conviene poner —cuando se la tiene— en cualquier novela de amor. Por otra parte, para terminar a tono con la obra, conviene advertir a los raros aquejados de «ninfulofilia» que el libro contiene una gigantesca estafa: Lola, Dolores, Dolly, Lolita aparece en las primeras páginas a los doce años de edad. Pero cuando se cierra el libro es ya una repugnante aunque respetable anciana de quince. Y con el agregado horror de encontrarse en los últimos meses de un embarazo.

Mayo de 1959

Para Destouches, para Céline

En un tiempo –y buenos tiempos eran aquellos– tuvimos un amigo, el mejor recordable, con el que tropezamos sin método aquí y en Baires. Era pobre, casi de profesión, casi mesteroso. Tal vez exagerara: no usaba camisa, prefería las alpargatas. Estaba, exigencias de la edad, descubriendo el mundo. Se encontró, entre otras cosas, con *Viaje al fin de la noche*, novela de un tal doctor Destouches, médico de barrio en París, que prefería firmarse Louis Ferdinand Céline. Aquel perdido –tal vez no para siempre– amigo, al que llamaremos Robinson por comodidad, se excitaba en veladas caseras o de boliche y llegaba a recitar, más o menos, con frases que sólo adolecían de la improbabilidad de estar demasiado bien construidas:

–Fue en vísperas de la guerra, de la segunda, que logramos atrapar este libro. O él estaba destinado a atraparme a mí. *Viaje* era feroz y fue escrito para mostrarme y confundir la ferocidad del mundo. Puede ser que se trate de una gran mentira, armada con talento. La gente no es egoísta ni miserable, no envejece, no se muere de golpe ni aullando, no engendra hijos que padezcan lo mismo. Los objetos, los amores, los días, los simples entusiasmos, no están destinados a la mugre y la carcoma. Céline miente, entonces; vivió en el paraíso y fue incapaz de comprenderlo. Pero existe algo llamado literatura, un oficio, una manía, un arte. Y *Viaje* es, en este terreno, una de las mejores cosas hechas en este siglo.

Aquel Robinson le sacó horas al trabajo, al sueño, a la comida y al amor. Tradujo *Viaje* y recorrió editoriales ofreciendo gratuitamente lo que él creía una admirable versión del argot al semi lunfardo.

Siempre le dijeron que no. El libro, el resultado, era impugnable por razones de moral. A pesar de que los porte-

ños no contaban aún con un criterio siquiera comparable al fiscal De la Riestra. Del que gozan hoy con toda justicia.

Acaso la traducción de Robinson fuera mala, simplemente, y las excusas de los editores no pasaran de eso. Robinson terminó por resignarse y es posible que hoy se dedique a escribir novelitas inspiradas en Céline. A fin de cuentas se encuentra bien acompañado. Algo semejante ocurrió con Jean-Paul Sartre (lo confiesa) y con sus epígonos de la literatura o charla existencial. Se les ve *Viaje* a través de la ropa, a través de los simulacros de violencia y cinismo.

Como el Buen Dios cree que los zapateros deben dedicarse a los zapatos, nos ha prohibido y preservado de la crítica literaria. Se trata, pues, de divagar un poco con motivo de la segunda –tercera– edición en español que conocemos de *Viaje al fin de la noche*. Acaba de publicarla la Fabril Editora y la firma Armando Bazán. Es indudable que Bazán conoce más francés y español que el pobre Robinson. Pero prefirió –¿por qué?– olvidarse, apartar, amansar, adecentar, licuar a Louis Ferdinand Céline. Cualquier burgués progresista, cualquier buen padre de familia –de los que tienen amplitud de criterio, claro– puede comprar este Céline-Bazán, leerlo y darle permiso a su señora esposa para que lo haga. Pero el pobrecito Robinson ha de estar calculando cuánto tiene que ver el sucio perro rabioso llamado Destouches con este bien criado pomerania que ya ha comenzado a agotarse. En las librerías, claro.

¿Por qué –otra vez– *Viaje* fue traducido a un correcto español (habíamos escrito gallego pero nos convencieron de que más vale no) en lugar de preferir el rioplatense, en lugar de preferir la grosería y el desaliño de un Roberto Arlt, por ejemplo? Y, se comprende, no estamos hablando de realismo sino de la verdad, cosa por entero distinta.

El cada vez más humilde Robinson objetaría –no tiene talento pero sí memoria– que el miserable doctor Destouches rehizo nocturnamente su obra una exacta docena de veces antes de jugar a la lotería de enviarla a los editores.

Han pasado muchos años desde la primera edición de *Viaje*. Parece absurdo comentar o decir la novela. Y el único mo-

tivo de estas líneas es que Ángel Rama nos pidió una ayuda para las páginas literarias de *Marcha* y se la estamos dando con analfabetismo y buena voluntad.

Ya se ha dicho que esto no pasa de una nota periodística. Como se trata de distraer al lector, agregaremos algunas precisiones o leyendas. Tanto da.

—Cuando el doctor Destouches —que deseaba y logró romperle el espinazo a la sintaxis francesa— se sintió satisfecho o harto de su docena de versiones, repartió por correo varias copias entre las editoriales. Esto ya se dijo. Pero el médico olvidó agregar nombre y dirección. El único editor que comprendió su grandeza sólo pudo ubicarlo gracias a que entre las hojas del mamotreto se había deslizado una cuenta de lavandera.

—Céline, hombre de un solo libro, a pesar del resto, hombre de un solo tema (Destouches), escribió varias tonterías. Entre ellas, un pésimo panfleto antisemita (inexplicablemente editado por Sur) que lo obligó a disparar de Francia cuando la caída del nazismo. Consiguió asilo en casa de un administrador (Copenhague). Pero impuso una condición: viviría en la casilla del perro. Sus biógrafos no dicen una sola palabra respecto al desalojado.

—El mencionado panfleto había despertado la simpatía de Otto Abetz, embajador de Alemania en Francia. Y al defenderse de la acusación de nazismo, Céline se presentó al tribunal de depuración diciendo por escrito y con escándalo: «¿Yo antisemita? Abetz me ofreció encargarme del "problema judío" en Francia y no acepté. Si hubiera dicho que sí, a esta hora no quedaría un solo judío vivo en Francia».

Y algo para terminar. En *Viaje* Céline eligió la ferocidad, la mugre y el regusto por la bazofia con singular entusiasmo. Sin embargo un artista se parece a una mujer porque tarde o temprano acaba por aceptar fisuras y confesarse. En este caso hablamos del amor y la ternura. Hay que copiar la despedida entre Ferdinand y Molly, la prostituta que lo mantenía en los Estados:

Ya vas a encontrarte lejos, Ferdinand. Ya estás haciendo, ¿no es cierto amigo mío?, lo que más te gusta. Y esto es, en realidad, lo más importante... Esto es lo único que cuenta en este mundo...

El tren entraba en la estación. Yo no me sentí muy contento con mi nueva aventura cuando vi la locomotora. Molly estaba allí, mirándome. Yo la besé con todo el valor que aún me quedaba en el esqueleto. Tenía pena, pena verdadera, por una sola vez, por todo el mundo, por mí, por ella, por todos los hombres.

Y esto es quizá lo que se busca a través de la vida; nada más que esto: el más grande sufrimiento posible a fin de llegar a ser uno mismo antes de morir.

Muchos años han transcurrido ya desde el día de aquel viaje años y años... Yo he escrito frecuentemente a Detroit y también a otros sitios, a todas las direcciones que yo podía recordar, a todos los lugares donde podían conocerla, o darme razón de ella. Nunca recibía la anhelada respuesta.

En la actualidad aquella casa está clausurada. Es todo lo que yo he podido saber. ¡Nobilísima, encantadora Molly! Yo quiero que si ella puede leer alguna vez esto que escribo en un lugar cualquiera, desconocido para mí, sepa con toda evidencia que yo no he cambiado para ella; que la amo todavía y para siempre, a mi manera; que ella puede venir hacia mí cuando quiera a participar de mi techo y de mi furtivo destino. Si ella no es ya bonita, como era, pues bien: eso no tiene la menor importancia. Ya nos arreglaremos. Yo he podido guardar tanta belleza de ella en mí mismo, tan vívida, tan cálida, que tengo bastante para los dos y por lo menos para veinte años aún; el tiempo de acabar para siempre...

Tuve que estar del todo loco y poseído de una inmundia frialdad, ciertamente, para haber podido abandonarla. Sin embargo, he defendido mi alma hasta el presente, y si la muerte viniera a tomarme mañana mismo, yo no estaré, lo afirmo con toda seguridad, ni tan frío, ni tan horrible, ni tan pesado como los otros: tanta dulzura y tanta sustancia de sueño puso Molly en mí ser durante aquellos contados meses de mi estada en América.

Y, finalmente, para tranquilidad del lector, la frase que cierra el libro luego de la muerte de Robinson, luego de tan prodigiosa acumulación de excrementos y retenidas lágrimas:

Un remolcador silbó a lo lejos: su llamamiento atravesó el puente, la esclusa, un trecho más y el otro puente, lejos, más lejos. Llamaba a todas las barcas del río, llamaba a la ciudad entera, al cielo y al campo, nos llamaba a nosotros también, a todo lo que el Sena conducía, a todo... Y que no se diga más.

Pero estábamos mintiendo. Falta una sola cosa, una adivinanza cuyo premio sólo puede encontrar en sí mismo el lector de *Viaje al fin de la noche*: ¿por qué el doctor Destouches eligió llamarse Louis Ferdinand Céline?

Diciembre de 1961

Y pensar que hace diez años...

(Carlos Gardel, *Opera omnia*, libro V, vers. 68)

Como ya fue dicho, y no por nosotros, un congénito amor hacia los seres de alma todavía no ensuciada determina que un alto porcentaje de nuestras amistades de verdad esté compuesto por adolescentes y jóvenes. Si analizamos sus preferencias comprobamos, con senil tristeza, que el resucitado amor por Carlos Gardel no pasa de *boom*.

Emir Rodríguez Monegal inventó, según detractores, que existía, ahora mismo, un *boom* de la literatura latinoamericana. Los yanquis se acabaron, los europeos se autostatiscen con juegos intelectuales. Entonces, nosotros, los grasientos o metecos —según de dónde se mire y opine—, estamos condenados a ocupar el territorio de la literatura mundial. Con límites occidentales, es claro.

Pero mi amigo Keynes es bastante escéptico. Cree que un *boom* es *boom* porque comienza y termina dentro de términos más breves que los que puede abarcar, promediadamente, una existencia humana. (Para aquellos que no entiendan de moneda y altas finanzas, diremos que un *boom* es una aventura. Y como agrega otro, nuestro amigo apellidado Simmel, una aventura prolongada en exceso deja de ser aventura y se convierte en el inexorable aburrimiento cotidiano. Dicen Ellos.)

Hace una década las cosas eran otras. Ahora, la verdad es que nuestros jóvenes amigos prefieren mayoritariamente los Beatles, Roberto Carlos, Palito Ortega, el Pata Para y la música aleatoria. También se agrega, en proporción menor, algo que se autobautiliza folklore y que contiene, dentro de los límites marcados por la ley, protesta social y envites revolucionarios.

Sin embargo, la voz de Carlos Gardel continúa logrando admiradores entre varios de nuestros nietos y sus coetáneos.

Pero, juramos, son pocos y van escaseando. El egoísmo adecuado a las edades maduras, decadentes y tan inoportunos de recuerdos, ha realizado casi lo imposible para que Gardel siga viviendo y actúe. Le dimos su nombre a una calle, pusimos en los rieles un tranvía número 36, libre de grupos de presión, sin problemas de laudos.

Lo renombramos ingenio admirable, el bronce que sonrió, el morocho del Abasto, mago y mudo; reiteramos con saña luctuosa catástrofe de Medellín, lo hicimos bisabuelo de Leguisamo, le pusimos en la boca frases definitivas que nunca cantó.

Pero tal vez no todo esté perdido, acaso Carlos Gardel vuelve a nosotros, si no en el tercer día, en el cuarto o el centésimo. Hace poco oímos gritar a jovencitos muy apresurados: «¡Aracalacana!» o palabras confundibles. Y como decía alguien cuya devoción gardeliana queda indudable: «¿Y quién le dice? A lo mejor, en una de esas...».

Ahora, para culminar, un edil amigo propuso que el día —la noche, mejor— de San Juan se llamara San Gardel. Pero la moción fue rechazada gracias a la infatigable tarea de los pedecé —allá ellos, si les gusta— y porque fue considerada atentatoria al respeto debido a la Iglesia Católica, Apostólica y Romana. Temiose también que encendido de fe apareciera algún sacerdote, X, Y, o Z, con vihuela y un bien fiscalizado trío de guitarreros fantasmas. Temiose que pretendiera, pobre inocente, imitar la voz inmortal cantando *Cambalache*, lo que hubiera constituido pecado artístico mortal.

Pero, no obstante, Gardel se nos está muriendo. Apenas quedamos nosotros y Loriente, apenas un grupo de carcamales para comentar en la oficina que anoche —radio por medio— cantó sólo regular o cantó mejor que nunca.

Apenas otro grupo adolescente, raro, snob o marciano que procura encontrar en un disco las palabras justas para una pena infinita y pasajera, que está seguro de hallar la voz perfecta para traducir y reavivarse el dolor.

Porque la juventud es impredecible. Ya sabemos de un muchachito que, influido por la anunciada visita del ballet caucasiense, compró una balalaika e intenta entonar *El pequeño*

Serbal, gran éxito de Sacha Yegulev cuando vino y grabó en *tape* para Canal 5.

Además, otra vez, estamos nosotros, los adheridos a la logia secreta, los que nos reconocemos sin necesidad de palabras o signos, los desdeniables.

Los cultores arrinconados y secretos manejamos discos y diales, canturreamos, junio 24, «poco a poco todo ha ido de cabeza p' al empeño...».

Junio de 1962

Raúl Artagaveytía

Así que pasen noventa años y algunas cosas queridas se hagan inalcanzables, comprenderemos mejor a Raúl Artagaveytía. Muerto hace una semana en la paz del Señor.

Tal vez no tuviera excesiva necesidad de la muerte; pero sí de la paz. En cuanto al Señor, nada sabemos.

Somos sus amigos, y en consecuencia, no podemos mentir ni mentirle.

Hemos conocido muy escasas personas tan originales, tan extrañas, como este Artagaveytía, cuyo rostro continuamos viendo, por primera vez plácido, beato, en la blancura de la muerte.

Ni su talento indiscutible ni su ambición lograron concretar nunca lo que, profunda y misteriosamente, buscaban.

Las siempre repugnantes ineeficaces necrológicas, imponen barajar lugares comunes. Pero esta vez no lo haremos.

Raúl Artagaveytía era contradictorio, y con frecuencia, incomprendible.

Tal vez sea frustración el adjetivo que mejor le venga. Y no busquemos las causas. Por lo menos obtuvo algo que muchas veces pidió: pasar del sueño a la muerte sin un parpadeo, sin enterarse.

Terminemos como lo merece la gente. Había dedicado la zona más importante de su inteligencia, su trabajo y su sensibilidad a la música.

Es indudable, pues, que al llegar los aludidos noventa años, tengamos la suerte de leer en algún diccionario godo: «Artagaveytía, R. Crítico musical paraguayo».

Y la definición inapelable le hará tanta gracia a él como a mí. Con amore: *Juan Carlos Onetti*.

Julio de 1962

Réquiem por Faulkner, padre y maestro mágico

Nunca jugó en el glorioso Wanderers aunque estamos seguros de que habría amado ese nombre. Tal vez culpa de los dirigentes, acaso de los seleccionadores.

Nunca se preocupó del problema de Laos ni, siquiera, de las próximas elecciones uruguayas.

No nos dejó opinión sobre la generación del 45. No hizo testamento acerca de la influencia decisiva de la 45 respecto del futuro de la literatura mundial. El autor de estas líneas se lava cortésmente las manos afirmando que está fuera del asunto, que pertenece a la generación del 44 y desde allí mira, se divierte y, es inevitable, padece.

Se llama, el olvidado, William Faulkner. No se volcaron los ómnibus en las calles, el Superior Gobierno no decretó ni un par de días de duelo, las campanas no repicaron con mansedumbre y tristeza. Ni siquiera nos acordamos del plan de buena voluntad.

El difunto sigue llamándose William Faulkner y ése será su nombre hasta que explote la primera bomba nuclear. Nadie, nada después, como es fácil de comprender.

En este momento exacto estará endurecido, vestido de frac, adornado con medallas que alguna pobre gente, que nada podía saber de él, que morirá ignorando el sentido de su olor, le impuso en el pecho y en la solapa izquierda.

Pero esta humillación—incluyendo la definitiva humillación de morir, también él—pierde importancia cuando pensamos en lo que vendrá.

En el torrente—ordenado y sabio en apariencia—firmado por críticos de prestigio mundial que derramarán lágrimas o correcciones encima del pobre tipo que murió a los 64 años en un granero del sur de USA burlándose de una página virgen, con un vaso de whisky bourbon junto al codo.

Nuestros diarios están, felizmente, dirigidos por intelectuales de talento indiscutible y probado. ¿Les costaría mucho manejar una regla centimetrada y establecer cuánto espacio dedicaron a la muerte, al estudio de un genio, y cuánto al *match* de Peñarol y Nacional?

Si algún rector de la opinión pública se encuentra atareado o perezoso, bastará con que nos haga una señal. Tendrá de inmediato las cifras correspondientes al 6 de julio, hoy, noche en que escribimos.

Pero, sucede, hace algunos años tradujimos para nuestros amigos de *Acción* varios fragmentos de un reportaje hecho a William Faulkner por *El Europeo*. *Acción* lo reproduce hoy, 6 de julio, calificándolo erróneamente de «póstumo». En aquel tiempo nos limitamos a dar, en un modesto espacio, lo que menos podía molestar, herir.

Pero en este 6 de julio de 1962 se nos ocurre que nuestro amor por ese finado flaco y tieso merece decir nuestra pobre verdad frente al reportaje completo de *El Europeo* que produce *Acción*.

Comencemos por afirmar nuestra total solidaridad con las citas elegidas. (Por nosotros, claro.) Pero, con muchos años vividos en el periodismo y de él, nos vemos obligados a confesar de inmediato que el difunto de turno, William Faulkner, no actuó en Maracaná ni tuvo nada que ver con ninguna de nuestras generaciones literarias. Por algo impersonal lo reiteramos. La lealtad con el lector es el primer deber del escriba.

¡Ah! El muerto ya hediendo, nunca dijo que sí ni que no. Era, literariamente, uno de los más grandes artistas del siglo. Alguien que no domina el inglés y, mucho menos, el español, profetiza que antes de medio siglo todo el mundo culto, bien educado, bien alimentado, estará de acuerdo con una simple perogrullada: la riqueza, el dominio del inglés de William Faulkner equivalen a lo que buscó y obruvo William Shakespeare. Oiremos de buena voluntad a G.B. Shaw, si se le ocurre terciar en el asunto.

Pero ya hablamos de periodismo y de lectores, ya que estamos perdidos y, en algún plano, ustedes también.

Hace algunos años Malcolm Cowley, uno de los críticos literarios más inteligentes y amenos de USA, reportó a otro difunto que merecía —y lograba— mayor difusión e interés que el muerto del 6 de julio. Se llamaba Hemingway, había cazado elefantes, osos y leones, se había casado varias veces, inventó el martini Montgomery —quince contra uno— y también una extraordinaria novela, *Adiós a las armas*.

Cowley preparó el terreno y dijo finalmente: «¿Cuál es el novelista norteamericano más importante de nuestra época?». Hemingway rió unos segundos y mezcló el contenido de las cantimploras que cargaba en el cinturón.

—No puede discutirse, no puede preguntarse. Lejos, muy adelante de todos nosotros, está Faulkner. Yo dejaría gusto—so de escribir si me dieran, en cambio, la tarea de administrarlo, de decirle basta y ser obedecido. Porque Faulkner no es perfecto, precisamente por eso. Por continuar trabajando cuando está cansado y borracho, cuando el mundo ha desaparecido y ya no puede saberse si la noche se mantiene protectora (para él) o la mañana llegó para todos los hombres, para el trabajo inquirido, para las preocupaciones no buscadas. Pero si yo pudiera dirigirlo...

Hemingway no tenía aún el premio Nobel. Eramos escribiendo de memoria, sin originales para copiar o traducir. Tal vez por eso, y sin querer, estamos mejorando su estilo.

Las anécdotas son muchas, tontas —en su mayor parte—, como corresponde esperar de un hombre tímido, iluminado alternativamente por la gloria al estilo yanqui y olvidado en la sombra, la soledad auténtica y dichosa.

Muchas de ellas deben haber sido reproducidas en estos días. Conviene recordar que cuando le dieron el Nobel en el 50 sus libros estaban agotados en USA desde siete años antes. No había editores ni público que permitieran arriesgarse a nuevas ediciones.

Aunque recientemente reproducido entre nosotros, el casi póstumo reportaje de *El Europeo* permite algunas prolongaciones de este réquiem.

En primer lugar, define a lo que entendemos como un artista: un hombre capaz de soportar que la gente —y, para la

definición—, cuanto más próxima mejor, se vaya al infierno, siempre que el olor a carne quemada no le impida continuar realizando su obra. Y un hombre que, en el fondo, en la última profundidad, no dé importancia a su obra.

Porque sabe, no puede olvidar —y ésta es su condena y su diferencia— que todo terminará como en este 6 de julio que comentamos; o en cualquier otra fecha que alguien se moleste en elegir por nosotros. Gracias.

Julio de 1962

William Faulkner

Estuvo toda su vida inmerso como nadie en la literatura, aún desde los años en que ni siquiera soñaba escribir.

Pero el Buen Dios quiso preservarlo de uno de los aspectos más desagradables que puede ofrecer la personalidad de un hombre: nunca fue un intelectual, nunca se preocupó de la política de las letras.

Obtenía en la noche y la soledad, sólo para sí mismo, sus triunfos y sus fracasos. Sabía que lo que llamamos éxito no pasa de una vanidad amañada: amigos, críticos, editores, modas.

Su amor —casi incomparable en el siglo— por abandonarse a sí mismo, a su frecuente caos, a sus frases de cientos de palabras, reflejaba dos cosas de valor indudable y equivalente: respeto por la vida, por los seres que la pueblan y la hacen.

Y, en estos tiempos de «rodeos», parece prudente un recuerdo. Descendiendo del reciente difunto inmortal a este humilde necrólogo a pedido, reiteraremos que no fue hombre de academias, de discursos patéticos, de asociaciones literarias. Y, si se le hubiera permitido escribir sobre su muerte, no habría aportado ni una gota a los chaparrones de cursilería que julio promete sobre el tema y cumplirá, sin duda alguna. Rodeándonos, claro, presumimos.

Julio de 1962

Divagaciones para un secretario

Un viejo decir inglés, construido por siglos de experiencia, aconseja no despertar perros dormidos. Usted lo hizo y debe cargar con las consecuencias. Todo el resto de esta carta, si la publica, caerá, como plomo que es, sobre sus hombros. En caso contrario nos dirigiremos según es costumbre, a *La Prensa de Molles de Porrúa* o a *La Nación de los Adventistas del Séptimo Día*.

Los quince años son de *Acción* y no nuestros. No vivimos esa redacción durante la totalidad del tiempo que hoy se conmemora; un par de años apenas.

El gran defecto de ese diario se llama vespertino. Porque nos obligaba a reptar de mañana, imbecilizados por el sueño o el insomnio, subir en el ascensor que sacudía San Vito, gritar el saludo, pedir café, pelear por la insegura posesión de una máquina de escribir, mirar el río desde los ventanales, leer los diarios, más felices, que se llamaban matutinos.

Puesta de lado toda circunstancia personal, pasadas las diez empezábamos a sentirnos felices y nos creíamos despiertos. Porque hacíamos lo que nos gustaba hacer, porque todos eran cordiales, amigos, irónicos y entusiastas. Porque en este melancólico divagar sin nomenclatura conocimos a alguien cuyas delicadeza y respeto se hicieron inolvidables y crecen en el recuerdo, se magnifican en el tiempo, en la incommovible amistad. Delicadeza y respeto que no nacían del ejercicio de la diplomacia política sino de fuentes más hondas y antiguas.

Desprovistos de interés, de propósitos, de ambiciones pequeñas o grandes, tratemos de cumplir con las ambigüas, confusas instrucciones telefónicas que hemos recibido.

Sin archivo, fichero, memoria, cultura, la tarea es difícil y no puede satisfacer su hipotético destino. Y si *Acción* vivió o sobrevivió quince años, desde el 48, a nosotros —lo comparamos con asombro— nos ocurrió lo mismo.

¿Qué pasó en el vasto mundo literario? No disponemos de fechas que enmarquen ciclos, no podemos ofrecer guías para lectores. Recluidos en la torpeza de la memoria y en la caprichosa amistad del recuerdo, hablaremos un muy poco de algunas cosas que nos parecieron importantes. Después, de las cosas que importan en Montevideo o en la Rodelú. Hoy y aquí; dicho sea para acuñar frases ingeniosas, novísimas, no gastadas.

El vasto mundo y guía para lectores. Pero nuestro mundo se limita a las traducciones, españolas, uruguayas y argentinas, de lo que fue publicado en quince años en una zona geográfica pequeña —comprendo— que se llama Europa y Estados Unidos de Norteamérica.

Nada sabemos del resto inmenso. Y es grotescamente eso lo que nos llega de la otra América, la del Sur y nuestra. Esta confesión de ignorancia nos liga al supuesto lector de estas líneas y nos permite guitarrear en paz, sin escrúpulos, sin respeto a la erudición, a los profesores sapientes.

Los muertos primero. Pero no se trata de un naufragio. Olvidar a un viviente no tiene importancia; pero sería doloroso que nos reprocharan amnesias, omisiones, indiferencias cuando se trata de voces enmudecidas en estos quince años. Pensemos con prisa en las defunciones registradas por *Acción* en los tres quinquenios y podemos decir, preguntas y respuestas, algunos hombre famosos en el mundo. Faulkner, Hemingway, Céline, Juan Ramón Jiménez, Baroja, Dylan Thomas, Camus. Basta, no es aconsejable provocar a los dioses. Mientras escribimos nos aproximamos otro recién nacido a la muerte: Jean Cocteau. Sabemos que la enumeración es macabramente incompleta. Y que hay algún nombre uruguayo que nos exige, desde hace años, artículo aparte; que nos acumula o agrega remordimientos.

Pero esta clase de muertos tiene el defecto o la consoladora virtud de no ser del todo convincente. Continuamos hablando con ellos, tenemos sus libros en bibliotecas propias o ajenas. Todos los hombres son mortales: millones y millones adquirieron el hábito imperdonable de enfermar y morir. Lo legaron como una curiosa herencia a otros millones de personas.

Sin embargo, éstos, los que dejaron libros, no han desapreciado del todo. Continúan a nuestro lado, discuten e insisten, engendran hijos de papel y tinta mucho más reales, con frecuencia, que la gente que debemos oír meditar y padecer.

Si alguien soportó la lectura hasta este nuevo punto y aparte no necesita que le confesemos, contritos, nuestra ignorancia. No somos críticos literarios, no hemos asimilado la necesidad cultura, desconocemos las astucias del juego. Hemos leído lo que nos gustó leer, desprecupados de que los libros figuraran o no en los programas de enseñanza o en las sucesivas modas a que los frívolos y los tan diversamente comprometidos fingen, declaran apasionantes.

Prevemos insistir y reiterar. Literalmente sólo tenemos compromisos con nosotros mismos: y curiosamente, tampoco somos nefelibatas, palabra que empieza a circular, con olvido de que Darío fue el único autorizado para acariciarla y escribirla.

Creemos que la literatura es un arte. Cosa sagrada en consecuencia; jamás un medio sino un fin. Nos manfichamos, nos manfutamos, al revisar las numerosas tentativas de convertir una obra de arte en instrumento de cualquier cosa.

La iglesia, las posiciones políticas o sociales, las fugaces escuelas literarias, son —es indudable— refugios convenientes y apropiados para tantos que probaron, se creyeron, en el remoto tiempo de la adolescencia. Es justo que los tullidos usen muletas o cochecitos de tres ruedas.

Los demás, cada día más escasos aquí y en el resto del mundo, continuarán haciendo sus libros para sí mismos, para su sentido, experiencia y premonición de la vida.

Knut Hamsun murió en olor de nazismo; su obra seguirá viva. Pasternak tuvo destino semejante en la Unión Soviética y puede predecirse lo mismo del futuro de sus poemas. ¿Quién puede hoy preocuparse por las ideas políticas de Balzac o de Goethe? Moraleja: lo que natura no da el partido no presta.

Pero, señor secretario, hay que volver a los quince años, al aniversario. Y se acaba el espacio que nos tienen prometido. Queda, fuera del ciclo, la literatura norteamericana entre dos guerras, lo mejor y más interesante, rico y sugerente que

hemos conocido. Su decadencia balbuceante a partir del final, de Hiroshima y Nagasaki. Queda y aún respira el existencialismo francés o afrancesado. Pervive la tontería del neobjetivismo, también francés, que aburre o divierte. Quedan, claro, en estas playas, imitadores y deslumbrados.

Queda el realismo italiano con su gran artesano —Moravia— y con un artista genial no del todo comprendido: Pavese.

¿Y a nosotros, qué nos queda? Hecho el defectuoso balance de los quince años pasados o perdidos, la respuesta honrada y candorosa se resume y fortifica en una sola palabra envejecida: nada. Nada que nos lleve fuera de fronteras; mucho en los últimos años, muchas promesas a las que debemos abrir crédito.

Tan envejecida, la pobre, como los nombres que se reiteran, monótonos o decadentes, desde hace quince años y más, en el Uruguay y Argentina. No es necesario decir que en eso estamos mezclados.

Pero tal vez convenga dar explicaciones. Esta charla excelsiva, se siente desde la mano que escribe, puede recordar un epitafio, una sentida necrológica. Pero no es ésta la verdad, la intención, el propósito.

Algún numerado mandamiento ordena no mentir. En este caso, más concretamente, no trabajar como vendedores de ilusiones, de adormideras, de *best-sellers*, de homenajes, con ferencias, mesas redondas, largos elogios amicales.

Trabajar, se postula, en algo incomparable que no llega nunca a ser de veras un trabajo; que no tiene su olor ni su fatiga, que no impulsa a mirar el reloj, que no permite añorarse, cosas, aconteceres que estamos perdiendo.

Usted —a quien no conozco— tiene la dicha de elegir. Puede optar por un escritorio, por la cama, por un alto mueble de tenedor de libros. Sentado horizontal o de pie, sólo Dios puede impedirle el acto inefable de escribir a solas, para usted mismo, con total prescindencia de la feria en la plaza, de resultados y lastimosos triunfos.

Es lo que acabamos de hacer; y nadie pudo ni quiso impedirlo.

Mrs. Marilyn Monroe de Sábata

Como comprenderá cualquier lector con paciencia, no pretendemos, y Dios con mayúscula nos lo impida, invadir territorios ajenos. El balance arroja el triste resultado de un deficiente con regular en todo tema, en toda empresa que intentemos.

La ignorancia, años atrás, estaba parcialmente compensada por la simpatía y la buena fe. Algo entendíamos, algo podíamos transmitir, quedaba; nos permitían discutir.

Pero ya fue dicho por otro que los años pasaron y pronto se fueron.

Al parecer, la sabiduría, el amor y el respeto sobran. Si usted coloca una tela en el piso, se trepa a una escalera y emplea el secreto que nos fue revelado por Perello, tal vez resulte un buen pintor tachista. Dependerá de su sensibilidad y de la mezcla adecuada de la receta.

Si usted se resuelve a contar una historia cualquiera —mucho mejor si es triangular— y mantiene férrea la voluntad de no dar opiniones e impedir que las den, piensen, tengan los personajes elegidos, puede escribir una novela —corregimos: libro— inscripta en el neoobjetivismo.

Respecto a la música, la noche de San Juan está demasiado próxima y es de consejo callarse y esperar.

Todo esto, que acaso nos resulte útil en el futuro, va como prólogo a lo que vimos en la exposición de Hermenegildo Sábata, poseedor de varias patentes respetables para comparecer ante las autoridades legalmente constituidas que está, fue siempre, un poquito más excitado que los nobles purasangres que corren en el Derby.

Pero, simultáneamente, la veintena de retratos desaparecidos que nos muestra están o estaban exhibiendo con su ya vieja, proverbial grosería, que Sábata tiene talento y que ha sido elegido por el destino para terminar en el Museo Nacional de

Bellas Artes. Tendremos un clásico más para colmar la dicha de una o dos parejas que escalan diariamente en el Parque Rodó.

Pero Sábata... ¿Se hará buenito y respetuoso para coronarse con nuestros flacos laureles académicos? ¿Continuará —como deseamos y prevemos— aislado y furioso?

Hay muchas preguntas. Una, al pasar, refiere a los prominentes compradores de retratos que cobran por semana lo que el artista gana en un mes de trabajo verdadero, escrupuloso, con responsabilidades que no pueden transferirse, solitario, sin voluntad para hacer demagogía.

Ya confesamos la placentera consciencia de nuestro analfabetismo. No hablaremos, pues, de cuadros de una exposición. Otros lo harán para contribuir a que las horas transcurran con mayor alegría.

Sólo queremos aconsejarle a Sábata que se muera de hambre, rodeado por el apetito y afecto de sus deudos, antes de vender el retrato de Marilyn Monroe.

Que tenga, también él, paciencia y ensaye el mate, el café, el monótono mascar de hojas de coca. Dicen que todo eso ayuda.

Pero esa cara inefable, esa cabeza que logra la ubicuidad de un cabaret, un encuentro de amor, un fracaso resuelto con pastillas, una ignorada expectativa en el mármol de la morgue, llegará a valer muchos dólares. Pronóstico.

Esa cabeza, ese gesto de mujer usada de mala manera, se escapa del marco, del casual Sábata, invade el salón. Y, como de costumbre, nadie tiene la culpa. La retratada era neurótica, más simple y triste, infeliz. El autor es un joven pintor patriota que promete. Y así termina, por ahora, la historia.

Tiene de malo, moraleja, que Marilyn continúe empeñosamente muerta y que Sábata moleste a los colegas por el inquirido defecto de ser distinto.

Dijimos que el retrato pluvial de Marilyn Monroe invadía —aquella tarde— el salón de la G.E. Pero las exposiciones tienen término y el autor, si no malvende antes el cuadro, terminará llevándose a casa. Admitiendo que Sábata tenga casa, ¿dónde colocará la expresión lacerante de Marilyn Monroe,

dónde podrá hacerla caber y sofiernar su inevitable, fantástico crecimiento?

Aconsejamos anular la tela con un paño mortuorio y olvidarla. Esperar que Miller se entere, la pague y se la lleve. Pero desconfiamos de esa raza, la de los intelectuales, esparcida desde siempre por el vasto mundo. Carecen, cuando saben pensar y escribir, de toda ternura retrospectiva. Nos merece más esperanza Joe di Maggio; es el enemigo.

Y, finalmente, la copiosa erudición. Bernard Shaw dijo que el premio Nobel era un salvavidas que se arrojaba a los naufragos luego de haber alcanzado la orilla. Connolly defendió su idea de que los gobiernos entregaran algunos miles de pesos a los artistas con talento para que vivieran a gusto y pagaran la inversión produciendo una obra maestra. O algo semejante.

En todo caso, como algunos nacemos asmáticos, tuertos o cansados, Hermenegildo Sábat nació para pintor. Casi, casi exclusivamente para eso. ¿Y entonces qué?

Cuando aparece un pintor como Sábat, y suponiendo que tuviéramos gobierno, ¿por qué no gastar dinero en él? Todas las inversiones son riesgosas, claro. Pero si se piensa con calma, el riesgo mayor lo corre el artista.

Si el supuesto lector no conoce a Sábat, le aconsejamos que intente acercársele. Es casi seguro que el visitante recogerá de la eventual experiencia mucho menos que lo conseguido por nosotros durante años de amistad. Y es seguro que el pintor cosechará una crisis nerviosa o un verduoso ataque hepático.

Pero esto no debe amargar ninguna conciencia ni detener ningún impulso; porque Sábat, en definitiva, descubrirá en la bilis expulsada tonalidades adecuadas para el cuadro en marcha o para el que estaba a punto de imaginar.

Ya se habló en demasía de que el autor y el odio se mezclan, se confunden y se necesitan. Ambos sentimientos, en Sábat—o, si ustedes prefieren, en los retratos de esta exposición—, no llegan, y nunca, a fusionarse. Hay casos en que odio y amor han sido trabajados con deleite y larga, sincera paciencia.

Como es de costumbre y cómodo se puede hablar del famoso inconveniente que delata o de la confesión no buscada

por el artista. Pero el diablo sabe por diablo. En todos los retratos son visibles y deliberadas proporciones de atracción y rechazo.

Acaso Sábat necesite y aguarde un modelo totalmente puro, un Lucifer o un San Francisco. Entretanto, qué podemos hacer, la gente es así, como él la ve y como él la pinta.

Julio de 1964

Para Luis Batlle Berres

Muy pocas veces conversamos. Seguimos creyendo en él y nuestra amistad; suponemos que Luis Batlle Berres lo intuía. Personalmente, suprimidas las posibilidades de futuro, esta suposición nos basta.

Estuvimos siempre a cubierto de toda clase de conflicto. Luis Batlle Berres era un hombre político; nosotros escribimos novelas, cuentos, comentarios, decretamos expedientes. Presentimos el torrente oratorio, las sentidas necrológicas. Escuchamos el susurro de los nobles compañeros de causa que buscan repartirse la herencia política de Luis Batlle Berres. Les deseamos un acuerdo armonioso y que les vaya bien.

Pero, paréntesis, les rogaríamos a los meritorios aspirantes que abrieran una mano al estilo del retrato del Greco exactamente encima del lugar donde se supone que hay un corazón. Y, hecho lo pedido, solicitaríamos unos minutos de meditación sobre el viejo *that is the question*: ¿Quién, qué sería yo si Luis Batlle Berres no hubiera nacido? Termina el paréntesis. No se aguardan respuestas.

Y, ahora, sólo sentimos tristeza y rabia. Que, bien visto, es el destino y la condena del hombre en la tierra. Pero se trata de un tema malgastado y malentendido.

Aceptamos como cosa inevitable que alguien, alguno, que no llegó a conocer de verdad a Luis Batlle Berres, vocalice largos discursos, haga traducir, de la nada al español, interminables despedidas. Seguimos aceptando, para tirar las tre, las renovadas calumnias de la chusma bien vestida y alimentada.

Para nosotros, la rabia y la tristeza tienen otros orígenes. No pretendemos, claro está, decir que cuatro breves conversaciones con Luis Batlle Berres nos hicieron saber más de él que lo que sabe y sufre gente que lo tuvo a su lado durante decenas de años.

Nos permitimos recordar una frase que alguien escribió al dedicarle un libro: acéptelo como un desinteresado homenaje a su calidad humana, materia en la que mi intuición jamás me permitió cometer errores.

Para nosotros, esa buena calidad humana, esa perpetua bondad que Luis Batlle Berres exhibía sin remedio, que rebasaba todo intento de hostilidad o indiferencia, significó para siempre la imagen verdadera del hombre que recordamos y seguiremos queriendo.

Julio de 1964

Modesta contribución al ahorquimismo

No hemos podido averiguar con certeza quién fue el primero en lanzar el reterado grito de «aquí y ahora». (Puede invertirse). Pero lo oímos casi diariamente y no hay forma de escapar a la lectura de las tres palabras que construyen el orden. Las vemos, principalmente, en los artículos sobre las artes y las letras; recordamos que la consigna gustaba mucho al stalinismo, al nazismo y al vendedor de corbatas que ordenó la destrucción de Hiroshima y Nagasaki.

Si tenemos en cuenta que sólo el bueno de Pangloss opinaba pisar el mejor de los mundos posibles, es forzoso admitir que el «ahora y aquí» presupone la obligación de una denuncia perpetua, de un disconformismo crónico.

Lo lamentable es que no se ofrezcan al costado, como en las ediciones bilingües, soluciones claras e irrefutables.

Por otra parte, el ahorquimismo implica una tarea de puntilloso relevamiento y nos obliga, pretende, a renunciar a lo esencial de la condición humana. Pretende que dejemos de imaginar y establece, en lugar de la línea hipotética, sin espesor, trasladada segundo a segundo, una frontera anchísima que separa el pasado del futuro.

Postula el olvido y niega el presentir. Y, sin embargo —qué lástima, qué terquedad—, estamos cargados de muertos antiguos que persisten en mantenerse, con reprochable desobediencia, «ahora y aquí». Vemos en este instante irreproducible, muchos seres aún no nacidos, muchas circunstancias por las que, más temprano o tarde, tendremos que atravesar.

Y no hablemos de arte, no pensemos en la obra de Proust. Prescindamos también de los libros de memoria y de los históricos, eliminemos la paramnesia. Bastan una esquina, un paisaje, un clima, una sonrisa, un musicante lejano, para que algo desvanecido muchos años antes vuelva a estar con nosotros, aquí y ahora.

Basta un fugaz ataque de esperanza para que lo ignorado descienda hasta el presente, ahora y aquí.

Porque, ahora y aquí, está la réplica del David de Miguel Ángel ofreciendo a la incomprendible y creciente acumulación de ladrillos la espalda y honesto sitio terminal.

Ahora y aquí continúa vivo en el recuerdo y la rabia el triunfo fascista en España. Que les dure mientras se acerca el final.

Ahora y aquí tenemos, teníamos, un mundo suprimido por bombas y cohetes.

Ya es suficiente. Como broma, tristeza y mentida ingenuidad. Bien sabemos que los abundantes aquahoristas sólo quieren que el artista se ocupe de temas sociales. Y ni tanto poco eso: que el tema sea la miseria, que los pobres sean buenos y los ricos malos. El buen muchacho yanqui y el villano de piel oscura. En cuanto a que el autor sepa pintar o escribir, en cuanto al talento y la artesanía, ya tendremos tiempo de atender esos detalles pequeñitos.

Pero prometimos una contribución leal y ahí va. Un ómnibus a medianoche, rumbo al puerto. Silvio, ocho años, está malhumorado porque no pudo conseguir la mercadería, pantalla indispensable para pedir limosna. Es rubio, inteligente y grosero. Junto a él se ríe la hermana. Diez años, pelo amarillo y largo, extraordinariamente hermosa. El cofrade Nabokov, alias Lolita, podría haberse interesado.

—Qué querés —repite la chiquilina—. No me digas Elga porque me llamo Jelga. Toda la tarde aguantándolo y recién ahora me los dio.

Abre una bolsa malhecha con un retazo de sábana sucia y muestra curitas, peines, alfileres de gancho, lápices.

Ya tiene diez años, ya tiene una expresión, una risa, duras y canallas. No hay necesidad de horóscopos ni psicología para predecirle con acierto el porvenir.

Se bajan en la humedad negra del puerto y el guarda del ómnibus responde y comenta:

—Vivirán por ahí, por cualquier pieza de conventillo. Qué importa que sea tarde. A cualquier hora que lleguen, les romperán el alma con un cinturón. Esta noche un poco más por que vuelven sin dinero.

Infancia, perdido paraíso.

Pero no hay que alarmarse, sólo se trata de un cuentito. Si el lector cree ver a diario miles de niños semejantes, si cree verlos aumentar con vértigo, no haga caso. Piense en el *delirium tremens*, en ilusiones visuales, supóngase una Santa Juana que escucha voces sin origen. Sólo un alma canalla podría sugerirle la posibilidad de un final igual al de la Santa para el día en que los millares de hermanos de Silvio y Jelga pasen de la ficción a la verdad.

No haga caso. Continúe hablando de fútbol, calcule cuánto dinero más le otorgarán los nuevos presupuestos, los nuevos laudos. En última instancia, el Superior Gobierno y el Consejo del Niño están aquí y ahora para impedir que los chiquilines sean privados del paraíso infantil que les fuera impuesto por decreto poético.

Agosto de 1964

Hermano S.G., hermano niño

Un diario matutino respetable nos hace saber que un inefable portavoz del inefable Superior Gobierno declaró a la prensa que la visita del presidente De Gaulle a Montevideo comienza con la llegada del general y termina con su partida.

Un ministro del inefable S.G. descubrió que una cosa es una cosa y otra cosa es otra cosa.

Estamos en 1964. Nada tiene de extraño, pues, que la risa y el talento recorran los barrios.

Ignoramos, por falta de información, al talentoso primeramente aludido. Hace muchos años conocimos el segundo. O, por lo menos, a un muchacho inteligente, irónico y simpático que usaba idéntico nombre y apellido que el señor ministro. ¿Qué se hizo? Lo recordamos escribiendo en el semanario *Marcha*, recordamos su alegre iconoclastia. Pero una cosa fue una y otra llegó ser otra.

Con un desesperado esfuerzo, tratamos de empinarnos, de alcanzar la altura intelectual de quienes dirigen la triste Rodelú desde el muy bien organizado absurdo de noviembre del 58.

Pero, tartamudos como siempre, debemos interrumpirnos para hacer justicia. Nos cuentan que unas horas atrás, en la Asamblea General, otro de los siete mil sabios de Grecia que nos han salido quebró valeroso la línea de los hijos de Perogrullo y, más bien vaz-ferreiriano, con plena conciencia de las falacias y las falsas oposiciones, dijo: «Rodelú tiene la desgracia de ser un país económicamente subdesarrollado; pero tiene la inmensa suerte de ser un país económicamente desarrollado».

Indiferente, mirando desde una loma un llano, nos preguntó una vez, o simplemente dijo, don Segundo Sombra: «Y ese animal, ¿pa' dónde rumbea?».

Rumbeamos para decir que no. Que los niños de hoy no son los hombres de mañana. Los niños son eso: niños mientras les dure. No existe pediatría convincente, no hay psicoanálisis infantil, no cuentan los psicólogos especializados.

Los niños tienen nada o poco que ver con nosotros. Forman una raza aparte, no terrícola, venida del planeta que ustedes prefieren. Definir es limitar, canta Carlos Gardel. Los adultos, frente a ellos, se sienten más cómodos, protegidos de un miedo inconfesable, si definen y limitan. Padres, maestros, tías, ay.

Otro absurdo para esta página: ¿por qué a los fabricantes de un niño se les reconoce de manera automática y no discutible el derecho de influir, la capacidad de comprender?

Los niños son, definiendo, asombrosamente crueles y altruistas. Pero, y es lo que importa, son también los desconocidos de siempre.

El sospechado hijo de la paloma nos dijo que tendríamos que hacernos como ellos para aspirar al reino de los cielos. No creemos pero estamos de acuerdo. La concordia con un niño, el logro de su confianza, nos ubica en el reino inexistente y sensible.

Pero, otro más, para aproximarse a un niño —llegar hasta él es imposible— no puede prescindirse del respeto. Si usted no lo siente, aconsejamos la cautela.

Y, para liquidar el espacio que nos fue concedido agregamos nuestra piedad y nuestro odio hacia todos los fabricantes de niños creyentes en la educación y la obediencia. Falta pocos años para que se enteren del acumulado desprecio del hijo. O, lo que es peor, tal vez mueran sin enterarse.

Es, acaso, imposible hacerse como un niño. Sin embargo, algunos conservaron por milagro rastros profundos de su infancia y pueden ser aceptados por los niños casi como si fueran sus pares.

Aquí no valen mimos, sonrisas, regalos, envejecidas fórmulas de ternura. Los niños, como los perros, disponen de un olfato asombrosamente afinado. Reconocen con presteza a sus iguales y rechazan, empecinados e insobornables, a todo el resto, a los mentirosos, a los concluidos.

El tema es largo y la columna breve. Como anticipo de futuras groserías, nos limitamos a proponer que los lectores hagan sus descartes y separen a los dos bandos previsibles. De un lado, los que aman a los niños. Del otro, los que prefieren perros, gatos o canarios. Que se separen y mediten.

Que nos hagan saber cuándo dijo el *poverello* San Francisco: «Hermano niño».

Octubre de 1964

Si hubiéramos ido

Repentinamente e invencibles razones de mala salud nos impidieron concurrir a la mesa redonda que organizó *Acción* sobre el tema: «¿Existe una cultura uruguaya?».

Toda persona que nos conozca sabe también de nuestra alegría por las mesas redondas y otras formas de perder el tiempo. También se sabe que no consideramos pérdida de tiempo la dicha maravillosa de no hacer absolutamente nada. Se nos ocurre posible que alguien haya pensado ya que el que acepte perderse se salvará.

Dijimos que sí con alegre resignación a esta ruptura de las sabias costumbres porque *Acción* significa para nosotros muchas cosas de orden afectivo que no vienen al caso.

No fuimos, pues, pero tal vez sea lo mismo. Con estas líneas tratamos de remendar nuestra sentida ausencia. Ignoramos qué se dijo; no sabemos si la existencia de una cultura uruguaya fue resuelta por aclamación, por mayoría de votos o si, simplemente, el parto de la misma quedó diferido para mejor oportunidad. Pero nuestra buena fe nos obliga a declarar que algún chisme logró filtrarse y anda por aquí, dificultando el trabajo.

Si hubiéramos ido es seguro que habríamos incurrido en la tentación de preguntar qué debíamos entender por cultura. Pero, evidentemente, la lista de habladores bastaba para dejar claro que se trataba solamente del aspecto artístico de la cultura. Y hubiéramos caído de inmediato en la aparente broma de afirmar que, puesto que en el Uruguay se hacen obras que es necesario encasillar en alguna de las disciplinas de la creación artística, existe una cultura uruguaya.

No obstante hubiera sido inevitable que el baqueano de la conversación —sí lo hubo— nos llamara al orden:

PREGUNTA. A su juicio ¿existe o no una cultura uruguaya, una cultura diferenciada de las otras por características o matices propios?

RESPUESTA. Si existe, no la conocemos. Si los charrúas hubieran escrito, es posible que de esa raíz derivaran expresiones literarias uruguayas. Lo mismo decimos para el caso de que alguien nos convenciera que los escombritos de cachorros legados por nuestros indios tienen alguna relación con lo que entendemos como artes plásticas. Pero tratemos de no invadir en demasía territorios ajenos. Afirmamos que toda la literatura nacional, buena o mala, está inmersa en la literatura de Occidente. Son innumerables las obras que tratan temas uruguayos; pero en ninguna de ellas reconocemos caracteres de creación que las distinguan fundamentalmente de novelas o cuentos escritos en otros países. No basta emplear con exactitud taquigráfica o de grabador (ahora que nos están grabando) el lenguaje de los hombres de campo o el desteñido lunfardo del montevidéano para lograr una obra que apunte o demuestre la vigencia de una cultura artística inconfundiblemente uruguaya.

PREGUNTA. Del baqueano perdido en el correcto ardor de la disputa.

RESPUESTA. Considero que se trata, bien mirado, de un problema sin razón de ser. En literatura, ficción, crítica, sociología, ensayo, etcétera por las dudas, lo único que cuenta es el hombre que escribe. Y a éste, ¿qué puede importarle que exista o no una cultura nacional químicamente pura o con ingredientes ajenos? Ese hombre sólo trata de darse en plenitud y sinceridad, el goce caprichoso y libre que sólo se reitera en el amor.

PREGUNTA. ¿Qué posibilidad hay de definir culturalmente al hombre uruguayo?

RESPUESTA. Personalmente, usaremos una frase que acabamos de robar pasado mañana: padece de misticismo libertario. Y ojalá le dure. Pero esto se acerca más a la psicología que a la cultura. Aunque, sin dudas, debe influir. Y creemos que hoy lo está haciendo en forma acelerada; esta influencia puede encontrarse en los mejores libros de ficción

publicados últimamente en el país o por lo menos en muchos de sus fragmentos. Y va creciendo en obras aún inéditas que hemos podido leer.

PREGUNTA. ¿Cuál ha sido el aporte uruguayo a la cultura en general durante 1965?

RESPUESTA. Nos resulta imposible contestar. ¿Qué significa «cuál»? ¿Una enumeración de obras, exposiciones, concursos, la Feria del Libro? Pero como usted se niega a concretar la pregunta, diremos que el aporte más importante lo hicieron los editores al permitir el conocimiento y la divulgación de nuevos escritores. Es cierto que aquéllos no causan asombro por el pago regular de los derechos de autor. Pero nos consta que varios de ellos han perdido dinero editando libros nacionales y otros, calculamos, se han endeudado hasta el año 2000.

PREGUNTA. El año 1965, ¿ha marcado un retroceso o un avance del Uruguay en el plano general de la cultura? ¿Y con qué perspectivas podemos encarar la apertura del año 1966?

RESPUESTA. Cuando hablamos de cultura nos referimos, por lo menos en esta mesa, a las artes y a las letras. No olvidemos las actividades científicas, mucho menos estructuradas; ignoramos qué ocurrió en ese terreno. En cuanto a la literatura, me parecen indudables un mayor interés por ella, un aumento de jóvenes escritores y de lectores. Claro está que cuando el precio de los libros salta de diez pesos a cincuenta y esos cincuenta se necesitan para comer, el interés literario de los compradores tiene que amansarse. Y las perspectivas para el 66 se presentan, como en todos los órdenes, aterradoras. Los precios de edición continuarán creciendo. Y el impuesto que acaba de aprobarse para la introducción de libros en el país indica, acertados chistes aparte, la clara intención de confirmar lo que hemos dicho sobre la existencia de una cultura uruguaya. Muerto el perro se acabó la rabia. Habrá libros exclusivamente para aquellos que tuvieron la habilidad de ganar millones. Los idiotas que vivimos de un sueldo tendremos que limitarnos a escribirlos y a rogar que Dios nos conserve con vida hasta 1967.

El baqueano enmudeció y cesaron las preguntas. De modo que esto va por nuestra cuenta exclusiva.

Creemos —los chismes siguen rondando— que la única misión del escritor, como tal, es aislarse de todo ajeteo y barullo literatoso para realizar su obra, pobre o rica, comprendida o no; pero suya.

Como hombre, que haga lo que quiera y pueda; sin propósito, sin posibilidad de disimulo, todo esto se mostrará en lo que escriba.

Aquí volvemos a la palabra *amor* porque es imprescindible y agregamos la palabra *humildad*. No escondemos que esta última pueda ser la máscara de una soberbia satánica. Ya se ha dicho.

Y para concluir copiamos a un escritor que no integró la cultura uruguaya. Cuando James Joyce despide al artista adolescente, le hace decir: «Y trataré de expresarme de algún modo en vida y arte, tan libremente como me sea posible, tan plenamente como me sea posible, usando para mi defensa las solas armas que me permito usar: silencio, destierro y astucia».

Frase que, aunque no parezca, tiene directa relación con las de menor calidad que acabamos de escribir.

Diciembre de 1965

Reflexiones literarias

Hubo, sí, como reitera Carlos Maggi en un libro de cuyo título, robado, no queremos acordarnos, una época en que intentamos, con impía insistencia, escribir cuentos y novelas. En la primera etapa de aquel tiempo adoptamos una posición, un estado de espíritu que se resumía en la frase o lema: aquel que no entienda es un idiota. Años después, una forma de la serenidad —que tal vez pueda llamarse decadencia— nos obligó a modificar la fe, el lema que sintetiza: aquel que no logre hacerse entender es un idiota. Claro está, para nosotros, que el verbo *entender*, aplicado a cualquier expresión artística, no entraña exclusivamente una comprensión lógica. Como decía Ehrenburg en un reportaje publicado pocos días atrás por *Marcha*:

No veo con tradición entre poner énfasis en el individuo o ponerlo en las fuerzas circunstanciales. La sociedad es la suma de los individuos que la componen. Me sentiría muy honrado de ser llamado formalista. Estaría muy bien acompañado. El punto de partida del escritor poco importa, si llega a una fiel expresión de lo humano. Sólo rechazo la literatura que excluye lo humano. En una conversación con Nathalie Sarraute y otros de la *école du regard*, me aburrí de pronto, cuando empezaron a decirme que lo bueno en *Crimen y castigo* era la descripción del cuarto de Raskolnikov y no el retrato psicológico del personaje. Al comienzo de la revolución hicimos muchos experimentos en arte abstracto. En la que hoy es la calle Gorki, usted podría haber visto cuadros realizados en todos los «ismos» posibles. Nuestros poetas procuraban la oscuridad. Los novelistas intentaban romper los conceptos tradicionales de la prosa. En Francia, esas cosas me parecen más producto de una saturación cultural que de un espíritu revolucionario. Tal vez debido a ello sienta una mayor ternura por la literatura italiana (Moravia, Pratolini; Pavese me gusta menos) y la española. Favo-

rezco el experimento y la innovación, siempre que preserven la fidelidad a los valores humanos que considero básicos. Escritores como Hemingway y Faulkner cumplieron una revolución en la prosa, cuando dejaron de describir personajes para mostrarlos en acción.

Luego de la ayuda tan feliz y útil de Ehrenburg queremos echar un vistazo al tan debatido problema de la novelística contemporánea. Pensemos un poco en la celebrada resurrección de la novela latinoamericana. Hay nombres que representan talento literario de manera absolutamente indiscutible. Por razones obvias no hablaremos de los escritores uruguayos. Citemos, por ejemplo, a Julio Cortázar, Mario Vargas Llosa, Ernesto Sábato, Carlos Fuentes, Alejo Carpentier, João Guimarães Rosa. En este momento las tan gastadas razones de espacio están trabajando en contra de la prolongación de una lista de nombres ya ilustres que todos los buenos y nuevos lectores conocen.

Hace muy pocos meses, Ángel Rama manifestaba su asombro y su desconcierto por el hecho de que la revolución artística que se registra en todas las exposiciones y galerías montevideanas no tuviera su equivalente en lo que se refiere a la novela. Es indiscutible que nuestros actuales pintores, y no nos referimos sólo al Uruguay, han tratado de pulverizar toda forma de expresión que pueda ser relacionada con el vasto sentido del término *clasicismo*. Ya tenemos nuestro *pop art* y *art pop* y cualquier forma más o menos popiana de las artes plásticas.

Un fenómeno semejante puede apreciarse en el terreno de la composición musical; también tenemos la música dodecafónica, la electrónica y, para mayor abundamiento y claridad, las obras del señor Piazzola y que sus admiradores califican de tangos. (Tal vez en este momento de la madrugada estemos influidos porque a una radio se le ocurrió transmitir la voz de Gardel.)

Pero, como ya lo habrán notado los lectores, la literatura es otra cosa. James Joyce, que presentimos estar obligados a citar nuevamente antes del final, dijo que ella, la literatura, era

yes la más importante y rica de todas las formas de expresión de ese juego, sin sentido demostrable, que llamamos arte.

Es por eso y por otras innumerables cosas que nos sentimos impulsados a dar una voz de alerta. Voz que, naturalmente, debe ser destinada a ser oída solamente por nosotros.

Mucho tememos que el esperanzado y a la vez desesperado afán de renovar la novelística nazca, en muchos casos, de respetables deseos de los escritores que buscan ser distintos y originales. Cuando el mencionado deseo obedece a una necesidad de hallar formas nuevas para la sincera expresión del artista debe ser considerado como cosa sagrada, intangible e inmodificable. Por eso, cumpliendo nuestro leal preaviso, el *Ulises* de James Joyce, una de las escasísimas obras maestras de la literatura de nuestro siglo, vive y seguirá viéndose. Y además, seguirá siendo, como dijo Oscar Cargill, una cantera inagotable para todos los que persistimos en el vicio de escribir.

Pero cuando no se trata de Joyce, cuando no se trata de *Ulises*, y nos encontramos frente a la tozuda voluntad de complicar las cosas, de complicar la novela mediante fáciles recorridos a confusiones cronológicas, a innecesarios entreteneros de diálogos y pensamiento, es forzoso que se enfríe nuestra fe en el porvenir de la novela.

Ya sabemos, a pesar de tantos publicitados pronósticos de defunción, a pesar del incremento casi soez de la tecnología, de las computadoras, de los *Reader's Digest*, de la TV, y hasta de las llamadas tiras cómicas o fortonovelas, que esta manifestación del arte, la novela, no morirá nunca.

Aumentan diariamente los ensayos, los esfuerzos, las inútiles mesas redondas para aproximar autores y lectores. Sin embargo, la pop-literatura no esconde la resolución de alzar nuevas y obsoletas torres de marfil, orgullosas murallas chinas que establecen la odiada separación. Pero los hermetismos, la fatigosa reaparición de Dadá, constituyen, estamos seguros, una pasajera moda que dejará apenas la tristeza por tanto talento malgastado.

Tal vez nos convirtamos en sirvientes de la cibernética. Pero sentimos que siempre sobrevivirá en algún lugar de la Tierra

un hombre distraído que dedique más horas al ensueño que al sueño o al trabajo y que no tenga otro remedio para no perder como ser humano que el de inventar y contar historias. También estaremos seguros de que ese hipotético y futuro anti-social encontrará un público afectado por el mismo veneno que se reñina para rodarlo y escucharlo mentir. Y será imprescindible —lo vaticinamos con la seguridad de que nunca oiremos ser desmentidos— que ese supuesto sobreviviente preferirá hablar con la mayor claridad que le sea posible de la absurda aventura que significa el paso de la gente sobre la Tierra. Y que evitirá, también dentro de lo posible, mortificar a sus oyentes con literatosos.

Noviembre de 1966

Usted perdone, Guevara

Hace un año, cuando Fidel Castro confirmó la muerte de Ernesto Che Guevara, publiqué en la revista *Cuba* las siguientes líneas:

El decir está tan gastado que produce pudor reiterarlo. Desde los periodistas con prisa hasta los químicos compadritos de Jorge Luis Borges: *murió en su ley*. También, no importa el abuso, *murió con las botas puestas*.

Pero la porfía del Che, profetizamos, es inmortal. Trepano, desbarazándose de tanta literatura, lágrimas y sentimentalina arrojadas encima de su pecho asesinado, Che Guevara está hoy otra vez —y van tantas— de pie, repartiendo rostros y metralletas entre ansiosos, resueltos checitos nacidos de su muerte y resurrección.

Atravesando palabras inútiles y diagnósticos torcidos, Che Guevara va viniendo, va llegando.

Desde entonces, mucho ha sucedido, mucho se ha publicado sobre el tema; sólo me dieron motivos estéticos para modificar lo anterior. Pero aquí, en Santa María, desde donde escribo, país subdesarrollado, carente aún de 383a y 383b, la gente se está haciendo xenófoba. Reparar en que el Che era argentino, hizo la revolución en Cuba, fue muerto en Bolivia. Para corregir ese error, para no vivir de espaldas a las prepotencias, los tira y afloja (más de lo último), les pido la hora y los aplazamientos que decoran el panorama político de Santa María, vuelvo a copiar y me enmiendo. Alzando la puntería, elijo ahora a Pío Baroja: «Pueblo de los discretos, espejo de los prudentes, encrucijada de los ladinos, vivero de los sagaces, enciclopedia de los donosos, albergue de los que no se duermen en las pajas, espelunca de los avisados, cónclave de los agudos, sanhedrin de los razonables....».

Es que este don Pío, además de humilde y errante, era un hombre arbitrario y cerrado; la antipatía que le causaban los franceses le hizo olvidar una frase de Chateaubriand: «Hay cierta época en la que no se debe derrochar el desprecio, a causa del considerable número de necesitados».

Por las eruditas transcripciones: *Juan Carlos Onetti*.

Octubre de 1968